



PREÑAN



PREÑADA

Laia Rommel

PREÑADA

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier

forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por

escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y

siguientes del Código Penal).

Título: *Preñada*

[Safe Creative: Copyright Registry](#)

© Laia Rommel

Indice

...

[Prefacio](#)

[La mala noticia](#)

[Asimilando el problema](#)

[Manos a la obra](#)

[Siguiente paso](#)

[La reflexión](#)

[Las propuestas indecentes](#)

La dura realidad

Mi ayudante, ¿un candidato?

La celebración

Por fin, preñada

Prefacio

Tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro. Siempre he escuchado decir que esos eran los

tres objetivos que cualquier persona debe de alcanzar en la vida. Bien, lo del hijo lo he cumplido;

plantar un árbol, he plantado varios; y ahora he ido por el último, he tratado de escribir un libro,

juzgad vosotros mismos si ha valido pena. Si acaso, luego veré con aquello de subir en globo.

Siento un gran respeto por todos aquellos que son capaces de plasmar sobre papel una historia

que nos transmite sentimientos y emociones diversas. Soy una gran lectora y quizás debería haberme

quedado ahí, pero he sentido la curiosidad de experimentar eso de volcar una historia sobre papel.

La experiencia ha sido enriquecedora y me hace apreciar aún más el trabajo de los autores.

Que nadie se preocupe, no pretendo convertirme en una escritora profesional. Lo mío son los

números y las finanzas; sí, ya lo sé, algo muy aburrido, pero que me permite vivir de manera

tranquila y comprar libros pagando su alto IVA correspondiente, algo que aprovecho para denunciar

por abusivo, mientras los autores viven en la penuria.

¿Por qué escribo esta corta historia?, como he dicho antes soy una voraz lectora, y leo de todos

los géneros. Hay un género, el erótico, que me sorprende, salvo honrosas excepciones, porque se

basa siempre en la necesidad de los protagonistas de encontrar la aventura y el placer sexual fuera de

la pareja habitual y, muchas veces, a través de relaciones de infidelidad e incluso dolorosas. Yo me

pregunto: ¿Por qué no podemos hacer lo mismo con quien duerme y se despierta habitualmente con

nosotros, con quién nos arropa cuando tenemos frío, que nos abraza cuando estamos tristes? Y, más

aún, ¿Por qué no puede haber una aventura sexual sin que se rompa la armonía afectiva de la pareja?

Pareciera que solo en lo clandestino está la pasión y el sexo placentero. La historia que cuento en

esta novela intenta desmitificar esa idea de que el buen sexo es solo el clandestino, o que este

signifique renunciar al otro.

Esta es una historia de **ficción para adultos**, pero en nada, o casi nada, se corresponde con mi

vida ni mis experiencias ni mis fantasías, que también las tengo. Lo digo para aquellos energúmenos

de las redes sociales que acostumbran a mortificar a las escritoras del género erótico, no os

molestéis haciendo absurdas, burdas y denigrantes proposiciones, sugerencias o insultos. Solo he

escrito una historia, si lo que quisiera fuese « tener una historia » la buscaría por mi cuenta, no

necesitaría escribir un libro, todavía puedo permitírmelo (permitirme una maliciosa sonrisa).

A los lectores y lectoras, agradecereros vuestro tiempo en leerme. Espero que seáis tolerantes y

disfrutéis con la lectura. Aceptaré con gusto vuestros comentarios.

Laia Rommel

La mala noticia

La noticia de mi ginecólogo, el doctor Mestres, fue un jarro de agua fría. Mi marido, Juan, y yo

nos miramos sin saber que decir. Simplemente le cogí la mano y se la apreté fuerte.

Después de diez años de feliz matrimonio, un año atrás habíamos decidido que era el momento

de tener un hijo. Yo tenía treinta y ocho años, y Juan treinta y nueve. Si queríamos ser padres no

podíamos esperar más. Yo tomabala píldora desde que tenía veintitrés años, cuando Juan y yo, aún

universitarios, empezamos a salir « en serio » y a mantener relaciones sexuales de forma habitual.

Por ello, cuando decidimos que era el momento de ir a buscar un bebé pensamos que era mejor ir

primero al ginecólogo y someternos a un chequeo. En efecto, el doctor Mestres, que era al que mi

madre me había llevado siempre y con el que yo continuaba pasando mis revisiones anuales, nos

aconsejó esperar unos tres meses a partir de la última regla, después de dejar de tomar la pastilla, y

mientras tanto usar preservativo. También me recetó un suplemento de yodo y ácido fólico, y me

aconsejó que me hiciera una revisión de la dentadura.

—Durante estos tres meses —nos dijo— también se puede, si estáis de acuerdo, hacer una serie

de pruebas a los dos, para ver que no hay ningún inconveniente. —Detalló una serie de pruebas, entre

ellas un espermograma y tomarme la temperatura basal todos los días para establecer los días

fértiles de mi ciclo.

Por supuesto, nos pusimos en sus manos. Nuestra situación económica nos permitía afrontar con

tranquilidad los gastos que se avecinaban, Juan es abogado y socio en un importante bufete y yo

dirijo una empresa familiar que, a pesar de la crisis, funciona bien. Pero pocas veces las cosas salen

como se planean, así lo podríamos comprobar al cabo de unas semanas cuando acudimos a su

consulta para conocer el resultado de las pruebas.

—Usted está en perfectas condiciones para ser madre, pero tenemos un problema con el esperma

de su marido. Con estos resultados sería casi un milagro que usted se quede embarazada por el

método tradicional.

El doctor rompió el silencio que se había instalado en su consulta. Acababa de decirnos que de

acuerdo con los análisis que tenía encima de la mesa, el esperma de mí marido tenía pocos

espermatozoides vivos y, de esos, la mayoría no tenía movilidad, lo que a priori haría muy difícil que

me quedase embarazada.

—No se alarmen, hay otras soluciones. La ciencia avanza cada día más en el tema de la

reproducción asistida.

—¿Qué nos aconseja? —Fui yo la que preguntó. Juan estaba en shock. Nunca habíamos pensado

en la posibilidad de no ser fértiles cuando decidiéramos dar el paso de ser padres.

—Tenemos dos opciones diferentes, o mejor dicho tres. La primera hacer inseminación

artificial, se colocan directamente los espermatozoides de su marido en el útero; la segunda sería

fecundación in vitro también con el esperma de su marido, fertilizar los óvulos

in vitro y luego

implantarlos en el útero; y la tercera, en caso de que la primera y la segunda no diera resultado, sería

acudir al banco de semen y fertilizar los óvulos con el de un donante. Eso sí, deberán ustedes

tomárselo con paciencia, el proceso podría ser largo.

—¿Entonces, no hay ninguna posibilidad de que pueda quedar embarazada de forma normal? —

Ahora fue mi marido quien preguntó, ya repuesto del shock inicial.

—En medicina nada es concluyente, pero lo veo muy difícil. De todos modos pueden empezar a

intentarlo ya, nunca se sabe...

—¿No esperamos los tres meses? —interrogué yo.

—No, está todo bien. Pueden ponerse « manos a la obra » ya. Lo que les aconsejo es que usted

siga tomándose la temperatura basal y que durante los días fértiles le pongan todo el entusiasmo que

puedan. —Sonrió, en un intento de relajar el ambiente—. Esperemos unos meses y, mientras, si no

hay un resultado positivo, pueden pensar y decidir sobre las alternativas que les he explicado.

Nos dio una serie de recomendaciones: abstenerse tres o cuatro días antes de los previstos días

fértiles, que Juan no utilizara calzoncillos que opriman los testículos ni pantalones ajustados, sobre

las posiciones más convenientes para tener sexo en función de la colocación de mi útero, dejar de

fumar, alimentación sana, nada de alcohol, lo típico que todos los médicos te dicen. Nos recomendó

la posición « perrito » , lo que me produjo una cierta turbación puesto que es una posición que me

encanta, aunque a mi marido le « pone » más la posición « amazona » que también me gusta, en

realidad soy tan proactiva en el sexo que me gustan todas las posiciones, y no digamos el sexo oral,

tanto recibirlo como hacérselo. *Va a ser un « trabajo » muy agradable*, pensé.

Asimilando el problema

Ninguno de los dos dijo nada durante el viaje de vuelta a casa en el coche. Yo veía a Juan, que

siempre tiene tema de conversación, callado y abstraído en sus pensamientos. Pensé que debía

respetar su silencio y dejarle tiempo para asimilar la noticia. Habíamos planeado ser padres desde la

consciencia y la ilusión. La noticia para mí fue una sorpresa, pero no sentía ninguna preocupación, a

pesar de que sentí que mi instinto maternal se había reforzado de golpe. Alguna solución

encontraríamos, conocíamos amigos que habían tenido el mismo problema y al final, por un método u

otro, habían sido padres.

Ya en casa, mientras preparábamos juntos la cena, dirigíamos nuestra conversación a cómo nos

había ido el día. Creo que los dos sabíamos que necesitábamos hablar del tema, pero no sabíamos

cómo empezar. Fue durante la cena cuando él tomo la iniciativa.

—Lucía, lo siento mucho —dijo con abatimiento.

—Juan, ¿tú eres tonto o qué? No tienes nada que sentir, son cosas que pasan, y no somos los

únicos —le dije mientras le miraba a los ojos y cogía su mano encima de la mesa—. ¿Acaso piensas

que ese problemilla va cambiar mi amor por ti? Porque estás muy equivocado.

—Joder, siempre hemos hablado de tener hijos cuando estuviéramos situados económicamente y

ahora, cuando lo decidimos, resulta que yo no sirvo.

—Mira, lo primero de todo, que sea la última vez que utilizas esas palabras « no sirvo » . Eres

una persona con suficiente inteligencia para no darle tanta importancia. Eres el hombre con el que

decidí pasar mi vida, te quiero, me quieres, nos compenetramos muy bien en la vida y la cama, yo

diría que más que muy bien. —Intenté hacerle sonreír.

—Quizás tienes razón, pero me ha afectado mucho. Hasta entendería que me dejaras.

—Bueno, ¡basta ya! —Me enfadé de verdad—. No digas más tonterías. El médico nos ha dado

varias opciones, por suerte nos lo podemos permitir, pues si los dos estamos de acuerdo las

utilizaremos. Y si al final no podemos tener hijos tampoco se va a hundir el mundo, viviremos como

hemos hecho hasta ahora, viajaremos, disfrutaremos de la vida. Ambos conocemos muchas parejas

que no tienen hijos y son igual de felices.

—Está bien. Perdona, dejame unos días que asimile el tema. Creo que ahora mismo me estoy

haciendo una montaña.

—Te estás haciendo una paja mental, Juan. Los médicos siempre se ponen en lo peor. En primer

lugar, vamos a intentarlo por nuestros medios. —Me levanté a abrazarlo y besarlo—. Míralo por el

lado positivo, tenemos que cumplir la recomendación del médico y poner mucho entusiasmo y

pasión. Nos vamos a hartar de follar —le susurré al oído— y, además, a cuatro patas que sabes que

me encanta. Y me apetece empezar ahora mismo. —En realidad no estaba caliente, pero creí que

sería bueno para darle seguridad y romper la inercia de aquella conversación. Tampoco me cuesta

mucho ponerme cachonda, él sabe muy bien cómo conseguirlo.

—Pero se te acaba de ir la regla. Aún no estás en los días fértiles.

—Nos lo tomaremos a modo de un entrenamiento. —Bajé mi mano a cogerle

el paquete por

encima del pantalón—. Además, ¿no pensarás que vamos a hacerlo solo en los días fértiles? Lo

seguiremos haciendo cuando nos apetezca, diga lo que diga el médico.

—Visto así, casi que empezemos ya. —Buscó mi boca, mientras metía la mano por debajo de mi

falda y la subía por los muslos buscando mi entrepierna.

Arqueé las piernas y empecé a excitarme en cuanto sentí su mano subir por el interior de mis

muslos y tocar el sexo por encima de la braguita. Cuando apartó la braguita para introducir el dedo,

ya empecé a mojarme.

Se incorporó, nos besamos con pasión, nos comimos literalmente la lengua el uno al otro. Me

desabrochó la blusa y los sujetadores con apremiante necesidad, mientras yo le desabrochaba los

pantalones, allí mismo, en el salón comedor. Nunca lo había visto tan ansioso, tuve la sensación de

que necesitaba reafirmar su condición de macho. Yo comprendía que para él había sido un mazazo la

noticia que nos había dado el ginecólogo, los hombres no están preparados ni cultural ni

intelectualmente para admitir un problema con su condición biológica de macho, por muy liberales

que sean como es el caso de Juan. A mí, que ya había entrado en materia y

estaba cachonda, aquella

pasión y urgencia de reivindicación de macho alfa me ponía aún más. A veces el hecho de sentirse

hembra poseída tiene su morbo.

—¿Cama o alfombra? —le susurré al oído mientras le bajaba los calzoncillos y con una mano

cogía el pene ya duro.

—Alfombra, pero primero quiero comerte sentada en el sillón.

—No pondré objeciones. —Me senté en la esquina del sillón, separé bien las piernas y, echando

el cuerpo hacia atrás, apoyé los pies en el borde del asiento sin dejar de masajearle el pene con una

mano y tocarle los testículos con la otra.

Él permanecía todavía de pie, encorvado y comiéndome la boca. Empezó a descender despacio

a los pechos, a los que dio una buena mamada. Mi marido es un especialista en chuparme los

pezones, o eso pensaba yo, porque yo pocas experiencias había tenido antes de conocerlo a él. No

era la primera vez que me corría solo con las caricias que me hacía con la lengua en los pezones.

Aquella noche así fue, el primer orgasmo lo tuve en aquella posición sobre el sillón mientras me

agasajaba los pezones y en el momento en que introdujo un dedo en mi vagina. Fue una explosión que

me hizo levantar el culo y arquear la espalda cuando los músculos de mi vagina empezaron a

contraerse sobre su dedo y una descarga similar a una sacudida recorrió todo mi cuerpo.

Dejó los pezones, me miró a los ojos como si me quisiera decir « *vaya corrida que acabas de*

tener », pero no retiró el dedo de dentro de mí, bien al contrario metió un segundo dedo, mi vagina

había dilatado y estaba bien lubricada, con lo que no hubo problema para introducirlo. Yo sentía que

los dos dedos me llenaban casi igual que cuando tengo su polla dentro; de largo es normal, pero su

calibre es considerable, con lo cual cuando la tengo toda dentro me siento plena. Siguió el descenso

con sus labios hasta que pasó el pelo de mi pubis y se encontró con los depilados e hinchados labios,

entre los que sus dos dedos entraban y salían. No paró de masturbarme con los dedos, pero aplicó su

lengua sobre mi clítoris de forma suave, en círculos y, de cuando en cuando, lo aprisionaba entre sus

labios, al tiempo que curvaba sus dos dedos buscando mis puntitos detrás del pubis; se aplicaba con

concentración y ansiedad como no lo había visto nunca, y eso que nunca tuve queja de lo buen amante

que era. Aquella noche parecía que necesitaba llevarme al cielo, estar seguro de que seguía siendo

mi macho. Yo le amaba, le amo, y no quería que se sintiera mal, así que decidí colaborar y mis

gemidos y suspiros pasaron a ser un poco más ostensibles de lo que era habitual en mí, incluso dije

alguna palabra subida de tono, lo que no acostumbraba a hacer. Yo soy más de gozar y correrme casi

en silencio con suaves gemidos. Mi actitud le enardeció aún más, me chupó con tal fruición que de

verdad me arrancó el mejor orgasmo de mi vida, de hecho no fue un orgasmo sino una cadena de

cortos, pero rápidos orgasmos en cadena que acompañé con gemidos y palabras, ahora sin necesidad

de fingir, que me hacían disfrutar también de la perversidad. Fue tan intenso que mojé su boca y el

sillón.

—Cariño, te quiero. —Le atraje la cara con ambas manos para besarlo en la boca, sabía a mis

jugos—. Te querré siempre.

—Yo también te quiero, Lucía. Eres lo que más quiero en este mundo.

Seguíamos besándonos y tocándonos. Yo había cogido en mi mano su miembro y se lo masajeaba

con ganas.

—Ten cuidado, si sigues dándome así me voy a correr y prefiero follarte.

—Ummm. ¡Es que está tan buena! Quiero comérmela. Siéntate.

Me obedeció y se sentó en el sillón, ahora era yo la que estaba de rodillas.
Siempre había

disfrutado haciéndole sexo oral, esa sensación de suavidad de su piel, sentirla palpitar y crecer con

las caricias de mi lengua; notar como flexiona las piernas cuando siente placer, como le tiemblan

cuando se corre en mi boca, y, sobre todo, esas gotas cálidas que anuncian la inminente llegada el

chorrito de semen con diferente sabor y textura cada vez, todo eso hace que mi sexo se abra y se

lubrique. Cuando se corre en mi boca, me siento una diosa que le ha arrancado a su dios el elixir de

su fuerza de macho, lo tengo rendido a mí. Es una sensación de poder que creo que todas las mujeres

tenemos. Siempre he creído que el sexo oral es un hecho de máxima complicidad de la pareja. Es la

unión suprema del sexo.

Pero esa noche no me dejó disfrutar de ese placer.

—Espera, me falta poco y hoy no quiero correrme en tu boca —me dijo, retirándose mi

apetitoso bocado cuando más lo estaba disfrutando—. Hoy quiero montarte y cabalgarte como si

fueses una yegua.

—¿Por qué, si te encanta correrme en mi boca y sabes que me gusta ese postre?

—Ponte a cuatro patas —me dijo con un tono que parecía una orden, por toda

respuesta—.

Estaba claro que necesitaba reivindicar su condición de macho.

Simplemente obedecí, me coloqué a cuatro patas con las piernas bien separadas sobre la

alfombra, procuré bajar lo máximo posible la espalda y sacar hacia arriba el culo para que desde su

posición de arrodillado detrás de mí pudiera ver bien mi coño hinchado, abierto y mojado y, al

mismo tiempo, facilitarle la entrada. Por un momento, temí que estuviera pensando en introducirla

por el ano, algo que habíamos probado y que a mí nunca me había convencido, pero no, necesitaba

afianzar su confianza, pero seguía siendo el dulce compañero que me amaba. Me poseyó con fuerza,

pero con amor. Me la metió de un solo golpe, la sentí tocar el fondo de mi vagina, no pude evitar

lanzar un grito de placer. Sentí sus testículos rozar mi entrepierna. Empezó a cabalgarme con fuerza,

rápido; salía y entraba con furia; empezó a darme suaves azotes, algo que nunca había hecho antes;

con una mano me cogió la media melena a la altura del cuello y me tiró de ella hacia atrás, así me

hacía levantar la cabeza y que mis pechos quedaran tersos y bamboleantes, de forma que sentía los

pezones duros. Por un momento sentí como que me estaba follando un extraño. Estaba disfrutando

como nunca, el placer invadía cada poro de mi cuerpo, mi coño era un horno.

—Sigue follándome así. —No pude contenerme.

—Te gusta fuerte, ¿eh! Pues te la voy a meter hasta el fondo —respondió al tiempo que me daba

un buen azote.

—Sí. Llename. Es tuyo. Dale fuerte y llenalo de leche. Me voy a correr, cariño...

—Correte amor mío, derrítame la polla con tu coño.

Un nuevo orgasmo se disparó en lo más profundo de mi vagina, sentía como se contraían los

músculos con involuntarios espasmos alrededor de su duro falo. Él también lanzó un alarido que me

anunció su inminente eyaculación. Sentí como un cálido chorro de semen me invadía. Permanecimos

aun unos minutos en aquella posición, intentando recuperar la respiración, hasta que su miembro se

fue encogiendo y salió de mí. Al incorporarme noté que salía su leche, que rebalaba por los labios

del sexo y por mis muslos. Aquella noche no me lavé en el bidet, me puse las bragas y me acosté

mojada en mis flujos y su semen, no sin antes arrancarle a él otra corrida con una buena felación.

Inicialmente se quiso resistir, pero yo me había quedado con las ganas de arrancarle una eyaculación

con mi boca, de sentirlo mío. Y lo conseguí, aunque había sido tan potente la

descarga anterior que

cuando se corrió, solo pude saborear unas pocas gotas.

Aquella noche no se volvió a hablar del problema, nos dormimos abrazados.

Manos a la obra

Gracias a la gráfica de temperatura basal que hacía meses que llevaba confeccionando, había

establecido que los días fértiles de mi ciclo estaban entre el día doce y el quince, contados a partir

del primer día de regla. Así que empecé a adaptar mi agenda para conseguir estar en casa esos días.

Íbamos a empezar por la primera propuesta que nos había hecho el médico, probar con normalidad y

ponerle mucho entusiasmo. Algo que no era difícil para nosotros, pues siempre nos habíamos

entendido muy bien en el sexo, él estaba siempre dispuesto y buscándome, y yo me ponía cachonda

enseguida. Nos gustaba follarse en cualquier sitio y lugar, cualquier excusa era buena. Y eso todavía

después de diez años de convivencia y, antes, cuatro de novios.

Juan había superado el shock del primer día, en parte creo que le ayudó la sesión de sexo

salvaje que tuvimos sobre la alfombra aquella noche después de volver del ginecólogo, y el hecho de

darnos seis meses para intentar quedarme embarazada disfrutando, o sea, follando. Nuestra vida

sexual seguía yendo bien, como siempre. Lo hacíamos donde nos apetecía y de la forma que se nos

ocurría, sin olvidar las veces que nos corríamos con un buen sesenta y nueve. Es verdad que yo me

volví un poco más provocativa, o más golfa. Yo amaba a mi marido y no quería que por nada del

mundo se sintiera mal por aquel problemilla que teníamos, y menos que pensara que me afectaba o

podiera afectar a nuestra relación. Me apetecía tener un hijo, pero no a costa de sacrificar mi vida de

pareja. Así que pasé a hacer alguna cosa que antes no hacía, lo buscaba más o incluso le sorprendía

con alguna iniciativa. Recuerdo que una mañana ya estábamos en la puerta para irnos a trabajar,

solíamos salir juntos, y se me vino una idea a la cabeza.

—¿Cariño, puedes retrasarte media hora?

—Sí, hoy no tengo juzgados y no creo que en el despacho me echen en falta por media hora ¿Por

qué?

—Porque tengo un antojo —dije sonriendo de forma picara, al tiempo que volvía a cerrar la

puerta de nuestro apartamento.

—¿Un antojo? —Él se sorprendió, quizás pensó que estaba embarazada.

—No. No. No es lo que piensas. —Reaccioné con rapidez, a punto estuve de enviar al traste mi

idea—. Es que tengo el antojo de comerte así vestidos y antes de irnos a trabajar. —Mientras se lo

decía, ya le había bajado la cremallera de la bragueta e introducido mi mano debajo de su bóxer para

sacarle el miembro, que se puso duro de golpe.

—Coño, Lucía, que le den por culo al trabajo. Disfrutala con la boca, pero luego te la voy a

meter hasta el fondo. Hoy vamos a echar un buen polvo mañanero.

Allí, en el recibidor, vestida de ejecutiva con mi traje de falda y chaqueta y la típica blusa

blanca, de rodillas, empecé a disfrutar de la polla de mi marido que ya se había desabrochado los

pantalones y se los había bajado junto con los calzoncillos hasta los tobillos, se quedó solo la

chaqueta y la camisa con corbata.

Empecé a lamer y succionar los testículos, olía a recién duchado, para luego ir subiéndolo con la

punta de la lengua por todo el tronco hasta llegar al glande. Lo descapullé y me la metí despacio en la

boca hasta casi su nacimiento, quiso darme una arcada cuando tocó en mi campanilla, pero aguanté

unos segundos, busqué mejor la posición y se pasó. Le di una buena chupada, succionando y

rodeándola con la lengua.

—Joder Lucía, ¡que mamada me estás haciendo hoy! Para, si quieres que te

folle, porque me

falta poco para correrme.

Yo tenía el chocho ardiendo y mojado, necesitaba follar, así que paré, lo tumbé en el suelo, me

quité de prisa las medias y las bragas, me puse de cuclillas encima de su falo y fui bajando hasta

insertármelo todo. Me desabroché la lusa y el sujetador para sacar mis tetas por encima y que Juan

me las pudiera coger con ambas manos y masajearme, me da mucho morbo cuando me estira los

pezones mientras yo me muevo sobre su polla. Nos corrimos rápido, los dos casi al mismo tiempo.

Estábamos para hacernos una foto y hartarnos de reír, con los trajes puesto, medio desnudos y

acalorados como si hubiese sido el polvo furtivo de dos amantes. Nos recompusimos la ropa y nos

fuimos a trabajar más relajados.

Mientras conducía en dirección a mi despacho, me reía sola. Yo soy consciente de la imagen de

seriedad que doy en la Empresa. Lo hago a conciencia, procuro ser amable, fomentar el trabajo en

equipo, el buen ambiente, pero guardando las distancias y el respeto. Yo no voy al despacho a hacer

amigos, sino equipos que sean efectivos. Me reía sola, como decía, porque seguramente más de uno,

o de una, me debe considerar una tía demasiado seria y seguro que alguien hará el típico comentario

de « a esta tía lo que le pasa es que está mal follada », ese comentario machista lo he oído muchas

veces sobre otras mujeres y, lo que es peor, de sus propias compañeras más que de los hombres. Las

mujeres somos unas auténticas cabronas con las demás. Pues no sabían lo « bien follada » que iba al

despacho todos los días y, en especial, aquel mismo día. Si lo supieran, alguna se moriría de envidia

y tendría que ir al servicio a masturbarse.

Volviendo a nuestro cometido como pareja, lo peor era aguantar los tres o cuatro días antes de

los días fértiles. Basta que no puedas hacer algo para que lo desees más. El resto del tiempo no

mirábamos si lo hacíamos un día u otro. Como he dicho, lo hacíamos cuando nos apetecía y punto.

Sin embargo, esos días de forzada abstinencia andábamos siempre calientes los dos, los días y las

noches parecían pasar más despacio. No le decía nada a Juan, pero muchas noches de esas, cuando

ya no podía dormir, me levantaba al lavabo y me masturbaba a oscuras. Desde que vivía en pareja

nunca me había vuelto a masturbar en casa, si lo hacía cuando estaba de viaje, en los hoteles. No

sabría explicar por qué, pero era raro que en la soledad de la habitación de un

hotel no tuviese la

necesidad de acostarme desnuda, fantasear y masturbarme despacio, hasta conseguir orgasmos muy

placenteros.

Por supuesto los tres días de « obligado entusiasmo » era una maratón y recuperábamos de

sobras los días de abstinencia.

Nuestra pareja funcionaba, no teníamos problemas ni de salud ni familiares y económicos,

teníamos cubiertas de sobras nuestras necesidades. Disfrutábamos follando, y lo hacíamos para

quedar embarazada. Éramos felices.

Siguiente paso

Seguíamos con nuestra vida, reservar tres días en nuestras agendas, para no estar ausentes, ya se

había convertido en una rutina más. Mi regla volvía a hacer acto de presencia cada veintiocho días,

era un auténtico reloj, y, sí, ese día nos traía siempre una nueva decepción, pero tampoco sin

exagerar, sabíamos que al final seguramente deberíamos acceder a otras alternativas.

Cuando pasaron los seis meses, volvimos a visitar al doctor Mestres.

—Ya les dije que había muy pocas posibilidades, pero es lógico que lo hayan intentado, nunca

se sabe, siempre puede haber un espermatozoide valiente que llegue a su objetivo. Si están de

acuerdo podemos intentarlo con la fecundación artificial, o sea, como les expliqué la última vez,

introduciendo el semen directamente en el útero.

—¿Qué probabilidades hay de éxito? —interrogó Juan.

—Podríamos decir que cincuenta, cincuenta. Miré, para que lo entiendan, esto es igual que si

queremos ir a París. Si decidimos ir en un viejo seiscientos, no sabemos si llegaremos ni cuándo; si

vamos en un coche moderno, tenemos muchas más probabilidades de llegar y en poco tiempo. Pero,

debo advertirles, eso facilitará que los espermatozoides vivos intenten cumplir con su función, los que

estén muertos, muertos están. Lo que les quiero decir es que la llegada a París no está garantizada.

—¿Es... doloroso? —pregunté yo.

—No. No notará mucha diferencia de cuando le hago una exploración, quizás un poco más

molesto porque el semen se recoge con una especie de jeringuilla y se introduce dentro.

—Y... cuanto tiempo debemos dedicar a ese método, porque ya tenemos una edad y vamos

sumando meses —se interesó Juan.

—Miren, teniendo en cuenta la baja calidad de su semen. —Al oír esto me

sentí mal por Juan,

pareciera que le estuviera reprochando producir un mal producto, aunque enseguida lo intentó

arreglar—. Les aseguro que cada día es más frecuente este problema. No crea que usted sea una

excepción —dijo, dirigiéndose a Juan—. Yo creo que si después de tres sesiones no hay resultados,

deberemos considerar otra opción de las que ya les expliqué.

Acordamos dar el segundo paso, debíamos avisarle del día previsto de ovulación y acudir a su

consulta a última hora, cuando terminaba las visitas. Para que nos sintiéramos más cómodos estarían

solo él y una enfermera. Nos explicó lo que tendríamos que hacer, tenía una pequeña sala donde

podríamos intimar durante el tiempo que necesitáramos, nos recalcó que era importante que nos

sintiéramos relajados hasta que mi marido eyaculara en un típico frasco de análisis y, también nos

aconsejó, que era conveniente que yo estuviera excitada y bien lubricada, porque la lubricación

vaginal tiene un objetivo fisiológico que es el ayudar a los espermatozoides en su desplazamiento.

Esta última parte no me gustó mucho. No me apetecía nada ponerme en el potro con las piernas

abiertas y cachonda, con el chichi hinchado y mojado. Creo que él se dio cuenta de mis

pensamientos.

—No se preocupe. Cuando se coloque usted en la camilla con los pies en los estribos vendrá el

bajón de la excitación, pero en el interior seguirá usted lubricada. Además, su marido y la enfermera

estarán presentes. Yo no entraré hasta que usted se sienta relajada.

Era un encanto de doctor, una se sentía relajada y en confianza, parecía medir cada palabra a

pesar de decir las cosas con total claridad y naturalidad. Me daba confianza.

Aquella noche cenamos en animada charla, pero ninguno de los dos teníamos mucho ánimo para

tener sexo.

—No sé tú, pero yo hoy no estoy muy motivado —me dijo Juan, que me abrazó en la cocina

después de que terminamos de fregar los platos.

—No. Yo tampoco. No pasa nada, tampoco lo hacemos otras noches. —Nos besamos con ternura

—. Eso sí, ves pensando en cómo te vas a motivar para hacerte la paja en la consulta. —Me reí,

intentaba pincharlo y frivolizar un poco sobre la situación.

—¿Si estás tú, que más motivación necesito? Además, tú tienes que ponerte cachonda, así que

espero que me ayudes, sino te tendrás que calentar sola.

—Yo no pienso hacerte una paja, eso era cuando éramos novios. —Volví a

frivolizar. Nos

masturbábamos muchas veces, el uno al otro, como una forma más de procurarnos placer mutuo—. Y

maldita la gracia que me hace ponerme cachonda, no poder terminar y encima abrirme de piernas

delante del médico —seguí frivolizando.

—No ha dicho que no puedas terminar.

—Ah, pues ahora que lo dices, es verdad. Se lo tenía que haber preguntado: doctor, ¿y me puedo

correr? —Nos reímos los dos.

—Bueno, todos los problemas fueran ese. Nos ayudaremos con gusto, nunca mejor dicho.

—Por supuesto. —Acepté yo que busqué sus labios en un suave y tierno beso —. Y tenemos que

seguir con abstinencia los días anteriores. Que a unos nos cueste tanto y a otros les vengan sin querer,

la vida no es justa. Anda, vámonos a dormir que te recuerdo que mañana yo cojo un avión a las siete

y media de la mañana.

—¿Si quieres te llevo al aeropuerto?

—No. Ya he pedido un taxi para las seis. Así aún puedes dormir una hora más.

Sin darnos cuenta llegamos al decimotercer día famoso, y para la consulta del doctor que nos

fuiamos sobre las seis de la tarde. Creo que los dos íbamos un poco nerviosos

porque no sabíamos

muy bien como nos las íbamos a arreglar, eso de que alguien estuviera a la espera de que él se

corriera y de que yo me pusiera cachonda, no era algo fácil de asimilar. No sé, me imaginaba al

médico y a la enfermera mirando el reloj y con una sonrisa pícaro. Algo que probablemente no era

cierto, a fin de cuentas son profesionales y se toman su trabajo muy en serio.

Cuando llegamos, la enfermera nos hizo pasar a la salita de espera donde había otra pareja, me

preguntaba si ellos también iban para lo mismo. Deduje que era la última visita del doctor antes de

que fuera nuestro turno. En efecto, cuando aquella pareja salió de la consulta, la enfermera nos llamó

para que pasáramos al despacho, donde el doctor nos volvió a recordar el proceso, añadiendo algo

que nos gustó, nos dijo que incluso era conveniente que yo llegara al orgasmo, eso sí mejor de

inmediato después de que Juan eyaculara en el bote, para así proceder a depositar el semen cuando

aún mi vagina y mi útero estaban lubricados y biológicamente en pleno funcionamiento para hacer

que los espermatozoides llegaran al ovulo. A continuación la enfermera nos llevó a una pequeña

habitación muy acogedora, donde había un sofá y dos sillones, una televisión de plasma, videos

porno y revistas, « por si necesitábamos inspiración » ; la verdad es que más que inspiración lo que

nos dio fue flojera. Nos sentíamos patéticos, por supuesto no íbamos a utilizar ningún material de

aquel. Nos abrazamos y empezamos a besarnos y a tocarnos el uno al otro como sabíamos que

siempre encendíamos el fuego, pero la situación no era la misma y nos costó entrar en materia. Al

final nos decidimos a lo más práctico.

—Mira, creo que lo mejor será que lo intentemos con sexo oral —sugirió Juan.

—Sí, será lo más rápido. —Acepté con cierto morbo, reconozco que su idea me hizo despertar

la libido.

Me quité las bragas, a fin de cuentas ya me las tenía que quitar después para subir al potro, me

subí el vestido y me senté en el brazo de uno de los sillones ofreciéndole mi sexo. Juan no se hizo

derogar, se arrodilló y lo hizo como él sabe, muy bien. No tardé ni dos minutos en empezar a lubricar

y a desear que me follara, algo que no iba a ocurrir. Cuando me faltaba poco para correrme, le pedí

que se levantara y, siguiendo sentada en el brazo del sillón, le desabroché la bragueta, saqué la polla

que ya estaba erecta y empecé una felación directa en el glande. Mientras, él con una mano me seguía

masturbando. La verdad es que empezó a subir el morbo, por un momento nos olvidamos de donde

estábamos y disfrutamos, hasta que Juan reaccionó.

—Cariño, me viene. Me voy a correr.

—No dejes de masturbarme. Ya me encargo yo de ordeñarte. —Me salió esa expresión porque

realmente estaba cachonda.

Tomé el frasco con una mano y con la otra empecé a pajearlo, sin dejar de darle chupadas.

—Ya —me avisó él.

Incliné un poco el frasco de forma que su glande entrara, la boca del frasco era ancha, y entonces

terminé de sacarle la leche, ordeñándolo de forma literal. Me consta que él sintió bastante placer,

porque por un momento dejó de mover sus dedos en mi interior. Cuando hubo echado todo el semen,

cerré bien el frasco, me recosté en el sillón y me abrí por completo

—Haz que me corra con los dedos como tú sabes. —En noches de pasión desenfrenada, cuando

él ya no podía más, me daba una sesión de masturbación que me dejaba rendida, podía llegar a

disfrutar una cadena de orgasmos seguidos que alguna vez habíamos llegado a contar hasta doce.

Se aplicó a ello con toda su alma, al mismo tiempo que me morreaba como si fuese el primer

encuentro que teníamos. Me corrí enseguida, me sentía empapada. Salimos enseguida a avisar a la

enfermera de que estábamos listos, creía que me moriría de vergüenza porque debía estar colorada y

agitada, estaba recién corrida, aun necesitaba recuperar la respiración. Me pidió que me subiera el

vestido y me quitara las bragas, a lo que respondí con una sonrisa, que ella me devolvió con

complicidad, que ya me las había quitado antes. Me ayudó a colocarme en la camilla y poner los pies

en el estribo, me cubrió con la sabana y llamó al doctor sin dilación. Juan estaba a mi lado, me cogía

fuerte la mano.

Efectivamente, fue similar a cuando me hacía la revisión. Cuando hubo terminado me pidió que

continuará en aquella posición durante unos diez minutos, que se hicieron eternos. Lo que yo y Juan

queríamos era irnos ya para casa.

A partir de ese día algo cambió en nuestras vidas, vivíamos con la esperanza de que el día

indicado no me bajara la regla. Hasta nuestras relaciones se estaban empezando a convertir en algo

más monótono. El día veintiocho de mi ciclo llegó la primera decepción, me vino la regla.

—Lo siento. Quizás estamos perdiendo el tiempo —se lamentó Juan, cuando le llamé por

teléfono para decírselo.

—Tranquilo, cariño. Vamos a seguir según lo tenemos planeado con el doctor. Ya verás como lo

conseguiremos. —Intenté darle los ánimos que me faltaban a mí. Ese día se me sentí muy

decepcionada.

Las siguientes veces que acudimos a nuestra cita con el cuarto del placer y el potro, ya fueron

más sencillas, aunque también más mecánicas. Ya no sentíamos vergüenza, ni morbo. Aplicábamos

de forma directa el método de la primera vez, oral y masturbación y en diez minutos preparados para

la inseminación. Por desgracia el resultado fue igual de frustrante las tres veces.

Cuando acudimos desilusionados a la visita con el doctor para ver por donde tirábamos, salimos

aun un poco más desanimados. Mestres no se anduvo por las ramas.

—Miren, en mi opinión estamos perdiendo el tiempo, y ustedes gastando dinero con algo que no

da resultado. El siguiente paso sería fecundar en vitro un ovulo, pero yo antes volvería a hacer un

nuevo espermiograma porque si la calidad del semen no ha mejorado, me temo que el resultado va a

ser complicado, además de que luego el ovulo tiene que coger.

—Y en el supuesto que no haya mejorado, ¿qué hacemos? —preguntó Juan

—Acudir al banco de semen y fertilizar el ovulo. Claro que eso es una decisión que deberán

tomar entre ustedes. Tómense su tiempo, podemos esperar al resultado del espermograma, pero...

piensen en ello. —Los dos tuvimos la sensación que lo del nuevo análisis del semen era para tener la

excusa de decirnos que no debíamos seguir por ese camino, pero no dijimos nada y cogimos el

volante para ir al laboratorio Echevarne a efectuar la prueba.

Aquel día volvimos a casa también en silencio dentro del coche, cada uno digiriendo su propia

frustración o cansancio. Yo sentía que debíamos hablarlo y quizás darnos un tiempo de reflexión,

pero sabía que Juan se sentía responsable, un sentimiento que yo en ningún caso compartía, pero que

comprendía. Por fortuna él siempre ha sido un hombre inteligente, práctico y valiente, tres de las

muchas razones por las que le quiero. Haciendo gala de esas dotes, fue él quien interrumpió el

silencio.

—Lucía, creo que esto nos está obsesionando y condicionando muchas cosas. Estamos metidos

en un torbellino. Que te parece si nos olvidamos de todo durante el resto de la semana, era martes, y

con la cabeza fría cada uno ordenamos nuestras ideas, el fin de semana nos vamos a algún sitio fuera

de Barcelona y hablamos, reflexionamos juntos y tomamos una decisión.

—Estoy totalmente de acuerdo. Parece que me hayas leído el pensamiento.
Vamos a relajarnos

un poco. ¿Dónde quieres que vayamos? Lo digo para hacer las reservas. Ya me encargó yo que esta

semana no tengo viajes.

—Elije tú, un sitio que no haga frío. —Se rio.

—¿Qué te parece si vamos a Sevilla?

—Sí. Me parece perfecto.

Yo sentí un gran alivio, como si me hubiese quitado un peso de encima.
Íbamos a pensar, a

hablar y a decidir juntos, sin presiones psicológicas, en definitiva igual que
habíamos hecho siempre,

aunque nunca nos habíamos encontrado con un tema tan susceptible como
aquel. Le agradecí tanto

que él tomara la iniciativa que en el primer semáforo que detuvo el coche, me
abalancé a abrazarlo y

besarlo, sin importarme la mirada que nos dirigió una señora « bien » y
recatada que viajaba de

copiloto en un Lexus todo terreno que estaba parado al lado nuestro.

El ser padres se estaba convirtiendo en una obsesión, parecía que toda nuestra
vida giraba en

torno a semen, inseminación, quedar embarazada, etc. Empezaba a afectar a
nuestra vida normal y a

la sexual. A veces hasta nos olvidábamos que lo importante de follar es el placer, aunque fuera en los días no fértiles lo hacíamos de forma mecánica con las pautas que el doctor nos había dado para mejorar las posibilidades de éxito.

La reflexión

Juan no había estado nunca en Sevilla, así que hice una reserva en el hotel *Las casas de la*

judería, un hotel a la entrada del barrio judío de Sevilla, más conocido por el nombre actual de

barrio de Santa Cruz, donde yo había estado alojada con anterioridad en viajes de trabajo y que me

encantó por sus especiales características. No es un hotel al uso, sino una especie de pequeño barrio

con diferentes casas y palacetes a los que se accede por un laberinto de pasillos o callejas llenas de

vegetación y fuentes que manan agua de continuo, y que conducen a innumerables y preciosos patios

al más puro estilo sevillano. Además, cuenta con un excelente spa que simula unos baños árabes. Me

pareció que aquel era un entorno excelente para nuestro fin de semana de reflexión, romanticismo y,

esperaba, que de buen sexo. Claro, también estaba muy bien situado para desplazarnos a enseñarle el

centro histórico a Juan.

Llegamos el viernes por la tarde a buena hora todavía para disfrutar de un paseo por las callejas

que llevan, a través del barrio de Santa Cruz, hasta la Giralda. Esa parte de la ciudad cumple con lo

que dice la letra de una sevillana: *Sevilla tiene un color especial...* Yo añadiría también un olor

especial, mucho más en primavera. Estábamos a finales de mayo, cuando se mezcla el olor de los

claveles, los jazmines y el azahar, incluso del *pescaiño* frito, que consigue que cada aspiración te

haga sentir una sensación diferente a medida que avanzas paso a paso.

Cuando nuestros pies empezaron a protestar, en forma de punzadas, de nuestra excursión por la

ciudad decidimos ir a cenar de tapeo, empezamos por *Casa Robles* y terminamos en *Las Escobas*.

Hacía calor y la cerveza de barril sin alcohol entraba de maravilla. A Juan no le gustaba mucho la

cerveza sin alcohol, pero se había acostumbrado debido a prescripción de alimentación sana del

doctor Mestres. De todos modos cuando decidimos volver para el hotel, y mientras él iba al servicio,

yo aproveché para hacer una llamada a recepción. Ya estaba bien de alimentación sana, nos

merecíamos un homenaje, quería darle una sorpresa.

Afortunadamente para nuestros cansados pies, el camino de vuelta nos pareció más rápido que el

de ida, quizás porque íbamos a tiro hecho hacía el hotel. El calor, aún a las once de la noche, era

sofocante y las calles bullían tanto de gente autóctona como de turistas. Las terrazas de los bares

estaban a rebosar. Estábamos deseando llegar a la habitación para poner el aire acondicionado y

darnos una ducha.

De acuerdo con lo que había ordenado por teléfono, cuando llegamos a la habitación nos

esperaba una cubitera bien cargada de hielo y dentro, cubierta con una servilleta blanca, una botella

de cava.

—¡Que detallázo! —Exclamó Juan—, ¿esto va incluido en el precio?

—No, cariño. Una idea de tu mujer, mientras en el último restaurante tú ibas al servicio.

—Por eso te quiero, siempre estás en todo. —Me abrazó y empezó a besarme con cierta

lascivia, tuve que pararlo porque tenía otras prioridades en aquel momento.

—Para, para un momento. —Ya me estaba bajando la cremallera del liviano vestido—. Quiero

darme una ducha y, además, estoy que me meo. La cerveza sin alcohol es un auténtico diurético. —

Me reí. ¿Por qué no vas abriendo la botella?

—No. Que se calienta. Yo te acompaño, tenemos que estrenar esa inmensa ducha. —Me seguía

abrazando, el vestido ya había caído de mis hombros y ahora se peleaba con el enganche del

sujetador.

—Vale pero dejame hacer un pis primero.

—Ni hablar. Mea de pie en la ducha.

—¡No seas guarro! —Lo intenté apartar de mí con una sonrisa, aunque reconozco que me dio

cierto morbo aquella proposición—. Se te ocurre cada cosa...

—¿Has meado alguna vez de pie?

—No. —No pensaba reconocerle que en la ducha alguna vez se me escapaba el pis. Ya me había

quitado el vestido y el sujetador, se agachó y me quitó las bragas al tiempo que me daba un beso en el

vientre y otro encima del vello del pubis.

—¡Pues hoy lo vas a hacer!

—Que no. Que no seas guarro —susurré mientras le cogía la cara con las manos y lo besaba en

los labios. Aquel « no » , en realidad era un « *me estás poniendo cachonda y la idea me atrae* » .

Había leído en una novela erótica una escena en la que la protagonista masturbada por su pareja

gozaba de un increíble orgasmo al conseguir sincronizarlo con el momento de soltar su uretra.

Me tomó de la mano y me estiró hacia la ducha, se desnudó en un santiamén y

se metió conmigo,

el sitio era muy espacioso, podíamos movernos con total libertad. Cuando abrí el grifo, pegamos un

grito los dos al sentir el agua fría sobre nuestra cálida piel. Todavía me entraron más ganas de orinar,

pero con él allí me daba corte. Cogió un frasco de gel y lo vació, mitad en su mano y mitad en la mía.

Nuestra temperatura corporal ya se había aclimatado a la temperatura del agua, entre risas y besos

empezamos a cubrirnos con espuma, el uno al otro, de manera especial del vientre hacia abajo.

Pronto disfruté del suave roce de su mano que me enjabonaba entre las piernas, al tiempo que yo

hacía lo mismo con su pene y sus testículos, sin olvidar su bien formado culo. Separé las piernas,

metí una entre las suyas y busqué con ansia su boca y su lengua con la mía. Él se había girado un

poco, facilitándome que con una mano le masajeara con fruición la polla, mientras con la otra

disfrutaba del tacto de su culo. No pude por más que arquear las piernas y apoyar mi espalda contra

el frío mármol de la pared cuando introdujo un primer dedo, que enseguida fue seguido por otro,

dentro de mi vagina y empezó a masturbarme. La espuma del jabón hacía de perfecto lubricante para

entrar y al que enseguida se sumó mi propia lubricación interna.

—Regalame una buena corrida mientras meas —me pidió con mirada encendida.

—Pero te voy a mojar la mano. —Me daba un poco de apuro hacerlo en su mano.

—No te preocupes, estamos en la ducha y tenemos jabón —me respondió antes de bajar su boca

a chuparme los pezones. El agua seguía cayendo sobre nuestros cuerpos.

Me estaba dando un placer fabuloso, me abandoné y apreté la mano en la que tenía la polla, que

se escurría entre mis dedos igual que si fuese un pez, para seguir pajeándolo con el ansia de

arrancarle una buena eyaculación. Estaba tan entregada y abandonada a aquella experiencia que sin

darme cuenta me concentré en tener un orgasmo y mear al mismo tiempo. Llevada por el morbo,

deslicé la mano con la que le enjabonaba el culo por el canalillo entre las nalgas y, cuando llegué a

su ano, sin previo aviso lo penetré con un dedo, con la espuma entró sin dificultad, sentí como en ese

momento me mordió el pezón que estaba chupando y arqueó las piernas. Eso también era la primera

vez que se lo hacía. No protestó, no hizo nada para que retirara el dedo, así que mientras él me

penetraba con los dedos, yo hacía lo mismo con su culo. Cerré los ojos, solo se oía el sonido del

agua, nuestros guturales gemidos y el plas, plas, de su mano que golpeaba mi

clítoris cada vez que

introducía sus dedos dentro de mí, hasta que sentí que mi uretra se soltaba y mi vagina empezaba a

tener los espasmo previos a la inminente llegada del orgasmo. Me corrí al tiempo que descargaba mi

cálido liquido sobre su mano, que se movía todavía más rápido dentro de mí. Por un momento paré

de hacerle la paja, y el dedo que tenía dentro de él lo dejé quieto, aunque bien adentro. Busqué su

boca, necesitaba besarlo, morderlo, comérmelo. Fue un orgasmo inolvidable. Cuando me hube

recuperado, volví a darle placer a él.

—¿Cariño, quieres probar tú? Me pongo de espaldas y...

Dudó por un momento.

—No. Mejor no. No es lo mismo hacerlo en mi mano que dentro tuyo. —Tuvo más sentido

común que yo, aunque estaba como macho desbocado.

—Pues entonces, relajate y disfruta. Quiero que me des toda la leche en la mano. ¿Retiro el dedo

de detrás?

—No. Sigue, me estás matando de gusto. —Arqueó y flexionó las piernas para abandonarse al

placer.

Aunque mi calentura había bajado, sentía la apremiante necesidad de

devolverle el amor, la

ternura y la complicidad que me había dado hasta regalarme aquel tremendo orgasmo. Solté la verga

por un momento y busqué el frasco del jabón, me las ingenié para repartir lo que quedaba en el

canalillo de su culo y en el escroto. Me arrodillé y sin dejar de ocupar su entrada prohibida y hacerle

un buen masaje en la polla, introduje la cabeza entre sus piernas para recrearme en su entrepierna. A

veces tenía que parar porque el agua que se concentraba en su escroto me entraba en la boca y me

faltaba la respiración, pero no tardó en lanzar un grito, le temblaron las piernas y sentí como algo

cálido caía sobre mis hombros, se estaba corriendo. Acudí presta a ayudarle a expulsar hasta la

última gota succionando suavemente su glande descapullado. Me incorporé, nos abrazamos, nos

besamos y nos dijimos lo mucho que nos queríamos.

Cuando salimos de la ducha nos quedamos desnudos. Juan, mientras abría la botella de cava, se

acordó de la famosa pastillita.

—Oye, ¿qué te parece si pruebo a tomarme el regalo de Matías? Por probar.

—Juan, que a ti no te hace falta. Además, me da un poco de miedo que no te vaya a hacer algún

efecto no deseado. Que pasa si luego no se te baja y te tengo que llevar a

urgencias, ¡vaya vergüenza!

Que he oído muchas historias sobre la pastillita. Además, que yo estoy más que satisfecha, y tú...

¿¡No te quejaras!?

—No me quejo, pero tengo curiosidad. Que no pasa nada, él la toma habitualmente. Lo que no

voy es a tomarme una entera, con un cuarto me dijo que era más que suficiente.

—Haz lo que quieras, pero si luego no se te baja te vas solito a urgencias.

—Vale. —Se la tomó, creo que incluso menos de un cuarto.

Después del « desgaste » en la ducha, la primera copa de cava bien frío entró en nuestros

cuerpos como un bálsamo reconstituyente.

Nos relajamos charlando de cosas banales, habíamos acordado tratar el otro tema el sábado, y

dando sorbos a nuestras copas, hasta que la libido empezó a despertarse otra vez, no recuerdo si fue

primero la mía, la de él o la de los dos al mismo tiempo.

—Estoy pensando que vas a tener que ayudarme a subir a esa cama —dije—. Coño, si se

descuidan tienen que ponerle una escalera. Aunque parece cómoda, vaya pedazo colchón que tiene.

—Pues hace rato que la miro y se me está ocurriendo algo para lo que puede ser muy útil esa

altura —me respondió con picardía y guiñándome un ojo.

—Te conozco. Después de lo de la ducha, ya me espero cualquier cosa y me empiezo a poner

medio cachonda otra vez. Pero, creo que no das la altura para follarme ahí en la esquina y de pie.

—No pensaba en follarte, al menos no con la polla.

—¿Entonces, con qué? No he traído ningún juguete. —Sí, tenemos algunos vibradores en casa,

los compramos más por curiosidad que por otra cosa. Casi nunca los utilizamos. Teniendo el aparato

que tiene Juan, a mí los juguetes me ponen poco.

—Tiene la altura perfecta para disfrutar comiéndote, sin tener que arrodillarme.

Miré la cama y noté cosquilleo en el sexo. Me lancé a ponerle más morbo.

—Pues, se me ocurre que incluso podrías utilizarlo como copa de cava, si es que queda.

—Claro que queda, media botella aún. Creo que me voy a emborrachar. —Me cogió en volandas

y me aupó a la cama. Me ayudó a apoyar los pies en el borde del colchón con las piernas abiertas,

me colocó dos almohadones detrás de la espalda y la cabeza de forma que quedé medio incorporada

para poder ver bien todo mi cuerpo desde las tetas hasta el vello del pubis.

—Estoy como en el potro, pero reconozco que este doctor me pone más —dije riendo.

—Y además, este doctor te va a salir gratis. —Me devolvió la ocurrencia,

dándome una copa

llena—. Tú solo tienes que darle de beber.

—Vamos a mojar las sabanas y el colchón. Creo que no va a ser una buena idea.

—Espera. —Se fue al cuarto de baño y volvió con una toalla de baño de las que había de

repuesto, la dobló, la sometió debajo de mis posaderas y la dejó caer supongo que hasta el suelo—.

Arreglado.

Llevó su boca y la experta lengua a recorrer mis pliegues y a succionar el clítoris de la forma

que solo él sabe hacer, empecé a verter el dorado líquido sobre el pelo del pubis. El frío del líquido

que bajaba por entre mis labios y las inglés en contraste con la calidez de su lengua y su boca me

causaban una sensación de suma excitación aumentada por la visión que tenía, desde mi atalaya sobre

los almohadones, de él bebiendo de mi copa. No tardé en regalarme con otro orgasmo. Había sido

hábil en beberse el cava, recogí la toalla que no se había mojado mucho y la coloqué bien sobre la

cama.

—Trae otra copa y súbete a la cama —le ordené y obedeció.

Su miembro estaba duro como un palo, lo que me sorprendió teniendo en cuenta la abundante

eyaculación que había tenido en la ducha. Estaba claro que la pastilla algún efecto hacía. Le pedí que

se pusiera a horcajadas encima de mí. La cogí con la mano y empecé a mojar la punta en la copa y a

llevármela a la boca para chupar el cava, pero solo llegaba a mojar la puntita, pues estaba tan gorda

que no entraba más en la copa. Pronto tuve que dejar de mojarla y me dediqué a saborearla con

devoción para sacarle el elixir que ya ansiaba degustar. En aquella calentura algo tendría que ver ya

el efecto de las copas que me había tomado, claro. Utilicé todas las técnicas que conocía para

arrancarle la eyaculación, pero no lo conseguí. Llegó un momento que ya me dolía la boca de tenerla

abierta y ocupada. Pero no pensaba renunciar a hacerlo mío, porque además volvía a estar cachonda

como una perra en celo.

—Te estás poniendo difícil, ¿eh!

Dejé la copa en la mesita, lo tumbé con la espalda contra el colchón, nunca había visto su polla

tan dura y recta apuntando al techo. Me puse de cuclillas encima de él y me la inserté toda hasta lo

más hondo de mi vagina. Lo cabalgué en plan salvaje, tuve varios orgasmos húmedos que empapaban

su bajo vientre y la toalla, más de lo que había hecho el cava. Aquello no se acababa nunca, por un

momento recordé un anuncio de pilas: « y dura... y dura... » . No pude por más que sonreír. Mientras,

él no estaba pasivo, sus manos recorrían todo mi cuerpo, estrujaban mis tetas, metía el dedo pulgar

entre su pubis y el mío para hacerme sentir más en el clítoris. Perdí la cuenta de los orgasmos hasta

que no pude más y me dejé caer, aun insertada, sobre su pecho. Me faltaba la respiración.

—Lo siento, no puedo más. Ya te decía que no era buena idea que te la tomarás, no se acaba

nunca. Si quieres correrte sigue tú, yo no puedo.

—Tranquila. —Me abrazó y cubriéndome de besos me tumbó en la cama, el colchón era cómodo

y mullido—. Te voy a confesar algo, cuando estás fuera de viaje me masturbo y me corro imaginando

que tú me estás mirando.

—Umm. Eso me encantaría. —Sentí mucho morbo de verlo hacerse una paja—. Y te diré

también una cosa, cuando estoy de viaje, en los hoteles me gusta dormir desnuda y masturbarme.

Supongo que eso nos une. Quiero que te masturbes para mí. —Alcé los brazos y la cabeza para

atraerlo y besarlo, lo invité a darse placer—. Yo no te tocaré, solo miraré.

Se puso a horcajadas de mí, a la altura de mi vientre. Empezó a masturbarse, primero despacio,

solo subía y bajaba la piel del glande con dos dedos. Luego cogió la dura verga con toda la mano fue

acelerando el ritmo hasta que me di cuenta que se iba a venir. Por fin, arqueó la espalda y un chorro

de blanquecino líquido salió con tal fuerza que me regó desde las tetas hasta el vientre. Con la mano

me lo esparcí por todo el vientre y lo restregué por encima de los pechos y los pezones, para

terminar lamiéndome un dedo con lascivia mientras lo miraba a los ojos. Su pene empezó a

encogerse, menos mal.

No fue el último polvo aquella noche. Habíamos perdido el control. Nos terminamos la botella

de cava, follamos en todas las posiciones, probamos todo lo que conocíamos y todo lo que nunca nos

habíamos atrevido a probar. Se recuperaba polvo tras polvo, aunque en los últimos ya no echaba ni

una gota de semen. Terminamos cuando el reloj marcaba las cuatro de la mañana y después de que

yo, sentada en uno de los sillones, le regalara la visión de mi último orgasmo aquella noche, mientras

masturbaba mí ya dolorido sexo, que disfrutó de un último orgasmo, más por el morbo de hacerlo

para él que del placer que me di . Caímos dormidos en cuanto apagamos la luz.

Ni soy religiosa ni nunca creí en eso de que el sexo no reproductivo es un

pecado, pero si lo

fuera, nosotros aquella noche nos ganamos el infierno.

Las propuestas indecentes

Después de la maratónica noche de sexo, el sábado nos despertamos tarde, justo para desayunar

antes de que cerraran el servicio de comedor. Nos dimos una ducha rápida.

—Juan, me duele todo. Hasta el chichi tengo dolorido.

—A mí me pasa igual, tengo el capullo que me arde. Es que eres insaciable — me dijo al pasar

por detrás de mí cuando me secaba el pelo, todavía desnuda, y aprovechaba para darme un pellizco

en el culo y un beso en el cuello.

—¡Mira quien fue a hablar! Te prohíbo que vuelvas a tomar esa pastilla.

—Para de protestar de buena mañana. Anoche no te oí quejarte.

—Porque anoche sentía un gustazo, pero esta mañana lo que siento es dolorcillo. Creo que voy a

tener que andar con las piernas abiertas. —Ambos nos reímos y nos dimos un suave pico en los

labios—. Démonos prisa si queremos desayunar.

Durante el desayuno planeamos aprovechar la mañana para descansar en el Spa, tener nuestra

conversación y después salir a comer y seguir conociendo la ciudad. En principio ninguno de los dos

creíamos que fuéramos a tener más sexo aquel fin de semana, pero nunca se sabe...

Con nuestros bañadores debajo del albornoz nos dirigimos a los baños árabes. El sitio era

precioso tanto a nivel de diseño como la música ambiental. De verdad era un ambiente acogedor,

romántico y para relajarse. No había nadie más, teníamos todas las instalaciones para nosotros solos,

un lujo.

Nos metimos primero en la piscina de agua termal, y allí empezamos la conversación que

habíamos acordado sostener.

—Bien, supongo que los dos hemos pensado durante estos días en las posibilidades y

consecuencias de las opciones que tenemos. —Juan, como siempre, afrontaba los problemas de cara

y sin tapujos, quizás su condición de abogado le ayudaba a ser tan racional —.Yo ya te adelanto que

estoy de acuerdo que no vale la pena que intentemos lo de la fecundación in vitro con mi esperma.

No va a funcionar y además vamos a perder otros cuantos meses, y no solo eso sino que vamos a

volver al círculo de espera y decepción que hemos pasado con la inseminación.

—Estoy de acuerdo, pero cuando tengamos el segundo espermograma. Si Mestres dice que ha

mejorado, entonces yo lo intentaría de nuevo.

—De acuerdo, pero solo si nos dice que hay posibilidades serias.

—De acuerdo —acepté.

—Bien. Pues pasemos a la siguiente opción. Banco de semen. —Se quedó callado, mirándome,

dejó que fuera yo la que expusiera mi opinión—.

—Si quieres que te sea sincera, le he dado muchas vueltas y no acabo de estar convencida. Me

hago muchas preguntas: ¿quiero tener un hijo de alguien que no conozco?,
¿Quién me garantiza que el

donante es una buena persona, inteligente o sano?

—Se supone que hacen un exhaustivo control, incluso psicológico, por lo que nos han explicado.

—Mira, todo eso está muy bien para vendernos la idea, pero... no sé...
Además, ¿y tú?... ¿Cómo

te afectará a ti, lo aceptarás con normalidad como si fuese tuyo? Es importante que tú tengas eso

claro.

—Eso para mí no sería un problema, porque de hecho mucha gente adopta niños, que también

puede ser otra posibilidad, y los quiere igual o más. Por eso no te preocupes. Yo prefiero que sea

hijo tuyo que de ninguno de los dos como sería en el caso de la adopción, de lo que si quieres luego

lo hablamos.

—Sí lo tienes tan claro, perfecto, una incógnita menos, pero yo sigo haciéndome mis preguntas

¿Qué ocurre si un día tiene un problema de salud de tipo genético, a donde recurrimos?

—Se supone que en el banco tienen los registros. En caso de necesidad deberán facilitarlos, al

menos a los médicos. Pero tampoco nos pongamos en todo lo peor, un hijo propio también puede

tener riesgos. En eso no existe ninguna regla ni porcentaje de seguridad.

—Sí. En eso tienes razón. Si me hubiese quedado embarazada, no nos haríamos tantas preguntas,

eso es verdad, solo estaríamos deseando que naciera sano y punto.

—Exacto. Para mí lo más importante es que tú estés convencida y desees hacerlo. Creo que la

decisión última en este caso es tuya, yo no tengo problema, pero tampoco te influenciaré en un

sentido u otro. Apoyaré lo que decidas y cuando lo decidas. —Mientras teníamos esta conversación

no dejábamos de jugar y acariciarnos debajo del agua.

—Supongo que prefiero esa solución antes de hablar de adopción. Cada vez es más complicado

y, además, se multiplican todas las incógnitas y preguntas que nos hacíamos antes. Para esa decisión

no estoy preparada. Y, Juan, que también nos tenemos que plantear que si no

tenemos hijos tampoco

pasa nada. Sí, hace ilusión, pero no vamos a hacer un drama si no puede ser.

—Por supuesto que no, pero sabes que el reloj biológico os afecta más a las mujeres. Lo que no

quiero es que para ti pueda llegar a ser un trauma. No tiene por qué haber ningún problema si los dos

estamos de acuerdo en la decisión. Yo incluso le he dado vueltas a otra posibilidad, que no sé cómo

explicártela sin que me malinterpretes.

Me lo quedé mirando con gesto interrogativo.

—Qué se te habrá ocurrido para no saber cómo decírmelo. Venga, suéltalo.

—Verás... lo he pensado mucho... y se me ha ocurrido que... quizás una solución sería que tú

tuvieras sexo con alguien de tu agrado para quedarte embarazada.

Creo que me quedé con la boca abierta, me preguntaba si había oído bien.

—¿No estarás hablando en serio, verdad?

—¿Por qué no? A fin de cuentas sería algo parecido a la fecundación in vitro con semen de un

donante.

—Sí, lo mismito. Solo se te olvida una cosa, que en lugar de que Mestres me meta un tubito,

alguien me metería su polla. —Reaccioné airada y casi le grité, menos mal que estábamos solos en el

spa—. ¿Pero tú te has escuchado a ti mismo? Me estás proponiendo que me dedique a ligarme a un

tío y que folle con él. Que te sea infiel. ¿Es eso lo que quieres? ¿Y qué pasa si me gusta y luego

empiezo a tirarme a todo el que se me ponga por delante? ¿Y si me enamoro?

—Para, para. No te pongas así. Somos adultos, quedamos que hablaríamos con libertad y

evaluaríamos las posibilidades. No tomaremos ninguna decisión de la que no estemos los dos de

acuerdo. Por favor, no te pongas así. —Se acercó a abrazarme—. A punto estuve de rechazarlo, pero

comprendí que él tenía razón, habíamos acordado que hablaríamos del tema con total libertad.

—Joder, Juan. Es que no me esperaba una proposición así de indecente, que como fantasía puede

ser muy divertida, pero en la realidad no le veo la gracia.

—¿O sea que alguna vez has tenido esa fantasía, ¡eh! —Me sonrió

—Pues claro, cuando me masturbo en un hotel tengo fantasías. No me intentes convencer de que

tú te masturbas pensando en mí. —Le devolví la sonrisa. No quería que aquel fin de semana

acabáramos enfadados.

—No te lo negaré. ¿Pero entonces cual es la diferencia?

—¿Tú eres gilipollas o te lo haces?

—No, en serio. Solo te pido que analicemos seriamente los pros y los contras.

—Está bien. Tú empieza con los pros. Yo pondré los contras.

—Pros: 1) No tiene por qué ser improvisado, 2) Tu puedes elegir a un candidato que te guste, 3)

Que reúna ciertas características, 4) Que sepas que está sano, 5) Que si un día por desgracia hubiese

un problema médico sabríamos donde acudir, 6) Que no corremos el riesgo de un embarazo múltiple,

al menos no como con la fecundación in vitro. Y ahora pon tú los contras.

—Te has olvidado un pro, que me lo pasaría de puta madre follando con un desconocido. —Aún

no había terminado la frase que ya me había arrepentido de haber dicho aquello. No estaba siendo

justa con Juan, para él no debía ser fácil aquella propuesta, no merecía que lo machacara—. Perdona,

olvida lo que he dicho. No tengo ningún derecho.

—Mira, es una opción. Que contras ves.

—Pues, 1) Que no estoy acostumbrada a ir por ahí de ligue; 2) Que para quedar embarazada no

se puede follar con preservativo, lo que tiene sus riesgos con un desconocido; 3) Que tampoco hay

ninguna garantía que con un desconocido me quede a la primera, amén de que debería ser en los días

precisos; 4) ¿Qué preguntas te harías luego?; 5) ¿Qué te tendría que explicar?; 6) ¿Estás seguro que

luego no me lo echarías en cara? Por tener un hijo no quiero arruinar nuestro matrimonio y 7) ¿Qué

pasa si me enamoro?

—Tienes razón y comparto muchos de los contras, pero si te lo he propuesto es porque lo he

pensado mucho. Por mi parte, no te haría preguntas, nunca te lo echaría en cara, no deberías

explicarme nada. El día que digas estoy embarazada, no haré más preguntas y a partir de ese día será

nuestro embarazo. En cuanto a lo de enamorarte, también lo he pensado, pero si tiene que pasar, no

será por eso, será por otras razones y puede pasar igualmente. Bien al contrario, si superamos esto

juntos estoy convencido que nuestra relación de pareja saldrá reforzada. A fin de cuentas, si te

hubiese conocido con un hijo también te querría a ti y a tu hijo. ¿Qué pasa con los que tienen hijos de

solteros o están divorciados y se vuelven a casar? Pues sería lo mismo.

—No sé, me da mucho miedo. Y si aceptara, que no lo estoy haciendo, debería ser un secreto

entre nosotros.

—Por supuesto. Del mismo modo que hasta ahora no le hemos explicado a nadie el problema,

tampoco lo vamos a hacer después. Pero, Lucía, tú eres la que decides. Solo quiero que te sientas

libre de hacerlo o no. Si decides que no es esa la solución pues hacemos la inseminación de donante

anónimo y punto. Lo que no quiero es perderte porque dentro de un tiempo, cuando tu reloj biológico

marque las horas, te arrepientas, eso sí afectaría a nuestra relación. Te quiero demasiado, no quiero

perderte.

—Está bien, me lo pienso. No hablemos más de este tema. Yo decidiré sin presiones ni

preguntas. Si decido hacerlo, solo te enteraras si te digo que estoy embarazada. Siempre tendremos la

duda de si fue de otro o tuya, salvo que por razones de salud se deban hacer análisis. Si te

comprometes, yo prometo pensármelo, aunque no me gusta la idea. Oye, por cierto, yo no te voy a dar

libertad para que tú folles con otra, eso que quede bien claro. Si al final decido hacerlo por el tema

de quedar embarazada, no quiere decir que tú tengas derecho a hacer lo mismo. Tú no tienes que

quedarte embarazado, ¡eh! —Intenté bromear para quitar tensión al momento.

—Estoy de acuerdo. Si pasado el verano no has quedado embarazada, no te preguntaré si lo has

intentado o no. Procederemos a la otra opción.

—Pues si te parece, hacemos una cosa, a partir de hoy nos olvidamos del tema, dejamos pasar el

verano y después de vacaciones volvemos a ver a Mestres, te haces el espermograma, que nos

informe bien del tema de los donantes y decidimos si probamos lo del *in vitro*.

—De acuerdo, me parece bien que nos tomemos un descanso de pensar y hablar del asunto,

porque creo que ya nos estamos obsesionando un poco.

—Sí, yo empiezo también a estar cansada del tema. Además, igual me embarazaste anoche.

Estoy en los días fértiles, y con el maratón que tuvimos. —Bromeé y nos reímos con ganas los dos—.

¿Se acabó hablar del tema?

—Se acabó. Está todo dicho.

Sinceramente, me sorprendió la propuesta de mi marido y no porque yo no la hubiese pensado,

supongo que como cualquier mujer que se encuentra con el problema, en algún momento se le pasa

por la cabeza esa solución, pero una cosa es pensarla, incluso fantasear y ponerse cachonda y otra

muy distinta es llevarla a la práctica. Más tarde comprendí el acto de amor y valentía que acababa de

hacer mi marido con aquella propuesta, se lo jugaba todo a satisfacer mis deseos de ser madre. En

realidad yo me mostraba más molesta por la indecente propuesta de lo que en realidad lo estaba.

—Creo que es hora de que salgamos de remojo, llevamos una hora, ¿qué te

parece si vamos a la

sauna? —sugirió Juan.

—Sí, vamos, pero a la turca. La de vapor.

Pasamos antes por la piscina de agua fría que, después de estar tanto rato en el agua caliente, era

como meterse en agua con hielo. No aguantamos ni un minuto.

La sauna de vapor era muy acogedora, el techo era abovedado, pintado de azul y con pequeñas

lucecitas que imitaban estrellitas; al fondo una cascada formada por piedra caliza que evaporaba el

agua caliente que se deslizaba por ellas; nos sentamos en uno de los bancos de mármol blanco que

había en cada lado, cerca de la cascada; el vapor hacía soportable el calor.

Después de la difícil conversación que habíamos mantenido en la piscina termal, allí en la

intimidad de aquella pequeña sala, nos relajamos. El hecho de sabernos solos en el Spa nos daba

sentimiento de intimidad. Yo deseaba pasar página de la tensión que habíamos pasado, recosté mi

cabeza en el hombro de Juan. Creo que él deseaba lo mismo y me paso un brazo por el hombro

acariciándome con la mano. Agradecí aquella muestra de ternura. De manera inconsciente llevé una

mano a posarse encima del bañador y empecé a acariciar su miembro por encima de la tela.

—¿Sigue dolorido? — pregunté con cariño.

—No, parece que el agua termal me ha ido bien. ¿Y el tuyo? —me dijo, llevando la mano libre a

mi entrepierna, la pasó con suavidad por encima de la tela de mi bañador justo encima del sexo.

—Pues creo que también ha mejorado, pero está muy tranquilo. —Yo seguía acariciándole el

paquete, que ya se despertaba, por encima del bañador.

—Lucía, mira como me estas poniendo otra vez. Si sigues tocándome vas a tener que hacerme

algún favor. —Bromeó, pero al mismo tiempo abrió más de piernas.

—¿Ah, sí? Esto no es normal, tendrías que estar rendido. Yo pensaba que la pastilla funcionaba

solo unas horas.

—Eso es el *Viagra*. La que me dio Matías es *Cialis*, que dura un par de días.

—¡Ah! No. Yo no aguanto un par de días. Te la vas a tener que bajar tu solito.

—Me reí

divertida.

—No seas mala, estamos solos. Me da morbo hacerlo aquí.

—Ni hablar. ¡Pero no puede ser, está dura como un palo, se te va a salir del bañador!

—La culpa es tuya, me has puesto a mil. Algo tendrás que hacer —me susurró con voz de niño

travieso en el oído, al tiempo que seguía masajeándome por encima del

bañador.

—ja,ja,ja. —Le retiré la mano que tenía entre mis piernas.

—Cariño, no me castigues así —ronroneó.

No dije nada, solo lo miré con ternura a los ojos, metí la palma de la mano por dentro del

bañador y lo bajé, su polla dura salió libre. Sin dejar de mirarlo a los ojos, empecé a masajearla;

lo hacía despacio para no causarle daño, pues pensaba que la tendría muy sensible. El cerró los ojos

y se abandonó al placer que le daba con la suave paja que le estaba haciendo. Yo lo hacía realmente

con todo el cariño del mundo, me encantaba verlo disfrutar de aquella forma. Así que la descapullé

despacio y me decidí a bajar a su encuentro con la boca.

Aún no me acababa de introducir el glande entre los labios que oí como se abría la puerta de la

sauna, me sobresalté, le subí el bañador de golpe y me incorporé.

— *Hello, good morning* —s aludó una chica que acababa de entrar y se fue a sentar en el banco

de enfrente a nosotros. Juan también se había sobresaltado y abierto los ojos. Intentamos disimular.

Noté un sofoco ardiente en mis mejillas que desde luego no eran por el efecto de la sauna.

Intenté tranquilizarme, pensé que al entrar y con la niebla que formaba el vapor, quizás no hubiera

visto lo que hacía. Mantuvimos el tipo durante unos minutos más, en absoluto silencio. Yo no me

atreví a mirarla. Juan se removía incomodo, su erección seguía siendo prominente y marcaba un

pedazo de paquete debajo del ajustado bañador. Me pareció apreciar que ella lo miraba de reojo.

—Voy a salir. Me pondré a leer un rato —le dije a Juan.

—Sí, yo también. —Nos levantamos los dos, dirección a la puerta.

— *Bye* —dije como cohibida.

— *Bye* —respondió ella, regalándome una sonrisa.

Nos metimos juntos en la primera ducha de agua fría y nos echamos a reír a carcajadas.

—¡Que corte! —exclamó Juan.

—Ha sido muy fuerte, creí morirme de vergüenza —dije entre carcajadas—, y tú con ese

pedazo de paquete, yo creo que te miraba de reojo.

—¡Vaya experiencia!

Con el agua fría y las carcajadas a Juan se le bajó el « ímpetu », nos fuimos a estirar sobre

unas tumbonas ergonómicas de piedra caliente, sacamos nuestros *smartphone* y nos pusimos a leer.

Ambos llevamos la app de Kindle, es práctico cuando se viaja.

Al cabo de un rato vimos salir a la rubia de la sauna y después de dar una vuelta alrededor de la

piscina termal se metió en el agua despacio, tuve la sensación de que intentaba lucir su « palmito »,

que reconozco era impresionante: Alta, el pelo rubio mojado le caía algo más abajo de los hombros,

unas curvas perfectas y un minúsculo bikini rojo; la braga de tiras lateras cubría un culo perfecto por

detrás y, por delante, le cubría lo justo y ayudaba a remarcar sus largas piernas; El sujetador cubría y

mantenía tersos unos pechos medianos, que marcaban bien los dos pezones, supongo que por el

efecto de la ducha de agua fría que debió darse a la salida de la sauna. Sin embargo, su cara, como

suele pasar con las esclavas, no acompañaba aquel monumento de cuerpo, sus rasgos eran duros. Me

giré sobre mi lado izquierdo para hacerle algún comentario a Juan y mi sorpresa fue que me lo

encontré mirándola embobado. Alargué mi brazo derecho y lo pellizqué en el costado.

—¿Qué, está buena, eh? Si quieres te pongo la toalla de babero. —Le sonreí.

—No te voy a negar que está bien, pero tú no tienes nada que envidiarle.

—Gracias, cariño. Reconocelo, se te cae la baba mirándola. Yo lo reconozco, está buena, al

menos cuando la ves por detrás. Pero podría haberse puesto un bikini un poco más recatado, no

estamos en la playa.

—Sí, de cara es feílla. —Intentó no mostrar interés, como si la mirara solo por curiosidad.

—Pero... tú te la tirarías, no seas hipócrita —le dije con complicidad.

—Joder, Lucía. No voy por ahí ligando ni tirándome a las que son guapas. Una cosa es mirar y

otra que quiera tirármela. No me vas a negar, que tú no miras a los tíos que están buenos y supongo

que no te los tiras, ¿no?

—Tienes razón. No te lo tomes así, es que reconozco que la tía está muy buena. Mira... después

de la propuesta indecente que me has hecho antes, hasta te dejaría tirártela. Eso sí... delante de mí.

—Me reí en una carcajada que hizo que la rubia se diera la vuelta y nos mirara.

—Pues yo no aceptaría estar delante si te lo haces con otro. No conocía esa parte tuya tan

morbosilla, señora ejecutiva seria.

—Ja,Ja,Ja. Creo que este fin de semana estamos un poco desmadrados. Mejor me voy a la sauna

finlandesa. ¿Vienes?

—No. Ya sabes que la sauna seca me agobia. Mejor me quedo aquí leyendo.

—Ya. Y de paso... ves el paisaje. Te dejo que intentes ligártela —le susurré al oído mientras le

daba un besito.

—Estás como una cabra. Anda vete.

A modo de provocación me paseé por delante de él luciendo mi « palmito », que tampoco está

nada mal, y, poniéndome de espaldas, me agaché despacio para calzarme las sandalias con la clara

intención de bromear y provocarlo con mi culo en pompa.

En la sauna coloqué la toalla sobre uno de los bancos de madera, eché un cazo de agua en las

piedras negras que alimentaban el calor, me tumbé y cerré los ojos.

No habían pasado dos minutos cuando oí abrirse la puerta, pensé que Juan habría cambiado de

idea. Abrí los ojos y vi entrar a la rubia que de nuevo me dirigió un « *hello* » y una sonrisa, a lo que

por supuesto respondí, hice el gesto de incorporarme para sentarme, pero ella, en inglés, me dijo que

no era necesario.

—No te molestes. No hace falta que te muevas —me dijo sin abandonar la sonrisa—. Yo me

siento en el otro lado —dijo refiriéndose al banco de la parte más estrecha del habitáculo y donde no

era posible estirarse.

—No. Si quieres tumbarte —respondí en inglés, es una lengua con la que me defiendo bastante

bien—, puedes subir al banco de arriba. — Había dos y yo me había colocado en el de abajo. Me

incorporé para dejarle subir.

—¡Ah! Bien, gracias.

Se tumbó en el banco superior con la cabeza en sentido contrario a la mía. Me sentí un poco en

la obligación de ofrecerle conversación, como cortesía de una persona del país con otra extranjera.

—¿De dónde eres? ¿No hablas nada de español?

—Soy de Lituania. Estoy estudiando español, « pero solo hablarlo poquito »
—contestó estas

últimas palabra en castellano con dificultad, pensando cada palabra—. En mi país estudiamos el

inglés como segunda lengua. —Siguió explicando en inglés—. Antes era el ruso.

—No hay problema, yo también hablo inglés.

Sin quererlo empezamos a hablar de diferentes cosas. Se notaba que le apetecía conversación.

Luego me explicó que viajaba sola y que al no hablar español, llevaba días casi sin hablar con nadie.

Nos enfrascamos en una amena conversación que solo interrumpíamos cuando salíamos a darnos la

ducha de agua fría. Hablamos sobre su país, sobre España, me dijo que era profesora de filosofía en

la universidad de Vilna, de la que me explicó que había sido fundada con la ayuda de jesuitas

españoles con el patrocinio del rey Esteban I de Polonia y que, en la Edad

Media, había sido uno de

los principales centros culturales y científicos de toda la región báltica. «
Cuanto desconocimiento

*tenemos, hasta hace poco yo ni sabía que existía un país que se llamaba
Lituania* », pensé.

—Quiero recorrer España. Es un país con el que siempre soñé.

—¿Viajas sola?

—Sí. Es un viaje para reencontrarme a mí misma.— « *Uy, creo que va a salir
la filósofa* »,

pensé—. Necesito recuperarme de mi reciente y frustrante divorcio.

—Lo siento. Seguro que un viaje es lo mejor para romper con el pasado.
¿Cuánto tiempo vas a

estar por España? —pregunté para cambiar la conversación, no me apetecía
nada que me explicara

su vida.

—Tengo dos meses de vacaciones y he ahorrado durante varios años. Igual
encuentro un novio

español o una novia, yo soy bisexual, y me quedo. —Rio.

—Con el amor nunca se sabe. —Le devolví la sonrisa y la broma con un gesto
de manos que

señalaba el corazón, no sé muy bien por qué—. Lo puedes encontrar donde
menos lo esperes.

—¿Tú estás también de vacaciones con tu novio? —Quiso saber.

—No. Estamos solo de fin de semana romántico, y no es mi novio, es mi

marido.

—¿¡Tu marido!?! —exclamó extrañada—. Lleváis poco tiempo casados, ¿verdad?

—No. Hace más más de diez años que estamos casados y unos quince que vivimos juntos. ¿Por

qué te extrañas?

Se sonrió y dudó si contestar.

—¿Puedo ser sincera y hablarte con confianza? —Me interrogó un poco cohibida.

—Sí, por supuesto.

—Verás, es que os he visto cuando entré en la otra sauna. —Me subió todo el calor a la cara de

golpe—. Y os he observado después. Os veo muy enamorados. No es normal en parejas que llevan

juntos tanto tiempo lo que vi en la sauna. Sinceramente, siento envidia. De hecho lo que vi, me excitó.

Llevo muchos meses sin sexo. —Se rio de nuevo de forma sonora—. Te felicito

—Gracias. Bueno no siempre es igual, siempre hay momentos especiales.

—Sí, pero me sorprende. Será porque yo nunca tuve esos momentos con mi ex.

—Es que los españoles son muy fogosos. —Solté el topicázo, por decir algo.

Salimos a darnos una nueva ducha de agua fría.

—Por cierto, tu marido es muy interesante. Y tú eres muy guapa. Como decís los españoles los

dos estáis « muy buenos ». —Esto último lo dijo en español, casi deletreando las sílabas—. ¿Se

dice así?

—Sí. Se dice así, más o menos. Gracias. —Sonreí. «*J oder, guapa, no te cortas un pelo* » , me

dije—.Tú también tienes un cuerpo impresionante y llevas un bikini muy provocador —dije con un

poco de mala leche, aunque con una sonrisa, como diciéndole « *no creas que soy tonta y porque*

lleve bañador sea una mojigata » .

No debí ser muy sutil, porque ella se quedó un poco sorprendida y enseguida intento aclarar la

situación.

—Disculpa, quizás no me he explicado bien o las palabras en mi español no han sido adecuadas.

Quería decir que los dos sois guapos y hacéis una bonita pareja. Por favor no te molestes conmigo,

estoy encantada de poder hablar contigo.

—Tranquila. No me he molestado. Tienes razón, mi marido está muy bueno, por eso tengo que

cuidarlo. —Intenté justificarme, y dije una tontería digna de mi abuela « *tengo que cuidarlo* » .

Añadí el típico ja,ja,ja.

—Pero tú también eres muy guapa, de verdad. —Volvió a insistir.

—Bueno. Nunca me he quejado de mi físico.

Yo ya empezaba a pensar que quería ligar conmigo, me había dicho que era bisexual. Por un

momento las dos nos quedamos calladas. Tengo que reconocer que deje volar la imaginación y se me

ocurrieron muchas cosas, a fin de cuentas aquel fin de semana era totalmente atípico y de cierto

desmadre.

—Creo que ya no soporto más este calor. Me voy a ir al jacuzzi —le comenté al tiempo que me

levantaba y recogía la toalla

—Sí. Yo también voy a salir. ¿Te molesta si voy contigo al jacuzzi? Así podemos seguir

hablando.

Yo empezaba a estar un poco mosqueada, aunque la tía me caía bien y, además, era muy educada.

—Por supuesto. Además el jacuzzi es muy grande, pueden estar varias personas, y hoy no hay

nadie. Supongo que en Sevilla, con el calor que hace en las calles, a la gente no se le ocurre pensar

en ir a un balneario o spa.

—Pero se está muy bien. Mejor que en la calle. Yo saldré luego, a la tarde. —
Añadió ella.

Juan seguía tumbado y con la lectura de su libro. Me acerqué a él para decirle que me iba al

jacuzzi. Erika me siguió y no tuve más remedio que presentarle a mi marido.
Hice de traductora

porque Juan y el inglés son incompatibles. Habla francés y alemán, pero nunca
ha querido aprender

inglés más allá de lo estrictamente necesario para aprobar la asignatura
cuando estudiaba.

—Erika, te presento a mi marido, Juan. Juan, esta es Erika, nos hemos
conocido en la sauna, ella

no habla español pero yo os haré de traductora. —Me sonreí y le guiñé un ojo,
girándome hacia él

para asegurarme de que ella no me veía hacerlo. Me volví y le expliqué lo
mismo a ella, en inglés.

—Encantada de conocerte, Juan.

—Un placer Erika. —Correspondió él.

—Vamos al jacuzzi, ¿te vienes? —Le invité.

—Sí, os acompaño.

Nos colocamos en el jacuzzi, que era para al menos seis personas. Erika se
sentó a mi lado y

Juan enfrente de las dos, seguramente con la intención de poder ver bien a la
rubia. Permanecimos en

silencio los tres durante un buen rato disfrutando de las agradables caricias de
las burbujas.

—Es muy relajante —comentó la rubia.

—Oh, sí. Creo que me acostumbraría fácilmente a esta vida, sin trabajar. —
Me reí.

Juan permanecía en silencio, como obnubilado en sus pensamientos. Luego me di cuenta que

quizás sus pensamientos estaban motivados por otra cosa.

Erika se acercó a mí y a modo de confidencia me habló en voz baja.

—Creo que tu marido disfruta del masaje de las burbujas en su sexo.

—¿Cómo dices? —No entendí bien lo que me estaba diciendo.

—Si te colocas de forma que las burbujas salen entre tus piernas, sientes placer como si te

estuvieran dando un masaje en el sexo. ¿No lo has probado?

—No —contesté un poco seca.

—Prueba. —Me volvió a susurrar al oído—. Separa las piernas y colócate de forma que las

burbujas salgan sobre tu sexo.

Más porque me dejara en paz que por otra cosa, empezaba a arrepentirme de haberle dado

conversación en la sauna, la obedecí. Me moví hasta colocarme de forma que mi entrepierna quedó

situada encima de un surtidor de burbujas. La verdad es que me llevé una sorpresa, nunca se me

había ocurrido. Ahora entendía lo que me había dicho antes sobre mi marido. Lo miré y me di cuenta

de que se recreaba con el disfrute del mismo masaje.

—Tienes razón, no lo había pensado nunca —le hablé también en voz baja, y ahora le sonreí.

—Umm. ¿Verdad que sí?, pues creo que tu marido hace rato que lo disfruta. —
Me indicó con una

sonrisa y con un gesto de cabeza, mientras movía su trasero para buscar el
chorro de burbujas.

Cerré los ojos y me abandoné a aquel suave masaje, era muy agradable, con
paciencia creo que

hubiese llegado al orgasmo. El jacuzzi se paró, Erika pulsó de nuevo el botón
que había detrás de

nosotros y seguimos con el relax y el gozo que nos proporcionaban las
burbujas. Empecé a ponerme

cachonda.

—Juan, no te vayas a dormir —interrumpí sus « pensamientos » , lo que quería
decirle era « no te

vayas a correr » .

Abrió los ojos como si de verdad se despertara de un largo sueño.

—¿Qué decías? —respondió como descolocado.

—Nada, nada. Que parecía que te ibas a quedar dormido, cuidado con los
chorros de burbujas

por ahí abajo, no sea que me sustituyan —dije con sarcasmo para que supiera
que me había dado

cuenta, bien es verdad que gracias a Erika.

—Es la gracia del jacuzzi, ¿no? —Me sonrió él.

—Pues yo no me había dado cuenta nunca. Ha sido ella quien me lo ha hecho
notar.

—Creo que « ella », —no pronunciábamos su nombre para que no se diera cuenta que

hablábamos de ella— sabe mucho. Creo que me voy a salir —dijo al tiempo que se incorporaba.

—Anda vuelve a sentarte hasta que se te baje la erección. —Me reí, porque debajo de su

ajustado bañador de lycra se marcaba un pedazo de aparato, lo que no le pasó desapercibido a Erika,

y la verdad es que a mí también me excitó, quizás por el cosquilleo que el agua me producía hacía ya

rato en mi sexo.

Erika volvió a acercarse a hablarme en plan confidencia.

—¿Lo ves? Tu marido tiene una fuerte erección. ¿Sabes? Está muy bueno. — Estas palabras

volvió a pronunciarlas en su español gangoso.

—Lo sé. Sí, está muy bueno, yo lo disfruto mucho y es un amante muy bueno. —Intenté marcar el

terreno, mear alrededor de mi territorio como hacen los machos en el mundo animal. No podía creer

que una extraña intentará antes ligar conmigo y ahora me dijera a la cara que se quería tirar a mi

marido. No es que me escandalizara, yo soy muy liberal, de hecho le había propuesto a Juan, medio

en serio, medio en broma, que se la ligara.

—¿Alguna vez habéis hecho un trio? —me preguntó sin preámbulos.

—No. Nunca. —Yo empezaba a alucinar.

—¿Te gustaría probar? Es divertido. Me gustaría tener sexo con vosotros dos.

Me quedé sin palabras, de pasta de boniato. La verdad es que hasta me provocó cierto morbo

por su forma abierta y sin tapujos de hacerme la proposición, seguramente ella se había encargado de

explicarme lo de las burbujas para que me calentara antes de hacerme la propuesta.

—Perdona, no quiero que te sientas molesta. —Me tranquilizó ante mi silencio y turbación.

—No. No pasa nada, es que me has sorprendido...

—Si quieres, se lo propones a tu marido.

—Okey. —No se me ocurrió otra cosa que decir—. Pero a mí nunca me han atraído las mujeres.

Si acaso lo haríais vosotros, yo os miro y lo haría solo con mi marido. —Ni yo misma me podía

creer que estuviera dispuesta a aceptar implícitamente, ni sabía muy bien lo que decía.

Juan debió de notar algo raro en mi cara porque me preguntó que pasaba.

—Pues nada —le respondí—, que la rubia me propone que hagamos un trio.

—¿¡Qué me dices!?

—Lo que oyes. ¿Te gustaría una experiencia así?

—No sé. —Mintió, estoy segura que deseaba tirarse a aquel monumento eslavo—. ¿Tú que

dices?

—¿Yo? Después de tu propuesta indecente ya nada me parece extraño. Si yo debo considerar el

tirarme a alguien porque no puedes tu hacer lo mismo con esta rubia, que yo sé que está buena y que

lo deseas hacer. Eso sí, yo con ella no me lo hago, yo miro y luego si me apetece me lo haces tú.

—Si tú estás de acuerdo, podríamos probar algo nuevo. Me pone hacérmelo con ella y contigo.

Pero no tenemos condones, y no me fio de hacerlo con ella sin protección

—Es verdad. Igual ella tiene.

—Pues, si tú estás de acuerdo yo acepto. No te negaré que está muy buena y me pone.

—Está bien. —A mí me empezaba a picar el morbo también—. Mira, este fin de semana ya

estamos haciendo y diciendo cosas que nunca habiéramos pensado hace unos meses. Si quieres,

damos rienda suelta a nuestro lado salvaje hasta que se termine el fin de semana, pero luego

volvemos a la normalidad. Este desmadre puede estar bien para eso, para un par de días, pero no me

gustaría que se instalara en el hábito de nuestras vidas.

—Vale. Un fin de semana loco y se acabó. Bueno... excepto por el tema del embarazo si tú

decides probar. En eso mantengo lo dicho.

—Sí, pero eso es otro tema y, además, ya veremos... tengo que pensármelo muy bien. Bueno, si

vamos a aceptar se lo digo, porque se debe preguntar de que hablamos tanto rato.

—Erika, aceptamos tener una experiencia los tres. Pero tú y yo con él, no tú y yo, ¿okey?

—¡Excelente! Sí, okey.

—Otras cosa, nosotros no tenemos preservativos. No usamos.

—No es problema, podemos hacerlo sin condón, pero si preferís usarlo, yo tengo en mi

habitación.

—Mejor lo usamos, para tranquilidad de todos

—Okey, no hay problema.

En ese momento apareció en la sala del jacuzzi una pareja más mayor que nosotros. Decidimos

levantarnos y dejarles a ellos el sitio. Si íbamos a intimar no íbamos a hacerlo en frío, aunque muy

fríos ya no estábamos. Nos fuimos de nuevo a la piscina termal. Ella y yo nos miramos cómplices y

una por delante y otra por detrás empezamos a sobar a Juan entre bromas y risas. Él aceptó encantado

el juego. No pasaron muchos minutos que su polla volvía a estar como un palo. Le tomé una mano a

Erika y se la llevé al paquete de Juan.

—Todo para ti. Disfrútalo.

—¡Oh, *Good*! Umm. —Lo miró a los ojos con una sonrisa, mientras lo magreaba.

—¿Os apetece que volvamos a la sauna húmeda? —les dije a los dos, a una en inglés y a al otro

en español.

—Mejor a mi habitación o a la vuestra, ¿no?

—Está bien, vamos a la nuestra. —No sé porque pero prefería estar en mi terreno.

—Okey. Me acompañas a buscar los condones. Luego vamos a la vuestra.

Juan decidió irse a la habitación y esperarnos allí. Imaginé que tendría alguna necesidad

biológica, de hecho yo también la tenía. Acompañé a la rubia a su habitación, al entrar cerró la

puerta y me pidió que esperara un momento, oí como hacía pipi en el cuarto de baño y luego usó el

bidet. Salió completamente desnuda, sacó de su maleta un tanga y se lo puso, cogió también dos o

tres preservativos y se los metió en el bolsillo del albornoz que acaba de vestirse de nuevo.

—Ya estoy lista. ¿Vamos? —me preguntó de forma insinuante mientras me cogía con un brazo

por la cintura y me daba un beso rápido en los labios que yo acepté sin rechistar por no dar la imagen

de mojigata, si se iba a follar a mi marido delante de mí, tampoco iba a montar

un pollo por un beso

en los labios.

Cuando llegamos a la habitación, nos encontramos con Juan desnudo, se secaba con una toalla,

olía bien, se había duchado y preparado para la cita. Su miembro no estaba tan tieso, pero tampoco

había perdido toda la dureza, se veía hermoso. Lo abracé y besé para romper el hielo, luego invité a

Erika a hacer lo mismo. Cuando vi que el inglés ya no era un problema, ya se entendían sin necesidad

de hablar, preferí dejarlos solos por un momento.

—Necesito ir al servicio. —Me excusé.

—¡Eh! Tú tienes que participar también —dijo ella de forma melosa, me retuvo con una mano y

me miró con sus ojos verdes y como gata en celo.

—Sí. Pero necesito hacer lo que tú hiciste antes: mear y lavarme. —Le sonreí y le pase la palma

de la mano por la cara de forma cariñosa—. Vuelvo enseguida.

—Okey, te esperaremos.

Juan no decía nada, así que tampoco me molesté en traducirle. Hice lo que tenía que hacer sin

prisas, casi deseaba que cuando saliera ya hubiesen terminado. Cuando salí desnuda del cuarto de

baño, aún estaban de pie, desnudos también los dos y, eso sí, se estaban dando

un lote como dos

quinceaños.

Cuando Erika se percató que los estaba mirando, se volvió a sonreírme, alargó su mano y me

invitó a acercarme. Me tomó la mano, desentendiéndose por un momento de Juan, tiró de mí hasta que

me hizo colocar detrás de ella y llevó mi mano a uno de sus pechos, mientras con el otro brazo,

girándolo por detrás, apretaba mi cuerpo contra el de ella, que quedaba en medio del *sandwich* entre

Juan y yo. Esa no había sido mi intención, no sabía bien como actuar. A pesar de todo, tengo que

reconocer que el sentir la cálida piel de su espalda rozar con mis pezones me produjo una agradable

sensación, y no digamos cuando ella sacó su culo a presionar mi vientre. La muy cabrona sabía bien

como buscarme. Creo que estaba más concentrada en seducirme a mí que a Juan, claro que a él ya lo

tenía a su disposición.

Empezamos tal sesión de toqueteos y magreos entre los tres, capitaneados por la rubia, que llegó

un momento que ya perdí la noción de a quien tocaba o quien me tocaba, hasta que sentí unos dedos

sobre mi sexo ya hinchado. Enseguida noté que era la mano de ella, la forma de tocarme no era la de

Juan. De golpe sentí una oleada de calor y placer. Quise retirarme, que siguieran ellos dos, yo no era

lesbiana ni bisexual, nunca me había apetecido ni siquiera como fantasía estar con una mujer. Pero,

ella era una experta, se puso de espaldas a Juan, quien seguramente agradeció el roce de aquel prieto

culo contra su vientre. Con ambas manos me cogió suavemente la cara y me habló, casi en un susurro

de imploración y me miró los ojos con tanta ternura que no pude resistirme

—No te de vergüenza. Dejate llevar, prometo hacerte muy feliz. Dejame probar a hacerte

descubrir una nueva dimensión del placer. —Juan seguía a lo suyo en silencio. Ahora estaba ya

concentrado en disfrutar del cuerpo de ella.

—Está bien —le respondí—, pero si te digo que pares lo haces de forma inmediata

Tenía que reconocer que no me producía ninguna repulsión, mi rechazo inicial quizás se debía

más a un tema cultural de la idea de lo correcto e incorrecto.

—Seguro, así lo haré.

Empezó por besarme en los labios. Nunca nadie me había besado con tanta delicadeza, sentía

sus labios húmedos como si fuesen una fruta madura; su lengua se abrió camino en busca de la mía

como si se deslizara pidiendo permiso cada milímetro que avanzaba; sus

manos se deslizaron por mi

cuello y pecho hasta coger en la palma mis dos senos de los que emanaba un dulce placer de los

pezones abrigados en el suave roce de sus cálidas manos. Le devolví el beso con los ojos cerrados;

mi sexo empezó a lubricar; me entregué, olvidé ya todas mis reticencias y prejuicios, yo también iba

a disfrutar de aquella experiencia. Sus manos bajaron lentamente, flotando con las yemas de sus

dedos sobre mi piel cada vez más ardiente; cuando sentí que una de sus manos alcanzaba el pubis y

pretendía seguir para abajo, separé las piernas para facilitarle el camino, abrí los ojos y me encontré

con los de Juan que me miraban con ternura, al tiempo que acercaba su cara a mí, por encima del

hombro de Erika, y me besaba en los labios como dándome su aprobación. Me abandoné a las

caricias de la rubia. Sentí tanta ternura que la abracé fuerte, quise sentir el roce de sus pechos con los

míos, de su vientre con el mío, quise darle placer también a ella y mis labios acudieron prestos a

saborear sus pezones. Fue una sensación nueva, única, me costaría describir la ternura, incluso el

sentido maternal, que experimenté al chupar sus pezones mientras ella deslizaba sus dedos entre mis

pliegues húmedos.

Cuando ya me tuvo encendida, se volvió a atender a Juan. Nos acercamos despacio a la cama.

—Dile que me penetre por detrás y tú súbete a la cama. —Me pidió que tradujera.

—Juan, quiere que la folles por detrás.

—Vale. Será un placer, me gusta su culo. Le daré fuerte.

—No seas bruto, primero suave, como me haces a mí. Cuando la notes cerca de terminar le das

fuerte. Deja alto el pabellón español. —Le sonreí dándole un beso con lengua, vaya... un buen

morreo.

Yo me subí a la cama y ella me indicó que me colocara de cara a ella, con las piernas

flexionadas y abiertas. Me pidió que me acercara de forma que mi sexo quedó al fácil alcance de su

boca. Cuando me tuvo bien colocada, se incorporó girando su cabeza, buscó la boca de Juan y

tomándole las manos, llevó una sobre sus pechos y la otra a su entrepierna, lo invitó a que la siguiera

tocando en esas partes. « *Es una diosa del sexo* », pensé, mientras esperaba con mi coño húmedo y

palpitante que ella se ocupara de él. Ya no pensaba en que me follara Juan, sino que ella siguiera

dándome placer.

No tardó mucho en ponerse en posición yegua y, apoyando las manos en la alta

cama, le ofreció

su trasero a Juan que la penetró despacio, hasta que ella le pidió más.

—Dame fuerte, la quiero toda hasta el fondo. Me gusta sentirme sometida. —
Yo le traducía a

Juan los deseos de ella, con voz entrecortada por el placer que yo misma experimentaba.

—Cariño, nada de suavidad como te he dicho. Quiere que la folles fuerte como si fuera una

perra. Dale fuerte, como tú sabes, que lleva muchos meses sin follar.

Mientras ella había cogido mi culo con sus manos y me atraía hacia ella para empezar una

comida de coño que no olvidaré en la vida. Cada empujón de Juan, en lugar de producir un gemido

en Erika, lo producía en mí porque ella me transmitía con la lengua la intensidad del placer que ella

sentía. Su lengua se movía como un tornado entre los pliegues de mi vulva.

Juan le daba fuerte, disfrutaba agarrado a aquel culo al que de cuando en cuando le daba algún

azote que a ella y, por extensión, a mi nos producía un inmenso placer. Ella y yo tuvimos dos

orgasmos seguidos e íbamos camino del tercero, Juan seguía follando fuerte, pero lo vi sudoroso y

muy colorado.

—Juan, nos hemos corrido ya dos veces. Termina tú que te va a dar algo.

—No puedo, no me viene.

Era lógico, sus reservas estaban agotadas de la noche anterior, era el efecto de la pastilla la que

le mantenía duro, lo que para nosotras era una gozada, pero para él podía ser un problema. A pesar

de que empecé a preocuparme por él, no pude evitar correrme por tercera vez en la boca de Erika.

Ella lo había hecho momentos antes.

—Ya. Yo no puedo más —dije retirándome del alcance de su boca—. Juan, para.

—Sí. Estoy agotado. —Aceptó él que salió de ella aún con la polla tiesa.

—Wauu, tú marido es increíble —exclamó al incorporarse y se volvió a besarlo—. Me has

follado de maravilla.

Yo le pedí que se tumbara en la cama, su respiración era entrecortada, me preocupé un poco.

Tampoco quería explicarle a ella lo de la pastilla, a fin de cuentas me gustaba presumir de marido

semental.

—Creo que ahora debemos dejarle descansar y darle placer las dos a la vez —propuse.

—Sí. Será un placer llevarlo al cielo.

Vi como Erika le quitaba el condón y se llevaba la polla a la boca. Así que le dejé a ella la

entrepierna, yo preferí atenderle con mis besos y caricias. Creo que él también lo agradeció, me

abrazó con fuerza mientras yo le besaba y ella le hacía la felación. Además, según me explicó luego,

ella mamaba de maravilla, tanto que tardó poco en arrancarle una buena eyaculación que se bebió

entera.

Estábamos cansados, pero ya que habíamos llegado donde habíamos llegado, yo me planteé,

deseé, probarlo todo; y me faltaba una cosa: probar como sabe el sexo de otra mujer. Mientras ellos

dos recuperaban la respiración y seguían tumbados en la cama, yo, antes de que se me pasara la

calentura, puse un cojín en el suelo, me arrodille en él y le pedí a la rubia que se acercara al filo de

la cama y me ofreciera su *pussy* — le dije, o sea su coño—. Creo que aquello volvió a despertar el

volcán que aquella esclava llevaba dentro, no se hizo derogar. Me entretuve en recorrer cada rincón

debajo de sus pliegues, a succionar y lamer su clítoris, a penetrarla con la punta. Si cuando la follaba

Juan no había emitido ningún ostensible gemido, quizás porque estaba ocupada con mi sexo, ahora

gemía como una gata. Juan se deleitaba mirándonos. El sabor dulzón de su sexo me gustaba, y era

diferente al sabor de la polla de Juan. Me deleité al saborearla y tenerla a mi

merced, sentí una gran

sensación de dominio al pensar « *te has follado a mi marido y a mí, pero ahora soy yo la que te*

tiene a mi merced ». Conseguí arrancarle un cuarto orgasmo que le vino por oleadas, su cuerpo se

arqueaba y su sexo y piernas tenían incontrollables y espaciados espasmos. Cuando hubo terminado

me besó en la boca y me dio las gracias.

Permanecimos un rato los tres en la cama, desnudos, oliendo a sexo y recuperándonos del

esfuerzo, hasta que nuestros estómagos nos pidieron atención. La invitamos a comer en Casa Amador.

Después de comer, ella se fue de visita por la ciudad y nosotros a dormir la siesta que buena falta nos

hacía. Íbamos satisfechos de sexo para unos días.

A Erika, la rubia eslava, nunca más la volvimos a ver. Tuvimos el acierto, los tres, de no darnos

ningún dato de contacto. Lo que ocurre en un fin de semana de burbuja erótica en Sevilla, se queda en

Sevilla, podríamos decir imitando la célebre frase sobre Las Vegas.

La dura realidad

Después de aquella burbuja en que vivimos el fin de semana en Sevilla, donde habíamos

sobrepasado algunos límites, nuestra vida volvió a la realidad del día a día y, afortunadamente, lo de

Sevilla quedó en una experiencia vital. No produjo ninguna alteración ni en nuestras vidas ni en

nuestro amor y tampoco en nuestra relación de pareja que siguió en la línea de siempre, o sea muy

buena.

Pero también es verdad que nuestro problema seguía ahí. A pesar de todo lo que habíamos

hablado y planeado durante nuestra conversación en Sevilla, el problema era parte de nuestra diaria

realidad. La verdad, es que yo tenía cierta esperanza de estar embarazada después de aquella noche

en Sevilla donde Juan se vació varias veces dentro de mí. Pero la realidad es tozuda y el día final de

mi ciclo apareció de nuevo la odiada regla. De nuevo, una cierta decepción para ambos y, de nuevo,

a comernos el coco, cada uno por su lado.

Ninguno de los dos volvimos a hablar de la propuesta de Juan, estaba claro que habíamos

hablado con claridad y que la siguiente decisión conjunta no la tomaríamos hasta después de

vacaciones. Eso quizás me hacía sentir peor. La idea de mi marido rondaba en mis pensamientos,

había veces que pensaba seriamente en llevarla a cabo, para inmediatamente volverme atrás. Y ya no

era por el tema de la fidelidad o no, eso estaba claro que no venía al caso. El problema era yo,

¿Cómo me sentiría al ligar con un tío y tener sexo con él sin ningún sentimiento?, ¿cómo me sentiría

después? Y que luego pudiera pavonearse de que se me había tirado me producía tal rechazo que se

me antojaba algo asqueroso. Además, ¿Cómo me iba a acostar con un desconocido? Eso quizás era

peor que usar el banco de semen. Después de varios días de hacerme esas y mil preguntas más, de

crearme una autentica montaña que empezaba a ahogarme, tome una decisión: Cuando saliera de

viaje fuera de Barcelona, intentaría conocer gente, entablar alguna amistad, intentaría ocultar mi

verdadera identidad y, solo en caso de que conociera a alguien que mereciera la pena como persona,

pensaría en el hecho de tener relaciones sexuales con él para intentar quedar embarazada, pero ese

sería un segundo paso. En cierto modo era un aplazamiento del problema, pero a mí me sirvió para

dejar de sentir aquella presión. Tomar aquella decisión fue como quitarme un peso de encima.

Dos semanas después de lo de Sevilla tuve que desplazarme a la oficina de Madrid, de lunes a

viernes. Eran cinco días que podía utilizar para intentar explorar el terreno, ver si todavía atraía a

los hombres, si todavía era capaz de seducir y ver como me sentía conmigo misma.

Decidí reservar habitación el hotel Urban, en la carrera de San Jerónimo, que cuenta con una de

las terrazas de copas más prestigiosas de Madrid. Mi intención era subir a tomar una copa y ver

cómo funcionaba aquel ambiente, sin salir del hotel. La verdad, salir sola de noche y por los antros

nocturnos de Madrid me daba un poco de respeto, que hostias respeto, me daba miedo.

La primera noche, me había arreglado para salir a cenar con los empleados de la oficina. Al

terminar la cena propusieron de ir a tomar una copa. Hubiese sido una buena ocasión para conocer

locales y ver el ambiente, pero nunca había salido de copas con los empleados y, aunque dudé si

aceptar, finalmente me excusé y me fui al hotel. Yo siempre había mantenido una relación de

amabilidad y respeto con mis empleados, pero guardaba las formas. No lo iba a cambiar ahora, mi

imagen en la empresa también era importante.

Cuando llegué a la habitación me acicalé un poco más y decidí subir a la terraza del Urban a

tomar una copa. Eran las doce de la noche pasadas. Me sorprendió la excelente decoración intimista

y las vistas sobre el Madrid nocturno, realmente era un lugar acogedor. Un camarero me acompañó a

una zona cercana de la piscina, debajo de una especie de toldo donde me

ofreció asiento en un

cómodo sillón bajo acolchado, con una mesita también baja enfrente. Pedí una copa de vino blanco,

que me trajo acompañado con unos frutos secos.

Intenté relajarme y no dar la impresión de estar nerviosa, como efectivamente lo estaba. Con

disimulo empecé a recorrer toda la terraza con ojos de exploradora. No había mucha gente, una mesa

cercana con cuatro caballeros que se debían alojar en el hotel y parecían enfrascados en

conversaciones de trabajo; un poco más alejado una pareja de chico y chica jóvenes, pero con un

aspecto de pijos ricos que no se aguantaban, un típico plan de chico lleva a chica a sitio pijo para

luego tirársela. En la barra, algunos hombres con aspecto de aves nocturnas oteaban el horizonte

femenino, que se limitaba a dos o tres chicas jóvenes y vestidas de manera extremada en diferentes

mesas solitarias. Imaginé que eran trabajadoras de la noche y, de alguna forma, sentí cierta aprensión

a que los demás pensaran lo mismo de mí. En otras mesas similares a la mía estaban ocupadas por

caballeros solos que por su aptitud debían alojarse en el hotel y habían subido a tomarse una copa sin

ninguna otra pretensión que intentar no sentirse solos en su habitación. Empecé a tranquilizarme, no

parecía que aquella noche fuese a tener el problema de lidiar con algún pretendiente. Empecé a dar

sorbos a mi copa de Albariño mientras leía y contestaba algunos emails desde mi *Smartphone*, hasta

que una voz me hizo levantar la vista.

—¿Me puedo sentar contigo, guapa? —Un cuarentón engominado con camisa azul de corte

italiano, con cuello y puños blancos, y un suéter fino sobre los hombros, permanecía de pie a la

espera de mi respuesta con un gin-tónico en la mano.

—Sí no vuelves a llamarme guapa, sí. Mi nombre es Laura. —Fue el primer nombre que se me

vino a la cabeza.

—Disculpa, Laura, no pensaba que llamarle guapa a una mujer fuera una falta de educación. —

Se defendió mientras se sentaba y me alargaba la mano—. Mi nombre es Luis.

—No he dicho que lo sea, pero yo prefiero que me llamen por mi nombre o me digan señora.

—¿Señora? —me interrogó sorprendido.

—Sí, ya no tengo edad de que me digan señorita. —Intenté sonreír.

—Yo creo que estás muy bien. Yo diría que estás muy buena.

—Gracias por el cumplido —contesté un poco seca y sin mirarlo a la cara. Estaba claro que me

había tocado el imbécil del lugar.

—¿Te alojas en el hotel? —preguntó, seguramente para asegurarse de que era una posible pieza

de caza.

—Sí. ¿Por qué?, ¿Tú no te alojas aquí?

—No por nada, solo preguntaba. Y, no, yo vivo en La Moraleja. Solo he venido a tomar una copa

y ver si alguna « señora » —lo dijo con cierto sarcasmo— me invita a disfrutar de las comodidades

de este hotel por una noche.

Tuve que hacer uso de todo mi control para no decirle que se levantara y se fuera a tomar por

culo. Pues vaya capullo, ni siquiera se molestó en entablar una conversación. Me entró a saco como

si estuviera en un chat o yo fuera una fulana. Ya tenía claro que aquel tío era un gilipollas.

—Pues entonces, te aconsejo que no pierdas el tiempo de charla conmigo. Yo solo he venido a

tomarte tranquilamente una copa de vino.

—No me digas que una mujer tan... guapa como tú no le apetece una noche de buen sexo. Yo te

lo garantizo.

—Mira, Luis, el buen sexo ya me lo garantiza mi marido. Y me garantiza algo aún más

importante, excelente conversación. Así que por favor, no pierdas el tiempo, no sea que

alguna « necesitada » se te vaya a escapar. Gracias por tu ofrecimiento y buenas noches. Me gustaría

seguir disfrutando de mi copa de vino.

—Que estirada eres. Pues nada, encantado, ya no te molesto más. —Se levantó

y se fue directo a

la mesa de una de las chicas jóvenes, con la que observé que se fue después de intercambiar pocas

palabras, seguramente las necesarias para acordar la tarifa.

Tomé otro sorbo de vino y decidí retirarme a mi habitación. Aquel tío me había hecho sentir un

objeto sexual, me sentía incomoda, patética, incluso con ganas de llorar. Me metí en cama y me costó

dormir. Ni siquiera tuve ganas de fantasear como acostumbraba a hacer en las noches de hotel.

Finalmente, me quedé dormida.

De todos modos, a la mañana siguiente, decidí subir cada noche a tomarme mi copa de vino a la

terraza, probaría a horas más tempranas, quizás el ambiente fuese más normal.

Cuando llamé a Juan, le expliqué la experiencia, no le dije porque lo había hecho sino que se me

había ocurrido subir a tomar una copa. Nos reímos juntos, no le dije lo mal que me había hecho sentir

aquella experiencia, intenté contarle como anécdota, no quería que él se preocupara.

Subí todos los días, el camarero ya me llevaba directamente a la misma mesa y cargaba la copa

a mi habitación sin más preguntas. Algún caballero más se acercó y pidió permiso para sentarse

conmigo, en realidad fueron tres. La verdad es que no volví a ser abordada

por ningún otro gilipollas

como el tal Luis. La mayoría eran huéspedes del hotel, que se sentían tan solos como yo y les

apetecía charlar, alguno había intentado derivar la conversación en busca de cierta complicidad que

puñera dar pie a una proposición, pero, la verdad, eso es difícil conseguirlo en un rato. Todos ellos

pasaban una sola noche en el hotel. De todos modos, empecé a sentirme mejor, al menos había

mantenido conversaciones normales con hombres normales, los tres tenían algún atractivo físico o

intelectual, uno era ingeniero, otro un prestigioso médico y el otro un director de empresa como yo.

Me interesó especialmente Fernando —el director de Empresa—, aunque era un señor mucho más

mayor que yo, como mínimo estaba en la cincuentena larga. Era de aspecto físico agradable, el pelo

gris perfectamente arreglado, muy educado y respetuoso, con un gran nivel de conversación y sentido

del humor. Me gustó mucho el hecho de que no hacía preguntas sobre mí, yo tampoco se las hice a él,

y no lanzaba miradas lascivas sobre mi escote, los otros sí lo hicieron, aunque yo percibía que de

forma natural se fijaba en todo mi cuerpo, sin dejar de mirarme a los ojos. Se notaba que era un

caballero inteligente y con mucha experiencia en la vida. Lamenté para mis

adentro que partiera a la

mañana siguiente, ni siquiera pregunté de donde era, ni él a mí. No negaré que aquella noche

recuperé la costumbre de fantasear y tener placer solitario en mi habitación. Me hubiese gustado

conocerlo mejor a pesar de la diferencia de edad.

Aquellos días me sirvieron para sentirme seguro y ver que era capaz de « controlar » y que no

tiraría adelante si realmente no surgía un caso muy especial. Esa seguridad en mi autocontrol

devolvió la tranquilidad a mi vida.

Mi ayudante, ¿un candidato?

Con la crisis había tenido que hacer ciertos ajustes de plantilla en mi Empresa, entre ellos tuve

que prescindir del director de marketing. La actividad había bajado mucho y consideré que esa

función podía asumirla yo misma durante un tiempo. Sin embargo, las cosas empezaban a mejorar y

yo no daba abasto. Así que decidí contratar a un recién licenciado para ayudarme y que se fuera

formando. Sí, era más económico que contratar a un profesional con experiencia consolidada. Pocos

meses después me di cuenta de que había acertado de pleno, Marc —que así se llamaba el nuevo

fichaje— era un joven de veintiocho años lleno de entusiasmo y con una forma

diferente de ver el

mercado de la que tenía yo. Su *curriculum* académico era extraordinario, se había licenciado con una

nota media de sobresaliente. A falta de un empleo sólido, se había formado con un master y un MBA,

además de hablar perfectamente inglés y francés. Los tiempos cambian y aquella aportación de

frescura y juventud enseguida empezó a dar sus frutos y nuestras ventas mejoraron rápidamente, claro

que también la gente ya había perdido un poco el miedo a gastar y el consumo empezaba a

recuperarse.

Unos días después de mi estancia en Madrid, tuve que ir a Sevilla a presentar un nuevo proyecto

a un cliente que era muy importante para nuestra Empresa y debíamos competir con una agresiva

oferta de la competencia. Perder aquel cliente hubiese sido un gran contratiempo, representaba más

del diez por ciento de nuestra facturación anual. El director de ventas regional había trabajado en la

propuesta a presentar con nuevos productos y nuevas ideas para reducción de costes, algo que en la

situación económica que vivíamos era siempre bien recibido. De todos modos yo quería asistir a

aquella negociación, por si sobre la marcha tenía que tomar alguna decisión. Además la propietaria

era una buena amiga mía, aunque en los negocios no hay amistades que valgan y con ella no era fácil

negociar. En cualquier caso, me pareció que entre mujeres sería más fácil llegar a un acuerdo. Dada

la importancia de la cuenta para el futuro de la empresa quise implicar a todo el equipo y le pedí a

Marc que me acompañara.

Con el fin de preparar bien nuestra presentación, que tendría lugar el jueves de aquella semana,

decidí ir a dormir el martes y así tener todo el día siguiente para ver y ajustar la propuesta y la forma

de presentarlo. Cuando le comuniqué mi decisión, noté que le entusiasmó el hecho de que contara con

él y lo llevara como miembro del equipo.

Durante el viaje en avión, él no paró de hablar de trabajo, seguramente en el afán de

demostrarme que estaba identificado con la empresa y sus proyectos. La verdad es que me empezó a

cargar un poco, cuando vuelo lo que me gusta es desconectar y aprovechar para leer, pero intenté

prestar atención a todos sus comentarios y mostrar interés por sus ideas.

Nos alojamos en el hotel Ayre, cerca de la estación de Santa Justa. El vuelo sufría casi una hora

de retraso, como ya empezaba a ser habitual con aquella compañía aérea de teórico *low cost*.

Llegamos al hotel sobre las nueve de la noche, con lo que decidí cenar en la propia cafetería del

hotel, donde quedamos de encontrarnos una vez dejáramos los equipajes en las habitaciones.

Durante la cena, mi ayudante volvió a hablar de trabajo hasta que decidí que ya era suficiente.

—Marc, te agradezco mucho tu implicación en el proyecto de la Empresa. Eres un empleado

muy profesional, tienes muy buenas ideas y tengo que reconocer que tu aportación de nuevos

enfoques me gusta y, hasta ahora, nos han aportado excelentes resultados, pero hay algo muy

importante que debes aprender. —El muchacho se calló y se quedó expectante, a la espera de que

continuara—. Es muy importante saber desconectar, el trabajo es importante, pero tu vida no debe

girar solo alrededor de él. Tú jornada laboral termina a las cinco de la tarde, a partir de ese

momento, salvo casos de suma urgencia, debes desconectar, disfrutar del tiempo libre. Solo así serás

capaz de seguir siendo creativo y mantener el entusiasmo, sino corres el peligro de quemarte y caer

en la rutina de utilizar siempre las mismas ideas.

—Lo siento, sé que no he parado de hablar de trabajo. —Era inteligente, entendió perfectamente

mí observación—. Quiero que sepa —me trataba siempre de usted y, la

verdad, yo nunca le había

invitado a tratarme de tú— que agradezco que haya contado conmigo para este proyecto en concreto

y que pondré todo mi empeño en aportar las ideas que pueda para que salga bien. Sé lo importante

que es este cliente para la empresa.

—Lo sé, por eso te he pedido que me acompañes. Mira, por hoy vamos a olvidarnos del trabajo.

Mañana veremos lo que Luis —así se llamaba el director regional— ha preparado, tenemos todo el

día, y ya tendremos oportunidad de contrastar opiniones. Ahora relajate y disfruta de la cena, aunque

no sea el mejor sitio de Sevilla para cenar. —Le sonreí.

Los dos permanecimos callados durante unos minutos, cada uno daba cuenta de su primer plato.

Yo había pedido una ensalada del tiempo y él una de pasta, de bebida agua, pues fue lo que el sugirió

a mi pregunta de que le apetecía beber. A mí ya me estaba bien, para cenar, excepto en ocasiones

especiales, no me gusta beber alcohol y menos si al día siguiente tengo que trabajar. Ese hecho me

gustó, sabía que era un chico moderado y deportista, y ahora veía que a pesar de ser tan joven

también cuidaba su alimentación, lo que seguramente le ayudaba a mantener un aspecto saludable.

Por primera vez me fijé en su aspecto físico, no era muy alto, pero se le veía atlético y vestía de

forma desgarrada, pero con elegancia, algo no muy normal en la gente de su edad. Llevaba siempre

el pelo algo largo, aunque limpio y peinado con aparente desorden, lo que le daba un especial

atractivo unido al hecho de que lucía una cuidada barba de dos o tres días, que le hacía aparentar un

poco más mayor.

—Cuéntame cosas de ti. —Me sentí en la obligación de romper el silencio, después de haberle

pedido que dejara de hablar de trabajo—. Me gustaría aprovechar que estamos fuera del despacho

para conocer tus inquietudes y algo más sobre tu vida. Sí te apetece, claro. Y, por cierto, creo que ya

es hora de que me trates de tú, como hacen todos los demás empleados. No soy tan ogro como

parezco en el despacho.

—Nunca le he considerado un ogro, al contrario creo que es usted... —Se rio.

—Intenta usar el tú. —Le interrumpí con una sonrisa y lo miré a los ojos.

—Está bien, no me va a ser fácil. Le decía... perdón, te decía que no te considero un ogro, ni yo

ni nadie, al contrario te consideramos una auténtica líder. Eres una mujer con mucha personalidad

que siempre buscas plantear las cosas, incluso las críticas, desde el lado

positivo. Compartes la

alegría de los éxitos y planteas siempre los fracasos como una oportunidad para aprender y mejorar.

Trabajar contigo es un privilegio, uno aprende cosas nuevas cada día.

—Te agradezco tu sinceridad, pero yo tengo la sensación de que a veces soy muy exigente.

—Creo que todos comprendemos que es tu función ser exigente. Que la empresa vaya bien nos

interesa a todos, y más con la actual situación económica.

La conversación durante la cena giró alrededor de esos conceptos. Me sorprendió la madurez

que demostraba. A pesar de su juventud y poca experiencia laboral, sus ideas eran claras y también

su forma de exponerlas. Tuve la sensación de que sabía lo que quería de la vida, era ambicioso pero

con los pies en la tierra. « *Es el yerno que mis padres hubiesen deseado, el marido que todos los*

padres seguramente querrían para sus hijas », pensé. Aunque mi madre estaba encantada con el

yerno que tenía. Por un instante otro pensamiento pasó por mi cabeza, « *también sería el candidato*

perfecto que cualquier mujer desearía para padre de sus hijos ». Creo que ese pensamiento me

hizo ruborizarme y desecharlo al momento. ¿Cómo podía ni siquiera pensar en esa posibilidad? Era

muy joven y, además, un empleado. Eso sería ir contra todas las normas que me había impuesto sobre

el tema.

—Creo que tendrás un brillante futuro, sea en nuestra empresa o fuera de ella.

—Primero vamos a ver si tenemos éxito con la presentación. Luego, pensaré en mi futuro. —Me

sorprendió aquella enigmática respuesta, pero decidí no darme por enterada. Probablemente quisiera

pedirme un aumento de sueldo.

—Sigue así, pero, como te he dicho antes, aprende a desconectar. No se debe vivir para el

trabajo, sino trabajar para vivir. El dinero no lo es todo en la vida. —Volví a sonreír, sin

desaprovechar para lanzar un mensaje subliminal.

—Tendré en cuenta tu consejo, y te lo agradezco. No creo que todos los jefes den un consejo así

a sus empleados. Por eso eres una líder, que es muy diferente a ser una jefa. En cuanto al dinero,

sinceramente, no es mi mayor objetivo a corto plazo. —Aún me descolocó más, pero decidí dar por

terminada la velada.

Aquella noche me volvió a costar dormir. Aquel pensamiento que había tenido me hacía sentirme

como un bicho raro, pero al mismo tiempo, por más que intentaba pensar en otras cosas, aquella idea

volvía una y otra vez a mí cabeza. Aunque me resistía a darme placer con aquella fantasía,

finalmente, al ver que no podía dormir, decidí dar rienda suelta a mi libido para luego caer en un

profundo sueño.

Al día siguiente acudimos a nuestra oficina. Nos pasamos el día entre la evaluación de datos con

Luis y la preparación de una presentación en *power point* para acudir al día siguiente a la cita con

nuestro cliente y tratar de parar la agresiva oferta de nuestra competencia. Descubrimos que para

igualar a la competencia nuestro margen se reducía a cero. Estaba claro que era una oferta fuera de

mercado, pero no podíamos permitirnos perder aquella cuenta. Eso hubiese significado parar

unidades de producción y una nueva reducción de plantilla. No quedaba otra que bajar precios. La

presentación constaba de veinte *slides* en los que desnudábamos nuestros números y nuestros

proyectos, con el único propósito de demostrarle a nuestro cliente que nuestros precios habían sido

justos y que no nos habíamos aprovechado de ellos. La directora, Sara, era amiga mía desde hacía

años, nos habíamos conocido en Irlanda durante una estancia de verano para mejorar nuestro inglés.

De todos modos, yo tenía claro que cada una se debía a su empresa y que, si

bien nuestra amistad

podría favorecer la negociación en igualdad de condiciones, ella optaría por la opción que fuese más

ventajosa para sus intereses, yo haría lo mismo.

Ocupamos toda la mañana con el dossier. Me sorprendió que, Marc, me siguió tratando de usted

durante todo el tiempo que estuvimos en el despacho, lógicamente yo no dije nada. Después de

comer, nos despedimos de Luis y de las chicas del despacho y nos fuimos al hotel. A mí me dolía la

cabeza, en parte por los nervios y el miedo a perder el contrato y, por otro, del efecto de los treinta y

ocho grados de temperatura de Sevilla.

Ya en el hotel le dije a Marc que me iba a acostar un rato y que si quería salir a dar una vuelta

que lo hiciera, podíamos quedar para cenar.

—Con este calor creo que me voy a quedar también en el hotel —contestó como si tuviese el

pensamiento en otra parte.

—Como quieras. Yo tengo un dolor de cabeza terrible, me voy a dar una ducha e intentar dormir

un poco. ¿Conoces Sevilla?

—No. Es la primera vez que estoy aquí. ¡Esta ciudad es una sauna!

Sonreí.

—Si se me quita este dolor te llamo y, cuando baje un poco el sol, te hago de cicerone.

—No te preocupes, Lucía. Descansa, yo aprovecharé para trabajar con el portátil y adelantar

cosas que tengo atrasadas.

—Como quieras, pero recuerda que...

No me dejó terminar la frase

—Sí, que tengo que aprender a desconectar. —Sonrió mientras se metía en su habitación que

estaba contigua a la mía.

En aquel momento no caí, pero cuando estaba en la ducha me di cuenta que me había vuelto a

tutear. « *Desde luego es inteligente este chico, y sabe estar.* », pensé.

Me sequé y tomé un paracetamol, puse el aire acondicionado a veinticuatro grados y me tumbé

desnuda en la cama. Me quedé dormida.

Me despertó el sonido del teléfono, me desperté sin saber muy bien donde estaba. Miré el reloj,

eran las siete de la tarde, había dormido más de tres horas. No quedaba rastro de mi dolor de cabeza.

Cogí el teléfono sin mirar quien llamaba.

—Diga.

—Lucía, soy Marc. Perdona, igual te he despertado. —Debió notar mi voz soñolienta.

—Ah, hola Marc. No te preocupes, ya es hora de que me despierte. ¿Qué ocurre? —Pensé que

me llamaría para decir que había salido y que no contara con él para cenar.

—Perdona que te moleste. Es que he estado pensando y se me ha ocurrido algo, he trabajado en

un complemento a la propuesta de mañana.

—¿Ah, sí? Cuéntame —respondí sin mucho entusiasmo.

—Preferiría enseñártelo en el ordenador. ¿Nos vemos en el hall?

Me quedé dubitativa, aún no me había despertado del todo.

—Espera... dejame diez minutos para vestirme y... ¿para que bajar al hall si estás en la

habitación de al lado? Ven a la mía.

Me fui al cuarto de baño y me refresqué la cara, me arreglé un poco y luego me vestí. Acudí a

abrir cuando escuche unos suaves golpes en la puerta.

—Hola, Marc, pasa.

Venía con su portátil debajo del brazo. Vestía unos vaqueros raídos y un polo verde claro, estaba

guapo.

—Siéntate y explicame esa idea. —Le invité a sentarse en la silla que había delante de una mesa

que hacía de escritorio, pegada a la pared. Yo me quedé de pie detrás de él. Olía a recién duchado,

no pude evitar el inspirar aquel olor a gel.

—Verás, le he dado vueltas y la solución que hemos encontrado no tiene futuro.

—Me lo dices o me lo cuentas. —Sonreí—. Pero conozco a Sara y es mucho dinero el que está

en juego.

—Si la convencemos de que a medio y largo plazo tampoco es rentable para ella y que si

mantenemos nuestros precios podemos ganar las dos parte, quizás haya alguna posibilidad de una

relación *win-win*.

Me dejó sorprendida ¿Qué se le habría ocurrido? Seguramente su falta de experiencia le hacía

creer en la bondad de las personas. Ya la vida le haría comprender que en temas de dinero no hay

milagros ni amigos, pero ya que había trabajado mientras yo dormía, lo menos que podía hacer era

escuchar su propuesta.

—A ver, cuéntame como piensas hacerlo. —Me senté en la esquina del fondo de mi cama.

Imagina que yo soy Sara que, si me pongo en su lugar, igual soy más dura que ella. Y ten en cuenta

que ella estará allí con su equipo de compras y de producción.

Me pasó de nuevo, uno por uno, los veinte *slides* que habíamos visto por la mañana, me dio las

explicaciones que habíamos previsto. Me armé de paciencia expectante de ver que había añadido.

No había cambiado ni una coma. La sorpresa vino con el *slide* que había sustituido por el que

ponía « Gracias por su atención » como cierre de la presentación. El nuevo solo ponía: « VEINTE

SLIDES, CUARENTA MINUTOS DE SU TIEMPO Y SOLO PAN PARA HOY Y HAMBRE PARA MAÑANA ». Me quedé

de pasta de boniato, en silencio. Él no se volvió a mirarme, supongo que esperaba mi reacción. Me

llevó un par de minutos asimilar el mensaje.

—Marc, a mí me has impactado. Es un resumen perfecto de una mierda de presentación y de

negocio. Pero, eso ya lo sabía yo. ¿Qué más?

—Tú lo sabes, pero Sara no, todavía. —Añadió.

Pasó al siguiente *slide*, en primer plano un puerto llamado « MERCADO MADURO », Un barco

grande y destartalado, con nuestro nombre y el del cliente, intentaba llegar al puerto mientras

pequeñas lanchas motoras iban y venían de islas cercanas. En el gráfico quedaba claro que mientras

nosotros intentábamos atracar en puerto, las barcas pequeñas hacían varios viajes. Eran especialistas

para aquel mercado. Al fondo, lejana se veía una isla grande llamada « Mercado de éxito ». Nadie

se dirigía allí. Sus explicaciones verbales era que por mucho esfuerzo que hiciéramos en aquel

puerto, nunca venceríamos porque allí podía llegar todo el mundo.

En el tercer *slide*, una mesa redonda donde se sentaban alternativamente personas de ambas

empresas

y

sobre

ellas

flotaban

burbujas

con

diferentes

conceptos: « Trabajo en

equipo » , « optimización de la producción » , « reducción de costes » , « innovación » , « valor

añadido » y « ambición por el éxito » . La explicación resumida era: el éxito del cliente es también

nuestro éxito, porque al final los dos vendemos al mismo consumidor, vosotros el producto y

nosotros su presentación.

En el cuarto *slide*, una nave algo más moderna y ligera llegaba al puerto « Mercado maduro » ,

las pequeñas lanchas seguían con su movimiento, pero ya no daban varios viajes. Al mismo tiempo

otra embarcación grande, con potentes motores y cargada de bellos paquetes tomaba rumbo directo a

la isla « Mercado de éxito », algunas lanchas la seguían pero la embarcación grande y con potentes

motores les tomaba ventaja, si ellas llegaban sería cuando nosotros ya estuviéramos de vuelta. La

explicación verbal se resumiría: Si trabajamos juntos, optimizaremos nuestros procesos, reduciremos

nuestros costes, podremos innovar y acceder a mercados de valor añadido, eso nos permitirá ser

competitivos en el mercado actual y acceder antes que los demás al mercado de éxito, al de valor

añadido.

El quinto *slide* solo decía: « INNOVAR O AGONIZAR. JUNTOS PODEMOS ALCANZAR EL EXITO »

Me quedé con la boca abierta, el concepto era realmente de un emprendedor, de un conquistador.

Era darle la vuelta a la tortilla. No sabía si nuestro cliente lo entendería o no, pero me dieron ganas

de abrazarlo y decirle « que grande eres » , por supuesto me contuve.

—Marc, en cinco *slides* has sido capaz de desarrollar un nuevo concepto del negocio. Es genial.

No sé si Sara y su equipo lo entenderán, pero quizás valga la pena intentarlo. Dejame que valore los

pros y los contras de hacer esta presentación tan agresiva.

Al día siguiente cuando Luis vino a recogernos con su coche para ir a la reunión con el cliente,

le expliqué brevemente los cambios. No le gustaron demasiado, para él perder aquella cuenta

equivalía a perder el ochenta por ciento del negocio de Andalucía y, lógicamente, le preocupaba. El

prefería bajar los precios directamente. No le di opción, era mi decisión. Me la iba a jugar a una

carta, la carta de Marc.

En la reunión estaba Sara con todo su equipo. Ella hizo, como es habitual, una pequeña

introducción que loaba nuestra colaboración, pero que también nos recordaba que los tiempos eran

difíciles y que « la pela, es la pela » —dijo dirigiéndose a mí con cierto sarcasmo que quería hacer

referencia a mi origen catalán—. A continuación interviene yo, por supuesto di las gracias y

manifesté el honor que era para mi empresa el trabajar con ellos, pero que « amigos sí, pero la vaca

por lo que vale ». —Le devolví el sarcasmo—. Nos reímos todos y Luis empezó su presentación.

Cuando hubo terminado, hubo algunas preguntas y yo misma interviene para contestar y decir que

todo aquello que habían aguantado durante cuarenta minutos era el principio del final de nuestra

excelente relación comercial, porque a la larga era insostenible, pero que si me lo permitían mi joven

director de marketing tenía algo más importante que ofrecerles. Todos quedaron expectantes. Sara me

miró, creí adivinar lo que pensaba: «¿Por dónde me vas a salir Lucita? » — Era como solía

llamarme cuando hablábamos a solas como amigas.

Invité a Marc a continuar con su parte de la presentación. Mientras él pasaba lentamente los

slides y hablaba con entusiasmo, yo contemplaba las reacciones faciales de los colaboradores de

Sara, unos mostraban sorpresa y alguno una sonrisa maliciosa. Ella estaba literalmente con la boca

abierta.

Cuando Marc hubo terminado, yo hice un pequeño *speech* de cierre y me dirigía Sara, le

dije: « *Tienes dos propuestas, una en la que gana tu empresa a corto plazo y la mía lo sufrirá, sin*

garantías de futuro para ninguna de las partes, y, otra, en la que ganamos las dos empresas no a

corto, pero sí a medio y largo plazo. Piensa que es más conveniente para tu empresa y ya me dirás

tu decisión. Sabes que hoy no tengo más remedio que aceptar lo que decidas si no quiero poner en

la calle a cincuenta personas » .

Después de varias intervenciones por parte de la gente de su equipo que, lógicamente hacían su

trabajo, ponían el énfasis en lo importante de la diferencia de precios con la oferta de la

competencia. No dejé hablar a Luis, fui yo la que respondió a todas las intervenciones. —Sí, me

gusta tomar las riendas cuando el futuro de mi negocio está en riesgo—. Finalmente, Sara, a quien se

le notaba que Marc la había impactado, y creo que no solo con la presentación, tomó la palabra para

pedir un tiempo de reflexión y darnos su respuesta. Me sentí satisfecha, había posibilidades de que el

resultado de aquella negociación no fuera un desastre, quizás tendríamos que bajar los precios pero

no al nivel que inicialmente nos pedían. Nos despedimos todos con la cordialidad de siempre. No

consideré oportuno invitarlos a almorzar, no era el momento más adecuado para una comida

cliente/proveedor.

Después del almuerzo con mis dos colaboradores, durante el cual no dejamos de hablar de la

reunión, Luis nos dejó de nuevo en el hotel. Eran las cuatro de la tarde y en las calles de Sevilla

reinaban treinta y ocho grados sobre el asfalto. Solo había una opción, ducha y siesta. Cité a Marc

para las siete de la tarde para salir a enseñarle el centro histórico de Sevilla y

cenar de tapas.

Me di una ducha y sin ponerme ni bragas, me tumbé en la cama, envuelta en la toalla húmeda. Me

quedé dormida hasta que me despertó, como suele ocurrir cuando más a gusto duermes, el sonido del

teléfono que reposaba en la mesita de noche. Miré la pantalla, mi corazón dio un vuelco y de un salto

me senté en el borde de la cama, la toalla ya no cubría mi cuerpo. Era Sara quien llamaba.

—Diga.

—Hola Lucita. Espero no haberte despertado de la siesta.

—Pues sí, pero no importa.

—No sabía que tú hacías la siesta.

—Y nunca la hago, pero una vez que estoy en Sevilla, dejame disfrutar de los placeres de la

cultura española. No sé cómo aguantáis este calor.

—Ja,ja,ja. Pues ya sabes que esto no es nada. Espera tú al mes de julio y agosto...

—Oye, hablando de placeres.— « *No me digas que me vas a invitar a cenar, maldita gracia me*

haría », pensé—. ¡Vaya director de marketing que te has agenciado!, es joven, inteligente y tiene una

timidez personal, mezclada con un desbordante entusiasmo profesional, que resulta arrolladora. No

me importaría llevármelo a cenar. —Soltó una carcajada.

—Sara, no digas tonterías. Tiene solo veintiocho años —le contesté con cierto recelo—. Pero sí

que es muy inteligente e innovador, como habrás podido apreciar.

—Sí, me ha sorprendido su exposición. La verdad es que no deja de tener razón, nos ha llamado

a todos dinosaurios de los negocios.

—Sara, no es eso. Sí es verdad que es un enfoque mucho más conceptual y ambicioso, y quizás

deberíamos pensar más en esa dirección que en el enfoque clásico. Los jóvenes son más dados a

pensar *out of the box*.

—No, si en eso también tiene parte de razón, pero tampoco puedo ir en contra del criterio de mi

gente, y algunos prefieren el euro seguro de hoy que los dos teóricos de mañana.

—Si nuestros abuelos hubieran pensado como tu gente y la mayoría de la mía, estos, hoy no

tendrían trabajo en nuestras empresas, ni nosotras tampoco. Esos criterios de negocio servían en los

tiempos de nuestros padres, eran tiempos de consolidación. El presente y el futuro necesita de nuevos

soñadores, Sara. Volver al espíritu de nuestros abuelos.

—La verdad, Lucía, es que nuestros abuelos funcionaban más con la teoría de tu « chico » —lo

dijo en sentido de aprecio al joven—, que con las tendencias actuales donde solo prima el resultado

inmediato.

—Pues tienes razón. Ahora todo tiene que ser inmediato.

—Mira, he considerado que no debía tenerte en ascuas mucho tiempo. Yo sé lo importante que es

nuestra decisión para ti, así que nada más irnos reuní a mi gente y, después de usar mi « poder de

convencimiento ». —Se rio, quería decir « propietaria » —. He pensado que quizás podríamos llegar

a un acuerdo que sea bueno para las dos y, al mismo tiempo, aprovechar las ideas y el entusiasmo

de tu joven director de marketing.

—No suena mal, ¿qué propones?

—Mira, creo que lo justo sería que cada una asumiera el cincuenta por ciento del diferencial de

la oferta de tu competencia. Eso nos permite seguir en el actual negocio, consolidar el

famoso « puerto maduro » y, al mismo tiempo, renovar el barco e irnos a tomar el sol a « isla

éxito » , reconozco que me han seducido esos conceptos. —Se volvió a reír, y yo casi doy un grito de

alegría, pero me contuve—. Si estás de acuerdo cerramos el trato y que nuestra gente se reúna para

empezar a trabajar en equipo.

—Sara, me parece justo y agradezco la confianza que has depositado en nuestra propuesta.

—Lucía, no me des jabón que no nos escucha nadie y, tú y yo, somos amigas, no simples cliente

y proveedor.

—Está bien, ¡acepto la propuesta! Pero tendremos que estar muy encima del tema las dos, si

queremos que nuestra gente trabaje en equipo, no está en su cultura.

—¿No somos las dueñas?

—Sí.

—Pues trabajan en equipo y cambian de cultura por nuestros ovarios y el que no lo haga, a la

puta calle. ¿Vale?

—Vale. —Ahora fui yo la que soltó la carcajada. Estaba realmente eufórica.

—Pues que Luis se ponga de acuerdo con Manuel —era su director de operaciones— que firmen

el contrato y organicen las reuniones. Cuando todo esté en marcha te vienes, supervisamos como va y

nos vamos las dos solas a cenar y a celebrarlo, que hace tiempo que no nos corremos juntas una

buena juerga.

—Eso está hecho.

—Pues ¡jala!, que aún no he comido. Que tengas un buen viaje de regreso a Barcelona.

—Gracias, Sara. Gracias por todo. Nos veremos pronto.

—De gracias nada, aquí no hay vencedores ni vencidos. Aquí hay dos mujeres con sentido

común, además de estar muy buenas, que sabemos tomar decisiones inteligentes. —Volvimos a

reírnos a carcajadas por el teléfono.

—Si es que el mundo deberíamos gobernarlo las mujeres

—Otro gallo nos cantarían. Chao guapa que me voy, que necesito echarme algo al buche.

—Chao Sara.

Colgué el teléfono y empecé a saltar como una loca por la habitación, gritaba con el puño

cerrado: « *Sí, sí, sí que grande eres Marc* »

La celebración

Necesitaba compartir mi alegría y, por supuesto, darle la buena noticia a mi equipo,

principalmente a Marc que se había currado la idea.

Sin pensar muy bien lo que hacía obnubilada por el notición, acerté a ponerme una bragas, las

primeras que encontré en la maleta, y una camiseta que me cubría hasta medio muslo y sin nada más y

descalza, el suelo era de moqueta, aporreé con los nudillos la puerta de la habitación de Marc.

Me quedé un poco cortada cuando abrió la puerta, soñoliento y solo con el

bóxer puesto.

—¡Lucía! —Él también se quedó un poco cortado y sofocado—. Eh... Pasa... Pasa...

No sabía muy bien si invitarme a entrar o no. Y yo en camiseta y bragas en el pasillo. Reaccioné

y tomé la iniciativa, me colé en su habitación antes de alguien me viera de aquella guisa. Él cerró la

puerta detrás de mí.

—Perdona, no pensé en que estuvieras durmiendo, pero tengo una gran noticia que necesitaba

compartir contigo.

—No pasa nada —dijo, mientras recogía la camisa de encima de la silla y se la vestía, sin

abrocharse los botones.

—Marc, acabo de hablar con Sara. ¡Nos han aceptado la propuesta!, ¡que seguimos con el

contrato gracias a ti!, ¡le ha encantado tu idea conceptual! —Yo hablaba como una metralleta, en

parte por la excitación que sentía y en parte, supongo, para justificar aquella intromisión en su

intimidad, algo que seguramente nunca hubiese pensado que podía suceder, que su jefa acudiera en

bragas y camiseta a su habitación. Días más tarde me reía yo sola al recordarlo.

Él dio un salto de alegría también, cerró los puños e hizo un gesto con los

brazos.

—¡Sí! ¡Toma, toma y toma! —Acompañó el gesto con los brazos hacia atrás.

Con aquella euforia y sin saber bien como ocurrió, nos encontramos abrazados. Sentí el calor de

sus muslos que tocaban los míos, y contra mi vientre una repentina erección. Yo me di cuenta, pero

tampoco quise retirarme al momento, no quería que se sintiera mal, preferí hacer que no me había

dado cuenta. Tampoco voy a decir que me molestara, en realidad sentí cierto cosquilleo en mi sexo.

Pero fue él mismo quien muy disimuladamente se separó y empezó a abrocharse la camisa para tratar

de ocultar el bulto. Yo le seguí hablando con toda naturalidad y aún con entusiasmo. La culpa había

sido mía, no había estado muy profesional en mi reacción, pero es que aquel muchacho me generaba

mucha confianza y empatía.

—¿Y no tendremos que bajar precios?

—Bueno, sí. Nos repartiremos la diferencia al cincuenta por ciento, eso es asumible, y se

formaran los equipos para iniciar proyectos juntos, como tú has propuesto. Eso puede ampliar su

negocio y el nuestro. Has impresionado a Sara, te ha puesto por las nubes. Y yo tengo que felicitarte.

—Gracias, Lucía. Para mí es una gran satisfacción que hayamos dado con la

clave para

conservar el cliente y cierta rentabilidad. —Hasta en eso sabía estar, hablaba en plural, no se

atribuía el mérito. Me tenía cautivada, en todos los sentidos, y ahora que había sentido sobre mi

vientre su erección..., tenía que irme de aquella habitación.

—¿Sabes qué? Me voy a arreglar. Tu ponte decente también, que esas no son formas de recibir a

tu jefa. —Le sonreí y le guiñe un ojo, otra cosa que no debería haber hecho—. Te voy a enseñar el

centro de Sevilla y nos vamos a ir a cenar para celebrarlo. Avisame cuando estés, pero dame un rato

que las mujeres ya sabes que necesitamos más tiempo para acicalarnos. ¡Ah! Y voy a llamar a Luis

para darle la buena noticia —comenté al salir por la puerta, sin darle opción decir nada más.

—Mejor, pica tú cuando estés lista —dijo mientras me iba.

—Vale.

Cerré la puerta y volví a mi habitación. Me sentía hasta un poco ridícula por haber mostrado

tanta efusividad con Marc. ¿Qué imagen se llevaría de mí? Me había comportado como si fuese

diferente persona de la que él conocía del despacho. Efectivamente, mi personalidad privada no era

la del despacho. Qué caramba yo también soy humana y tenía derecho a

mostrar mi satisfacción y

agradecimiento. Pero lo peor no era eso, lo peor era que no se iba de mi cabeza su imagen con el

pecho descubierto, con una pequeña mata de vello que casi simulaba una cruz, y bastante bien

formado, sin llegar al típico musculitos. Y lo peor aún, lo agradable que me había resultado sentir el

calor de sus piernas en mis muslos y su erección en mi vientre. No quería reconocérmelo a mí misma,

pero había mojado la braguita.

Llamé a Luis para darle la noticia. Lógicamente se llevó también una alegría. Pensé en invitarle

a cenar, pero desistí al momento, no me gusta privar a los empleados del tiempo que tienen para estar

con sus familias. Ya seguiríamos hablando al día siguiente en el despacho. Luego llamé a Juan, para

explicárselo y decirle que iba a salir e invitar al chico a cenar.

—Te felicito. Sabía que lo conseguiría. Pasalo bien, cariño, te lo has ganado. Te quiero.

—Gracias. Hasta mañana, amor, yo también te quiero. ¡Estoy eufórica!

El calor seguía siendo sofocante, y a mí no se me ocurrió otra cosa que salir con vaqueros y una

camiseta de tirantes negra. Marc llevaba los vaqueros raídos del día anterior y una camisa de manga

larga con los puños vueltos, estaba apuesto.

Pasamos por delante del hotel *Las casas de la judería* y recordé el fin de semana con Juan y con

la rubia Erika. Un estremecimiento agradable recorrió mi cuerpo y sentí palpitar mi sexo. Esa

turbación añadida al calor y a la ropa poco adecuada que me había puesto, hacían que se agradeciera

la sombra de las callejas del barrio de Santa Cruz por donde lo fui llevando para que conociera

aquel entrañable entorno, ya saturado de turistas a aquellas horas.

Cerca ya de la Giralda vi una tienda de ropa de algodón. Pensé que lo mejor sería aprovechar

para comprarme un vestido más fresco y quitarme los vaqueros y la camiseta.

—Marc, yo me estoy asando con esta ropa. ¿Te importa si entramos en esa tienda y miro algún

vestido de algodón más fresco?

—No. Como quieras. Si quieres te espero aquí fuera.

—No. Entra conmigo. Parece que tienen aire acondicionado y, además, así me aconsejas.

—Vale.

—¿Tú no tienes calor con esa ropa?

—Un poco, pero no creo que un vestido de algodón sea muy adecuado para mí.

—La verdad es que no te veo, ja, ja, ja.

Nos reímos los dos y entramos. A aquella hora no había nadie más en la tienda

que la

dependienta, una simpática chica morena, que me atendió con la usual amabilidad de los sevillanos.

Eso sí, sin que pudiera evitar que se le fueran los ojos y la sonrisa hacia Marc, que fingió no darse

por enterado. « *Lógico, es guapa pero no tanto como yo* », pensé divertida.

Me entregó varios vestidos de diferentes tipos y me acompañó al probador situado en el fondo

de la tienda. Invitó a Marc a sentarse en una de las sillas de mimbre que había allí instaladas,

supongo que para hacer más llevadera la espera de los, o las acompañantes y que quedaban

separadas del probador por la típica cortina que por supuesto pasé para cambiarme.

Me probé primero uno tipo ibicenco que llevaba unos volantes. No me gustaba, pero para no

tener al chico allí aburrido salí a preguntarle que le parecía.

—¿Qué te parece?

Torció el gesto con una divertida mueca de horror como toda respuesta.

—Vale, vale. Con la cara, pagas. Está no.

Volví de nuevo al probador y me puse otro, liso, pero un poco plisado. Me caía como un guante.

Salí de nuevo.

—¿Y este?

Noté que abrió los ojos como platos.

—Ese sí. Te queda precioso.

—Sí, a mí también me gusta. Pues ya no me pruebo más. Me lo llevo puesto, le diré a la chica

que meta en la bolsa el vaquero y la camiseta.

Cuando me di la vuelta para volver al probador, me hizo una observación

—Lucía... le veo un problema.

—¿Cuál?

—Verás... —No sabía cómo decírmelo—. Es que llevas... ropa interior negra. Se transparenta y

no queda muy fino.

—¡Hostia! —exclamé—. No me había dado cuenta. —Dudé por un momento —. Pero eso tiene

solución.

Me volví al probador, me desvestí y me quité los sujetadores y las bragas. Al momento, me di

cuenta que no había pasado del todo la cortina y en el espejo que tenía frente a mí vi reflejado a

Marc que me miraba sorprendido. No sabía si me había visto por detrás, pero por delante seguro que

me había visto por completo reflejada en el espejo. Ya no podía hacer nada, decidí actuar con

naturalidad y me volví a poner el vestido y salí.

Me di una vuelta delante de él

—¿Y ahora?

Estaba colorado, me miró de arriba abajo.

—Ahora, está... perfecto.

Me puse de frente a él. Ya puestos, quería estar segura que no se iba a transparentar el vello de

mi pubis, que aunque lo llevo siempre arreglado y no es muy abundante, todavía es negro como el

azabache. Los pechos no me preocupaban, porque aún me podía permitir no llevar sujetadores.

Soy consciente de que soy una mujer atractiva con mi metro setenta y cinco de altura; peso de

setenta kilos; pechos medianos, pero bien formados y bastante juntos; piernas largas y torneadas y un

culo prieto y bien « colocado ». Me doy perfecta cuenta de que los hombres me miran, lo que a

veces no me agrada nada, sobre todo cuando lo hacen ese tipo de hombres que parece que te

desnudan con la mirada.

—¿Se nota algo? —Indirectamente le estaba diciendo: *sí, ya sé que sabes, porque me has visto*

desnuda, que no llevo bragas.

—No. Te queda perfecto. —Seguía colorado como un tomate y empezaba a sudar, a pesar del

aire acondicionado y de fingir normalidad.

—Pues a grandes problemas, grandes soluciones. Me lo quedo.

Recogí la ropa, las bragas y el sujetador y me dirigí a la caja. Le pedí a la chica que me lo

metiera todo en una bolsa. Ella me devolvió una sonrisa cómplice.

Seguimos callejeando hasta llegar a la Giralda. Que él supiera que iba sin bragas, sumado al

hecho de aquella libertad que sentía debajo del vestido, me hacía ser consciente de lo que tenía entre

las piernas —las lectoras que alguna vez lo hayan probado sabrán a que me refiero—, me empezó a

despertar la libido, o mejor dicho, el morbo, más al ser consciente que un chico joven al lado de una

casi *cuarentañera* debía llevar la cabeza hirviendo, y otras partes, claro. Lástima que fuera

empleado, sino, a lo mejor...

Después del paseo turístico y de tomar un par de cervezas sin alcohol para mitigar el calor, al

caer la noche lo lleve a cenar al restaurante del *hotel Inglaterra*, en la plaza nueva.

Pedimos otras cervezas sin alcohol y mientras esperábamos la cena y charlábamos de forma

distendida de diferentes cosas, tuve la oportunidad de fijarme bien en sus rasgos físicos y en su

comportamiento. Como ya había podido apreciar la noche anterior, su nivel de

conversación era

realmente agradable y demostraba ser culto e inteligente.

—Marc, ¿supongo que tienes novia o pareja? —pregunté con curiosidad.

Noté en su rostro un gesto de contrariedad por la pregunta.

—Disculpa, no tienes que contestar. Era pura curiosidad.

—No, no pasa nada. Es que no me gusta hablar de ello. Viví con mi novia durante dos años,

pero... se terminó hace un año. Y, de alguna manera, aún no lo he superado del todo.

—Vaya lo siento. No era mi intención hacerte sentir mal. Pero, no creo que tú tengas problema

en pasar página y conocer otras chicas.

—La verdad es que no lo sé, nos conocíamos desde el instituto y en el año que ha pasado no he

tenido ningunas ganas de conocer a nadie más. Me he centrado en mis estudios y en el trabajo.

—Caray, debe haber sido muy traumático.

—Bueno, un día volví a casa porque me encontraba mal, tenía la gripe, y la encontré en la cama

con otro. Fue un mazazo que... supongo que superaré.

—Seguro que sí. Ya lo Verás, eres muy joven y seguro que encontrarás la mujer que te haga

recuperar la confianza y, porque no, el amor.

—Eso espero. Por cierto, ya que hemos sacado este tema, tenía algo que decirte. No pensaba

hacerlo hasta volver a Barcelona, pero quizás ahora es un buen momento.

—Tú dirás. —Me dispuse a escucharlo.

—Verás, estoy encantado de trabajar en la empresa, pero antes de entrar había enviado una serie

de currículos a universidades americanas, y también a alguna empresa de ese país. Necesitaba

cambiar de aires, alejarme de Barcelona y de mi ex novia. El problema es que ahora una empresa de

Nueva York me ha contactado, me ofrecen un contrato de dos años y hacer un MBA, que me pagarían.

Las condiciones son increíbles. Lo he pensado mucho, quería hablar contigo antes de aceptar. Es una

gran oportunidad de ampliar horizontes, mejorar mi inglés, y también de poner tierra de por medio.

Fue tal la sorpresa que creo que me puse tensa. Había escuchado en silencio, él lo soltó todo de

carrerilla, como si se sacara un peso de encima.

—Caray, Marc, me has pillado de sorpresa. Venimos a celebrar un gran éxito, prácticamente

tuyo, y ahora me dice que nos dejas. Supongo que tienes tomada una decisión y por mucho que yo te

diga u ofrezca, no serviría para mucho.

—Lucía, no es por un tema de dinero ni porque no esté contento. De hecho, si

me lo he pensado

tanto es porque estoy muy a gusto y, además, veo que tú has empezado a confiar en mí y te lo

agradezco. Y por supuesto estoy encantado de celebrar el éxito que hemos tenido en esta operación.

El mérito no es mío, es de todos. Pero es que es una oportunidad de cara al futuro que, además, me

coge en el momento oportuno por todo lo que te he explicado.

—Está bien, lo entiendo. Es probable que yo hiciese lo mismo. Lo que no sé es como puede

afectar tú marcha al proyecto, yo pensaba que lo dirigirias tú. Ahora tendré que buscar otra persona

y que asuma tú propuesta.

—Sí quieres tengo una amiga, compañera de la universidad, que seguro estaría encantada de

trabajar con nosotros, y se podría incorporar enseguida. Empezaríamos juntos con el proyecto y así

podría instruirla en el espíritu del mismo antes de irme.

—¿Cuándo tienes previsto irte?

—Yo debo incorporarme en septiembre. Había pensado causar baja a finales de julio, cuando

cerremos por vacaciones, pero no me importaría si tengo que trabajar con ella en agosto.

—Me parece bien. Dile a esa chica que venga a verme la semana próxima. De momento esto

queda entre tú y yo, al menos hasta que tengamos el contrato de Sara firmado.

—De acuerdo. Que día te iría bien.

Cogí mi teléfono para ver la agenda y buscar un día que tuviera disponible. Al hacerlo me

percaté de una nota que tenía aquel mismo día, estaba en mis días fértiles, « *joder... con esta noticia*

seguro que se me baja toda la temperatura », me dije a mi misma, que había ya olvidado todo el

morbo que arrastraba aquella tarde.

—El martes por la mañana.

—De acuerdo, mañana la llamo.

—Bien, pues hemos venido a cenar y celebrar algo, ¿no?

—Siento haberte decepcionado.

—No digas tonterías, no me has decepcionado. Es lógico que mires por tus intereses

profesionales. Solo es que para mí es un problema, pero estoy segura que esa amiga tuya dará la

talla.

—Si no estuviera convencido, no te la propondría. Es muy buena, pero la empresa donde

trabajaba cerró el mes pasado y ahora está en el paro.

—No se hable más. A ver si nos traen la cena. Hoy, además del agua, pediremos una botella de

buen vino o cava, ¿Qué prefieres? No olvidemos que estamos de celebración.

—Yo no soy mucho de beber, pero el cava bien frío parece que apetece más que el vino.

—¡Sea! A mí también me apetece.

Cuando el metre nos tomó la comanda, pedí una botella de uno de los pocos buenos cavas

catalanes que tenían en la carta de vinos y advertí que nos la trajeran en una cubitera con hielo, odio

tomar cava si no está bien frío.

Retomamos la conversación informal y agradable. No obstante, yo no dejaba de pensar en el

problema que me podía representar la marcha de Marc, al que por otro lado no podía ni quería

intentar retener. Pero mi preocupación pasó cuando encontré en mi bulliciosa cabeza la parte positiva

de aquella marcha, « *ya no será mi empleado, por lo tanto no habría problema si tuviese una*

aventura con fines procreativos con él. Estoy sin bragas, hasta hace un momento estaba cachonda,

y estoy en los días claves », mi cabeza no dejaba de darle vueltas al tema, aunque intentaba seguir la

conversación que manteníamos. « *Esto no tiene comparación con la idea de ligar con un salido en*

un bar de copas. Este chico es un candidato perfecto, que coño, es el candidato. A ver como hago

para seducirlo, caliente seguro que está después de verme desnuda y saber que no llevo bragas,

pero es tan formal y tan educado, y todavía mi empleado, claro. Joder... no va a ser fácil, pero

tengo que buscar la forma de darle pie a que se deje ir un poco y luego entrarle yo ».

Ya nos habían traído el cava y servido la primera copa que yo levanté para brindar.

—Brindemos por el éxito de hoy y por tu brillante futuro. ¡Salud!

—¡Y por la mejor jefa del mundo! ¡Salud! —Acercó su copa a tintinear con la mía.

—Marc, no seas pelota. —Me reí—. Por cierto, gracias por ayudarme a elegir este vestido tan

bonito y tan cómodo. —Lo miré directamente a los ojos, de esa forma que las mujeres sabemos decir

más cosas que lo que expresamos con palabras—. Ya sé que los hombres lleváis mal eso de ir de

tiendas y esperar mientras nosotras nos probamos ropa.

—No tiene importancia. Ha sido un placer y, a decir verdad, te decidiste bastante más rápido de

lo que esperaba. Por cierto, ¿podría hacerte una pregunta un poco... delicada? Sino... mejor no,

olvidalo.

—Venga Marc, dispara. No estamos en el despacho, aquí soy una amiga, no tu jefa. Estoy segura

que cualquier cosa que me preguntes no me va a molestar. —Volvía a mirarlo a los ojos.

—Verás, me preguntaba... que... sensaciones sientes al ir por la calle sin... ropa interior.

—¿Y tú como sabes que no llevo? —Sin dejar de mirarlo a los ojos, le interrogué en voz baja y

con un tono pícaro.

« Esto empieza a funcionar. Ya hemos abierto el camino. Tengo que ir con cuidado de no

intimidarlo » , pensé de nuevo.

—Bueno...

—Tranquilo, efectivamente no llevo. Tú me dijiste que las negras quedaban mal y tenías razón,

en aquella tienda no vendían ropa interior, así que decidí quitármelo todo. Además, sé que me viste

hacerlo. —Bajó la vista como avergonzado—. No pasa nada, la culpa fue mía que no pasé bien la

cortina del probador y cuando me di cuenta ya era tarde. A fin de cuentas no es la primera vez que

ves una mujer desnuda.

—No, claro que no. —Volvió a levantar la mirada.

—Por cierto —yo seguía hablando en voz baja como si le hiciera confidencias, sé que eso hace

sentir más cómodos a los hombres, en general, cuando se habla de cosas de ese tipo—, ¿qué te ha

parecido el cuerpo de esta *cuarentañera*?

—Joder... Lucía, nadie diría que tienes esa edad. Tienes un cuerpo precioso.

—Muchas gracias. Y volviendo a tu pregunta. — « *Ahora es mi oportunidad* » , pensé—. Te

contestaré con sinceridad. Verás, no es la primera vez que lo hago, aunque nunca lo había hecho

yendo con alguien que no fuera mi marido. Lo que se siente es fundamentalmente libertad, vas como

más ligera. Es excitante porque eres consciente en todo momento de lo que tienes... ahí, y por otro

lado da un poco de morbo cuando notas que los hombres te miran, como hacen normalmente, y

piensas « *como te pondrías si supieras que no llevo nada debajo* ». —Me eché a reír.

—Eso lo sé. Te lo aseguro —lo dijo, como si le escapara un pensamiento.

—¿Ah sí? No me digas que te has excitado al lado de una mujer mayor como yo.

—Tú no eres mayor. Bueno eres mayor con respecto a mí, todo es relativo, pero las mujeres

como tú sois más interesantes que las chicas jóvenes que tienen millones de fantasías en la cabeza.

—Gracias, gracias, me estás subiendo el ego. Pero no has contestado a la pregunta. ¿Te has

excitado al caminar a mi lado y saber que no llevo?

—Sí.

—Vaya, lo siento. No era mi intención. Pero para ser sincera y compensarte te diré que yo

también llevo toda la tarde un poco excitada, de saber que tú lo sabías porque me habías visto

quitarme la ropa interior. Pero la culpa es tuya, ¡eh!

—¿Mía?

—Sí, tú fuiste el que me dijo que se me transparentaban las bragas negras y que no quedaba bien.

Yo no me había dado ni cuenta.

—Es que te quedaba horroroso, con lo elegante que eres tú siempre.

La conversación estaba bien encaminada, habíamos terminado de cenar, nos habíamos tomado un

par de copas de cava y todavía quedaba media botella.

—Aquí tienen una terraza-bar con unas vistas preciosas sobre Sevilla y la Giralda. ¿Te apetece

que subamos y terminemos allí el cava? A esta hora seguro que la temperatura ya es agradable.

—Sí, vamos.

Pedí al camarero que nos subiera la cubitera con la botella y dos copas. El ascensor llegaba

hasta el penúltimo piso, donde también había unos servicios que ambos utilizamos antes de subir a la

terraza-bar, a la que se accedía por una escalera en espiral.

En la terraza, con una suave iluminación intimista, había apenas unas diez

personas y en la barra

del bar, que hacia un círculo al lado de la puerta de entrada, una camarera completamente uniformada

se encargaba de servir las bebidas. La terraza estaba rodeada por una barandilla de acero inoxidable

y cristal, el suelo era de césped artificial verde sobre el que alternaban mesas redondas con un pie

alto, rodeadas de taburetes, con otras bajitas, rodeadas de mullidos sillones de jardín, y con una

pequeña lámpara de tenue luz blanca en el centro; todas ellas situadas a una prudencial distancia unas

de las otras de forma que pudieras tener una conversación sin que los de la mesa de al lado se

enteraran. La iluminación ocre de la Giralda y todo el conjunto arquitectónico que la rodea, rompían

armoniosamente la oscuridad de la noche sevillana. La temperatura era perfecta, ¡qué diferencia con

el calor que había hecho todo el día!

Nos fuimos a sentar a una mesa rodeada de los mullidos sillones en forma de L en la esquina de

la derecha, desde allí nadie nos teparía la vista de la Giralda. Enseguida llegó el camarero con el

cava y nos sirvió otras dos copas. Volvimos a brindar, nos pusimos cómodos. Al sentarme

inconscientemente me subí el vestido por encima de la rodilla y coloqué una pierna doblada sobre el

sillón, es una costumbre que tengo, y giré el cuerpo para contemplar la vista. A Marc le quedaba de

frente la Giralda, pero a mí me quedaba a la derecha y por ello debía girar el cuerpo para verla,

supongo que tal como estaba sentada, al girarme, quedaron expuestos mis muslos y todo lo demás. El

caso era que yo le comentaba sobre la panorámica y los encantos que tenía la ciudad y él permanecía

en silencio, al final me giré y entendí porque estaba en silencio, se había quedado embobado mirando

entre mis piernas.

—Marc, creo que la Giralda no está ahí. —Sonreí.

Levantó la vista y me miró directo a los ojos.

—Lo siento, pero no he podido evitarlo, Lucía. Es que esta lámpara ilumina poco, pero lo justo

para que en la posición que estás...

—Es culpa mía —dije al tiempo que sometía el vestido entre las piernas, con la intención de

simular recato, pero en realidad es que no quería que pudiera darse cuenta de que estaba mojada, y

seguramente hinchada y abierta, por la excitación que sentí al sorprenderlo mirandome—, creo que

no estoy siendo justa contigo. Debería haber sido más cuidadosa.

—No te preocupes, al menos las vistas son preciosas. —Bromeó—. Mejores que las de la

Giralda.

—¡Oh! Gracias caballero, nunca me habían dicho un piropo tan bonito. Se te ha contagiado el

salero andaluz. —Nos reímos los dos.

—Las gracias son tuyas, señora. —Seguíamos con las risas.

Para llevar tantos años sin utilizar mis armas de seducción, no lo estaba haciendo mal, aunque

también es verdad que el chico no era un gran experto, como luego pude comprobar.

« Estamos en el momento justo, o para acabar en la cama o para que se rompa el encanto. Si

él no da un paso, tendré que hacerlo yo. El pobre lleva un calentón de aúppapor culpa mía. Me

gustaría pasar la noche con él, pero aún es empleado mío, ¿y si luego lo cuenta? Podría

pavonearse de haberse tirado a la fría jefa » . Mi cabeza no dejaba de dar vueltas, la calentura que

llevaba, seguramente ayudada por la desinhibición que da el tomarse unas copas. La idea de que era

el candidato perfecto para dejarme embarazada y el morbo que me daba aquel ejercicio de seducción

que llevaba practicando toda la tarde noche, hizo que tomará una decisión.

—Marc, dime una cosa. ¿De verdad no has vuelto a estar con una chica desde...? —No quise

completar la frase.

—No. Es la verdad.

—Pero, a tu edad... bueno... se necesita sexo. A la mía también, ¡eh! —Añadí enseguida.

—Lucía, no me digas que no te acuerdas de cuando eras joven. No tendré que explicarte...

—¿Masturbación? —Ya me había lanzado en picado, como un águila sobre su presa.

—Claro. —Se sonrojó.

—A veces es más satisfactorio que el otro. Te confesaré que yo lo disfruto, sobre todo cuando

estoy sola en los hoteles. Tiene su... encanto.

—Pero una mujer tan guapa e interesante como tú, no tendrá problemas en ligar cuando lo

necesites.

—Oye, no te confundas. Desde que me casé no he estado con ningún otro hombre que no haya

sido mi marido, y tenemos una relación excelente. —Me di cuenta que había contestado de forma

brusca y a la defensiva y corría el riesgo de romper el momento—. Pero cuando estoy sola en los

hoteles y siento necesidad, me gusta jugar con mi cuerpo. No es nada malo, ¿no? —Lo miré de forma

tierna. Busqué su complicidad con una sonrisa en un intento de que no se rompiera la magia del

momento.

—Claro que no. Disculpa... yo no... quería insinuar lo que has entendido.

—No pasa nada. Seguramente te estoy sorprendiendo, tu tenías una idea de mí que se ceñía a la

Lucía que conoces del despacho y, en la vida real, todos somos diferentes, con nuestros gustos,

nuestras necesidades y nuestros problemas. Seguramente hoy te he desconcertado con mi actitud

desinhibida. Espero que seas discreto, si cuentas la parte que has conocido hoy de mi forma de ser

vas arruinar mi imagen de mujer fría y dura.

Nos reímos de nuevo los dos, mientras nos servíamos la última copa de cava que quedaba en la

botella.

—No te preocupes, creo que soy una persona que sabe distinguir las cosas y no soy de los que

explican sus experiencias sexuales.

—¿Lo de hoy es una experiencia sexual? —Interrogué en voz baja, inclinándome sobre la mesa

hacia él y haciéndome la sorprendida.

—Para mí sí, te lo aseguro. Nunca había estado con una mujer de tu experiencia y, además, tan

espontánea y natural. Y como ya te has dado cuenta, llevo todo el tiempo excitado.

Yo esperaba que continuara, pero se quedó callado, volviendo la vista, ahora sí, sobre la

panorámica. Él no iba a dar ni un paso más, quizás por respeto, quizás porque no le apetecía una

aventura con una mujer que para él era una mujer madura.

« Ahora es la mía, no será sutil, pero deberé entrarle a saco. Está claro. Prefiero seducirlo a

él que a un desconocido ligón. Además, me atrae mucho » —tomé la decisión.

—Pues te lo agradezco, y si me he comportado así es porque me ofreces confianza. No sé... eres

un chico muy maduro. Mejor dicho eres un hombre interesante. Contigo me he sentido desinhibida,

pero no vayas a pensar que hago esto cada día. Como te he dicho, nunca he estado con otro hombre

que no sea mi marido. Nos conocimos en la universidad, perdí la virginidad con él y le quiero.

—Gracias por considerarme un hombre interesante. Significa mucho para mí, he tenido

momentos en los que no me he sentido muy bien conmigo mismo y ese ha sido el principal motivo de

que no haya salido con otras chicas desde lo de... mi ex.

—Pues, no sabe lo que se perdió. La que te consiga será muy afortunada. Marc, ¿podemos ser

sinceros?

—Claro.

—Sé que estás caliente. ¿Te vas a masturbar esta noche por culpa mía?

—Por culpa tuya no, gracias a ti. Sí, tendré que hacerlo si quiero dormir. ¿Por qué me lo

preguntas?

—Porque yo también estoy cachonda y también necesitaré masturbarme. Sí lo que pase en

Sevilla, se queda en Sevilla, y te apetece hacerlo con una madura, no me importaría tener una

experiencia juntos esta noche, mejor dicho me gustaría. —Lo solté de carrerilla y me quedé a la

espera de su reacción.

—Me encantaría —respondió con alegría—. Yo no me atrevía a proponértelo, pero llevo toda la

tarde sin dejar de pensar en ello, desde que te vi desnuda en el probador. Por cierto, ¿dejaste la

cortina mal pasada a propósito?

—No. Eso fue un descuido, pero te reconozco que cuando me di cuenta y vi que me estabas

mirando, hice como que no me percataba, pero en realidad me gustó la sensación que sentí. —

Mientras le decía esto, me moví de asiento y me puse a su lado.

—Pues no veas como me pusiste, vaya cuerpazo que tienes.

Nos mirábamos a los ojos, mientras hablábamos y nos habíamos cogido las manos. Levanté la

vista y vi que no había nadie alrededor, solo dos personas más que charlaban en la barra con la

camarera.

—Pues yo me di cuenta de la erección que tenías cuando salí del probador.

—Lo peor ha sido ir toda la tarde a tu lado, saber que no llevabas ni sujetadores ni bragas, y no

poder tocarte siquiera. Ha sido un castigo.

—Lo siento, intentaré compensarte.

Me giré un poco hacia él y subí de nuevo mi pierna al sillón, doblada de lado por la rodilla y

el pie debajo del muslo de la otra, esta vez sin someterme el vestido entre las piernas, y los dos

coincidimos en un acercamiento que llevó a que nuestros labios se encontraran, yo abrí los míos y

acepté su lengua que entró veloz a buscar la mía, fue un beso largo y profundo. Una de sus manos

buscó uno de mis pechos y con el pulgar acarició mi erecto pezón. La pasión del beso aumentaba

como si nos quisiéramos comer, a pesar de la ansiedad y la urgencia que le noté, besaba muy bien.

Nos tuvimos que separar para respirar. Nos quedamos por un momento mirándonos a los ojos,

encendidos de deseo. Cogí la mano que tenía sobre mi pecho y sin dejar de mirarlo se la lleve debajo

de mi vestido, a mis muslos que, en la posición que estaba sentada, estaban bien separados. No se

anduvo con sutilezas de acariciar los muslos, se fue derecho a tocar mi sexo

de una forma un tanto

ruda, como si tuviera miedo que se le escapara. « *Tranquilo, no vayas tan deprisa, la noche es*

larga, no te me vayas a correr aquí y sin tocarte. Quiero que lo pasemos bien, pero necesitó todo

tu semen dentro de mí. Lucía, no olvides que tu objetivo es quedarte embarazada » — aún

conseguía razonar, a pesar del calentón y del efecto liberador de las copas de capa.

—Tranquilo, sin prisas. No se te va a escapar. Será tuyo toda la noche.

—Quiero saborearlo. —Me dio otro beso de esos que te hacen cerrar las piernas, o abrirlas...

—¿Pedimos un taxi y nos vamos al hotel?

—Sí, voy yo a decírselo a la camarera.

—Vale, yo tengo que ir al servicio. Nos encontramos abajo en la entrada —le besé en los labios,

mientras me levantaba.

—Yo también. Nos encontramos a la salida de los servicios. O podríamos entrar en el mismo los

dos. —Me sorprendió aquella propuesta y tentada estuve...

—No es mala idea, pero en diez minutos estaremos en nuestro hotel y será más comfortable,

creo... Anda, ves a pedir el taxi.

—Tienes razón.

En el taxi fuimos en silencio, cogidos de la mano, cada uno en sus pensamientos. Tengo que

reconocer que en los míos se mezclaban diferentes cosas: las ganas de tener sexo, estaba muy

cachonda; cierto temor por saltarme mis normas éticas; la mala conciencia de saber, que de alguna

forma, estaba utilizando a Marc; y al mismo tiempo sentía un cierto alivio porque iba a intentar

quedar embarazada con alguien que me atraía y que no me hacía sentir patética sino alegre. Creo que

esta última idea era la que más me animaba a hacerlo y anulaba todas las otras dudas. Hasta me

hubiera gustado llamar a Juan y pedir su opinión, algo que no tenía ni pies ni cabeza y que por

supuesto no iba a hacer. Cuando el taxi paró en la puerta del hotel, ambos parecimos despertar de un

sueño. Él pagó el taxi, lógicamente luego lo incluiría en su nota de gastos, y nos adentramos en el

hotel dirección al ascensor. Yo tomé la decisión de olvidarme de todo y dedicarme solo a disfrutar y

hacerle gozar a él. « *Mañana será otro día y ya me preocuparé de pensar, ahora voy a disfrutar y*

hacerle gozar », decidí.

No pudimos aguantar llegar a la habitación. Tan pronto se cerraron las puertas del ascensor nos

encontramos en un apasionado beso, mientras sus manos se fueron debajo de

mi vestido a coger mis

nalgas y, una de mis manos buscó por primera vez su paquete. Joder... aquello prometía, ¡vaya

paquete! Aunque habría que esperar a verlo al natural, los vaqueros pueden engañar un poco.

Ya en la habitación, decidí dejarle llevar la iniciativa para darle seguridad. No sabía si tenía

mucha experiencia o no, pero había confesado que llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer, por

lo tanto yo debería ser prudente si no quería que se corriera fuera de mí. Me empujó contra la pared

solo entrar en la habitación y se deleitó recorriendo todas mis curvas con sus manos por debajo del

vestido; masajéo de forma acelerada mis pechos; luego bajó al vientre; me besó en la boca mientras

una mano la llevaba a mi culo y la otra entre mis piernas a tocarme el sexo que estaba empapado. Lo

hacía todo de prisa, sería la excitación o falta de experiencia, tenía que ver de calmarlo sin que se

sintiera mal.

De pronto se arrodilló, me subió vestido con ambas manos e intentó meter su cabeza entre mis

piernas en busca de mi sexo. Me apetecía mucho, pero íbamos demasiado deprisa. Aproveché la

oportunidad.

—No, Marc. Eso luego. Tiré de él para que se incorporara.

—¿Por qué? Quiero comerte, saborearte.

—Llevamos todo el día sudados, hemos hecho pis. Tenemos que ducharnos antes.

—No quiero ir a la ducha, quiero tenerte.

—Y me tienes. Y me tendrás toda la noche. —Ahora yo le comía la boca y le acariciaba la nuca.

Estamos muy calientes, tú llevas mucho tiempo sin follar, creo que es mejor que me penetres y te

corras, luego, ya más relajados, nos duchamos y hacemos todo lo que nos apetezca.

—Pero si te follo me correré muy rápido, por eso quiero que primero te corras tú.

—No te preocupes por mí, follame. Si me corro, bien, sino no te preocupes y goza. Luego ya me

compensaras. —Le mordí el lóbulo de una oreja.

—Ven. —Lo tomé de la mano hacía la cama.

Lo desnudé por completo. Al bajarle los bóxer salió disparada una polla grande y dura, tenía la

puntita súper mojada y sonrosada. También me hubiese apetecido llevármela a la boca, pero estaba

segura que si lo hacía descargaría inmediatamente y, a pesar de estar muy cachonda, no olvidaba cual

era mi fin último. Me saqué el vestido y me quedé delante de él totalmente desnuda. Se quedó

mirándome, como si no pudiese creerse que todo aquel cuerpo estaba a su disposición.

—Abrazame Marc, soy tuya.

Me abrazó fuerte, me estremecí al sentir el calor de su piel rozar con la mía. Creo que él sintió

lo mismo, porque por un momento se quedó así abrazado a mí, y confirmó que aquel cuerpo, en aquel

momento, le pertenecía.

—¿Te gustaría hacérmelo por detrás, en posición perrita? —le susurré al oído, mientras le daba

besitos.

—Si tú quieres, sí. Pero creo que me correré muy pronto.

—No te preocupes, si me das fuerte y al fondo seguro que llego yo también. En esa posición me

corro muy rápido.

Me subí a la cama, me puse en posición, procuré bajar la espalda y dejar el culo en alto con las

piernas separadas para que pudiera disfrutar de la visión de mis labios bien hinchados y esperé que

se colocara y me penetrara.

Noté como su capullo empezaba a abrirse camino entre mis labios, cuando de pronto se paró.

—Lucía, no hemos pensado. No tengo preservativos.

—No te preocupes, tomo la píldora. —Le mentí—. Métela hasta el fondo,

quiero sentirme llena

de ti. —No sabía bien cuanto había de verdad en esas palabras que lo llevaban al límite de la

excitación.

Empezó a entrar y salir, yo sentía todo aquel duro aparato llenarme a satisfacción hasta el fondo

de mis entrañas. No me movía, para no adelantar su explosión. Empecé a disfrutar y me apetecía

correrme con él, que seguía bombeando despacio, supongo que intentaba controlarse. Me hubiese

gustado pedirle que me diera rápido y duro, pero eso seguro adelantaría el final. Decidí ayudarme un

poco, alargué una mano por debajo de mí a masturbar mi clítoris. Aquello empezaba a ir bien.

De pronto me avisó.

—Lucía, no voy a aguantar mucho más.

—No te preocupes, no la saques, sigue metiéndola hasta el fondo. Llename de leche. —Sabía

que esas palabras lo iban a acelerar más, pero al mismo tiempo me salían del alma. Aceleré los

movimientos circulares sobre mi clítoris.

—Me viene, me viene... me estoy corriendo. —Avisó disculpándose, mientras se quedaba

quieto encima de mí, pero, eso sí, con la polla metida hasta el fondo de mi vagina. Sentí como una

gran cantidad de cálido esperma me llenaba. Me dio tal subidón de adrenalina o de morbo que

aceleré aún más los movimientos sobre mi clítoris y noté que se acercaba mi clímax. Lancé un grito

apagado.

—Ya... yo también... me corro. Abrazame, no te retires, quiero sentirte ahí detrás de mí, dejala

dentro, quiero sentirte. —En verdad sentía lo que decía en parte porque necesitaba su ternura y en

parte porque quería dar tiempo a que sus bichitos recorrieran con facilidad el camino que les debería

llevar a cumplir mi objetivo último.

Desde luego no había sido el polvo de mi vida, pero había estado mejor que una paja solitaria y

además quedaba toda la noche.

Pasados unos minutos, durante los cuales no dejó de acariciarme y besarme la espalda y el culo,

le « autoricé » a salir de mí interior, dadas sus excelentes medidas, y aunque bajó su erección, aún

tenía dimensión para mantenerse dentro, eso sí, sin moverse.

—¿Vamos a darnos una ducha? —Le sugerí después de un buen rato de permanecer en reposo en

la misma posición en que me había « inseminado ».

—Sí, vamos. A ver si me recupero, quiero hacerte gozar.

—Pero si he gozado, no seas bobo.

—Has llegado, porque te lo has hecho tú. Soy joven, pero no inexperto del todo. Quiero hacerte

gozar.

—Y yo a ti. Anda, vamos a la ducha y luego ya... podremos usar otras « herramientas ». —Le

sonreí y lo miré con picardía.

En la ducha nos enjabonamos mutuamente y aprovechamos para masajear todas las partes de

nuestros cuerpos. Cuando salimos y nos secamos, su pene volvía a estar en forma y mi sexo con

ganas de marcha. Ahora yo ya estaba en plan de disfrutar. No es que olvidará que debía procurar que

se corriera siempre dentro de mi vagina, pero me apetecía mucho gozar de verdad de aquel joven por

el que sentía una atracción y una ternura algo muy especial, casi la misma que sentía por Juan.

—Para darte placer de verdad es necesario conocerte mejor y saber tus gustos. Así que tendrás

que ir dirigiéndome. —Me sorprendió. Tenía razón, pero pocos hombres serían capaces de

reconocerlo. Eso me gustó, a punto estuve de decirle « te quiero » porque sentí una inmensa ola de

ternura.

Gozamos durante un par de horas más probando todo. Me sentí como si fuese

una quinceañera

que se dejaba llevar por el ímpetu de su juventud. Chupó y lamió mi sexo a la perfección, yo le hacía

saber por dónde iba bien o menos bien, lo hizo de maravilla, me arrancó varios orgasmos. Por

supuesto le correspondí tanto en el sexo oral, aunque me las arreglé para que terminara dentro de mí

en posición perrita por dos veces, como cuando lo cabalgaba yo a él. Por fin nos dormimos agotados

y abrazados sobre las cuatro de la mañana.

La alarma de mi teléfono sonó como siempre a las ocho de la mañana, la apagué rápido.

Completamente desnudo a mi lado dormía Marc plácidamente. Fui a hacer un pis al lavabo y me lave

el sexo en el bidet con agua tibia porque el olor ya no era muy agradable. Decidí que iríamos más

tarde al despacho, para algo era la jefa. No teníamos nada urgente y el chico necesitaba descansar, y

no negaré que yo deseaba un desayuno especial. Cerré la puerta del cuarto de baño, para que Marc

no se despertara, y llamé a Luis.

—Buenos días Luis. No vengas a buscarnos al hotel. No he pasado muy buena noche —mentí

como una bellaca—, iré más tarde al despacho. Ya cogeré un taxi.

—Vaya, mejorate. ¿Quieres que pase a buscar a Marc?

—No. Es igual, ya le digo que trabaje aquí en el hotel y luego vamos juntos

—De acuerdo. Mejorate, y si necesitas algo no dudes en llamarme.

—Gracias, Luis. Solo voy a ver si duermo un par de horas más. Luego nos vemos.

Llamé al servicio de habitaciones y pedí que nos subieran el desayuno a las nueve y media,

actualicé la alarma de mi reloj para las nueve y veinte y me volví a la cama, me abracé a Marc, me

gustó sentir el calor de su piel en la mía. Cubrí nuestros cuerpos con la sabana y permanecí así en

duermevela, sin dejar de pensar en sentirlo de nuevo dentro de mí, lo que ocurrió poco después de

que no pudiera resistir el deseo y me metiera debajo de las sabanas y mi boca se apoderara de su

consistente miembro, con el morbo de sentirla endurecerse en mi boca. Cuando se despertó, en

silencio, me coloqué encima de él en posición sesenta y nueve y le ofrecí mi sexo, mientras yo me

deleitaba con el suyo. Cuando ambos estábamos suficientemente excitados y los gemidos anunciaban

un pronto desenlace, volví a ofrecerle mi pompa. No dijo nada, simplemente me penetró, esta vez

fuerte, rápido y en silencio, hasta que volvió a descargar dentro de mí.

« Bueno, creo que ya hemos hecho suficientes méritos para que esté embarazada y, además, he

gozado a lo bestia. Aunque para ser justa debería devolverle el placer oral que él me ha dado a

mi. No le he dejado correrse en mi boca y yo si lo he hecho con la suya »

—Están a punto de traer el desayuno. Quizás que te metas en el baño a darte una ducha, así

evitamos que la camarera te vea aquí. No sea que quiera hacerte algún favor.

—Le sonreí, le besé

dulcemente en los labios y le di mi lengua a chupar.

Cuando salió de la ducha ya estaba el desayuno preparado.

—Siéntate en ese sillón, quiero desayunar algo especial con mermelada. Me arrodillé entre sus

piernas, tomé la espátula de untar la mantequilla y la mermelada y apliqué una capa encima de su

capullo. —Los dos reíamos—. Volvió a ponerse dura, se notaba la juventud y el tiempo que llevaba

sin estar con una mujer. Me la llevé a la boca, la saboreé, la disfruté de verdad, me dio placer el

tenerlo entregado. No paré hasta que se derramó, había poco pero me gusto su semen cálido y dulzón.

Todavía disfrutamos un poco más antes de irnos al despacho.

Por fin, preñada

Regresé a Barcelona pletórica, había cerrado un buen negocio, había disfrutado del sexo y, lo

que era más importante, lo había hecho con alguien que era ideal y con el que me había sentido en las

nubes. Hasta tentada estuve de explicárselo a Juan, pero al final me contuve.
¿Para qué crear un

posible problema donde no lo había? Si cuando confirmara mi embarazo,
porque yo estaba ya

convencida que había quedado fecundada, él me preguntaba, se lo explicaría,
sino seguiríamos

conforme él había propuesto y habíamos acordado.

En el despacho, Marc volvió a tratarme de usted y con la distancia habitual, la
que yo mantenía

también, aunque alguna vez que entraba solo a mi despacho yo intentaba
hablarle de una forma más

cálida.

Aquella misma semana vino su amiga para la entrevista de trabajo. La contraté
inmediatamente,

era una chica inteligente y con una personalidad muy parecida a Marc.

Una vez que acordamos que empezaría el lunes siguiente y que trabajaría con
Marc, para luego

seguir con los proyectos que llevaba él, lo llamé a mi despacho.

—¿Me ha mandado llamar?

—Sí, Marc. Por favor, cierra la puerta y siéntate.

El muchacho actuaba como si lo de Sevilla nunca hubiese sucedido. Ganas me
daban de

abrazarlo y pedirle que me follara encima de la mesa de mi despacho. Era un
encanto de hombre.

—Bien, he contratado a Maria. El lunes empieza.

—Estupendo, me alegro mucho. Es una gran chica.

—Sí me he dado cuenta. Oye... ¿No te gusta? ¿Harías una buena pareja?

—Sí, pero tiene novio y es amigo mío también. No sería muy ético que yo intentará ligar con

ella.

—Eres el yerno que toda madre desearía. ¿Lo sabes?

—Bueno... no sé.

Los dos nos reímos.

—Marc, quiero que sepas que te agradezco mucho tu comportamiento desde que volvimos, como

si nada hubiese ocurrido. Te lo agradezco mucho y quiero que sepas que, aunque yo actúe del mismo

modo también. Recordaré siempre lo que pasó, fue maravilloso.

—Sí, yo tampoco podré olvidarlo y fue el día más feliz de mi vida, pero lo que pasó en Sevilla,

se quedó en Sevilla —lo dijo con una pícaro sonrisa—, y dentro de un mes me voy, así que no te

preocupes, te juro que nunca nadie sabrá nada. Gracias por devolverme la confianza en mí mismo.

Nos dedicamos una sonrisa cómplice.

Cuando salió por la puerta no pude evitar pensar « *ahí va el padre de mi hijo* » . Así de segura

estaba yo de que aquel joven, que había descargado toda su contención dentro de mí, no podía haber

fallado. Tan convencida estaba que a veces me sorprendía a mí misma al pensar y hacer planes para

cuando fuera madre.

Mi vida volvió a la normalidad, tanto en el trabajo como en casa con Juan. Nada había

cambiado, seguíamos queriéndonos gozando de buen sexo y nos divertíamos como siempre. Yo me

sentía satisfecha por la forma que había conseguido solucionar el problema, después de las dudas y

la mala experiencia que había tenido en Madrid, cuando intenté ligar con desconocidos.

La desagradable sorpresa, que me dejó muy baja de ánimos, fue que un día en el despacho me

noté rara y una humedad que no venía a cuento. Fui al lavabo y me quedé atónica, ¡me estaba bajando

la regla! Fue como si me diesen un mazazo. Sentí unas inmensas ganas de llorar y las lágrimas

corrieron por mis mejillas. Estuve todo el día de mal humor. No podía creerlo. « *Joder, algunas el*

problema que tienen para no quedarse embarazadas y yo, al contrario. ¡Qué injusta es la vida! » ,

no paraba de pensar en ello.

A la noche en casa, Juan se dio cuenta de mi bajón.

—¿Qué te ocurre, te noto desanimada?

Me hubiese gustado explicárselo, pero no valía la pena. Qué sentido tenía decirle que había

tenido una relación sexual con un empleado, que me había saltado todas mis normas, y que no había

servido para nada.

—No me pasa nada. Será que ha sido un día complicado y, además, me ha bajado la regla. Estoy

un poco de bajón, ya sabes lo normal de cada mes.

No dijo nada, solamente se acercó y me abrazó fuerte y me llenó de tiernos besos. Una ola de

ternura y amor me invadió. A punto estuve que se me escaparan las lágrimas de nuevo. Le devolví el

abrazo y los besos.

—Ya me encuentro mejor. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Tomé la decisión de que no habría más intentos, era veintitrés de julio y a primero de agosto

cerrábamos la empresa por vacaciones, me olvidaría del tema, disfrutaríamos de las vacaciones en

nuestro apartamento en la playa y después del verano iríamos al médico para empezar con la

fecundación in vitro. Al menos me quedaba la tranquilidad de no haber pasado por el mal rato de

acostarme con alguien que no me hubiese hecho sentir bien. La aventura con Marc había sido muy

divertida, agradable y tierna.

El último día de trabajo era viernes y también el último día de Marc en la empresa, sus

compañeros del despacho le habían organizado una cena de despedida. A la mañana lo llamé a mi

despacho para entregarle la liquidación, acompañada de una gratificación en agradecimiento a su

contribución en la consecución del contrato con Sara.

—Muchas gracias, Lucía. —Me agradeció con su habitual educación y seriedad.

—Si cuando pasen los dos años decides volver a España, que casi lo dudo, llamame. Si lo

deseas aquí tendrás un puesto de trabajo, aunque creo que esta empresa ya te resultará pequeña.

Tienes mi teléfono, si necesitas algo no dudes en llamarme. Espero que conservemos una buena

amistad

—Se lo agradezco. —Incluso cuando estábamos solos en el despacho, seguía con el trato de

usted—. Deseo que todo vaya muy bien por aquí. Me sentiré muy honrado de seguir contando con su

amistad.

No quise alargar mucho la conversación.

—Bueno, nos vemos esta noche en la cena.

—Sí. Ha sido un detalle por parte de todos los compañeros de organizar la cena de despedida.

Lo agradezco mucho.

Salió del despacho.

Juan aún tenía que trabajar la semana siguiente, así que decidimos subir a la playa con dos

coches. Él se iría el mismo viernes y yo me quedaría a dormir en casa y marcharía el sábado por la

mañana, convenimos que después de cenar no era prudente conducir de noche después de, a buen

seguro, haber bebido algo.

Antes de acudir al restaurante en el puerto olímpico, pasé por casa a cambiarme de ropa. Me

vestíya en « modovacaciones ». Cuando abrí el armario y vi el vestido blanco de algodón que había

comprado en Sevilla, una sonrisa acudió a mis labios. Decidí ponérmelo, eso sí, esta vez me puse un

sujetador blanco con un tirante muy fino y un tanga a juego.

Cuando llegué al restaurante ya estaban todos sentados, me habían reservado una cabecera de la

mesa, en la otra estaba sentado Marc; a ambos lados de mí se habían sentado el director comercial y

la responsable de recursos humanos. Yo hubiese preferido sentarme entre los empleados, al estar

fuera del despacho era una buena oportunidad para dar una imagen más distendida, pero no dije nada.

En cualquier caso me mostré accesible y participé y seguí las bromas que suelen ser habituales en

ese tipo de cenas, casi siempre a costa del homenajeado. Al principio pensé que aquella ubicación,

ambos en las cabeceras de la mesa, podría generar alguna mirada indiscreta entre nosotros, algo que

no me apetecía que sucediera delante de los demás. Pero mis temores se esfumaron rápidamente,

Marc, con su habitual discreción, se centró en los comentarios y conversaciones con los que estaban

sentados más cerca de él y casi daría la impresión de que me ignoraba. Así que fingí interesarme por

la conversación del director comercial, Andrés, y de la jefa de recursos humanos, Marta, que se

esforzaban en darme conversación.

Como suele también ser habitual en la actualidad, la gente alterna la conversación con la

atención a los mensajes en sus teléfonos móviles. Yo también tenía el mío encima de la mesa.

En un momento dado vi que se encendía la señal de mensaje en el WhatsApp, lo abrí y no pude

por más que sonreír. Miré hacía la otra punta de la mesa, pero Marc seguía de charla con sus

compañeros sin prestarme la más mínima atención. El mensaje era de él: «

Bonito vestido, ¿te

sientes libre? » , lo seguía un emoticono con una sonrisa . « *¡Ah!, parece que no me estás*

ignorando » , pensé.

Esperé un par de minutos para contestarle: « *Ja,ja,ja. Creía que no te habías dado cuenta. Para*

tu información: No, hoy no hay libertad. Está todo bien protegido » . Sin pensar porqué le añadí un

emoticono que lanzaba un beso en forma de corazón.

No puedo negar que me gustó que me enviara aquel mensaje. Digamos que me alegró el ánimo.

Pasados unos diez minutos, un nuevo aviso de mensaje. Lo abrí de inmediato, en mi subconsciente

creo que lo esperaba. « *Oh, qué lástima. Yo hoy he decidido no usar vaqueros y probar tu teoría del*

sentimiento de libertad » , luego me fijaría en que también llevaba unos pantalones de algodón de

color azul marino, conjuntado con una camisa blanca de manga larga con el puño vuelto. Sentí un

estremecimiento por todo mi cuerpo. Decidí no contestar, al menos al momento. Necesitaba pensar un

poco, no estaba segura de querer seguir con el juego que, debo reconocer, me estaba sorprendiendo.

Marc tomaba, de alguna forma, la iniciativa de coquetear conmigo, algo que nunca había sucedido.

Quizás el hecho de que ya era oficialmente ex empleado le había ayudado a liberarse.

Intenté centrar mi atención en conversar con los demás. Pero algo se agitaba dentro de mí. Me

sentía acalorada, hasta aquel momento solo había tomado agua; un cierto cosquilleo empezó a

despertar mi sexo y noté como se me endurecían los pezones, no podía por más que recordar escenas

de nuestra aventura en Sevilla. « *¿Y si tuviéramos una última aventura? No, no puede ser, hoy no*

tengo ninguna excusa, se me acaba de ir la regla, no estoy en los días de fertilidad. Si lo hiciera,

no tendría justificación alguna » — me preguntaba y respondía a mí misma —. No contesté al

mensaje y seguí la conversación y las bromas como si nada hubiese pasado, pero sentí que había

mojado la braguita, y los pezones ya no podían estar más duros. No era tampoco la primera vez que

me sentía excitada y con el sexo húmedo, y me aguantaba. En circunstancias normales ni me

planteaba nada más, excepto cuando estoy en los hoteles y me deleito con el sexo onírico, como

supongo que nos pasa a todas y todos muchas veces.

Necesité ir al servicio, cogí el bolso porque siempre llevo toallitas para asearme el sexo, en los

servicios públicos paso de usar el papel higiénico para secarme. Cuando me

subí el vestido y me

bajé el tanga vi la mancha de humedad y un impulso morboso me llevó a quitármelo. Una idea

maquiavélica se me vino a la cabeza y decidí no analizarla y dejarme llevar por la fantasía, di rienda

suelta a mí morbosa imaginación.

Puse el tanga extendido encima del bolso y le hice una foto. Luego lo guardé dentro del bolso.

Cuando volví a la mesa le envié un *WatsApp* con la foto del tanga y un mensaje: « *Ya libre. Estamos*

en igualdad de condiciones ». Dios, si los demás supieran los mensajes que nos cruzábamos durante

aquella cena, ¿dónde quedaría mi reputación?

Su contestación no tardó en llegar: « *Me gustaría llevarme tu sabor* » .

Me entró un sofocón y empecé a sudar, bebí agua. Aquella noche solo había tomado una copa de

cava para brindar. Aquel chico me atraía más de lo que era normal. Mi cabeza empezó a hervir.

« *¿Y si hiciéramos una despedida, una última vez? ¿Podríamos ir a su casa? No, en Sevilla*

me dijo que volvía a vivir con sus padres, en su casa no puede ser. A mi casa ni hablar, eso sí que

sería no solo una infidelidad sino también una falta de respeto. ¿En el coche?, sería patético, no.

Podríamos ir a un hotel, pero sin equipaje se notaría mucho, me daría

vergüenza. Un hotel por

horas, sí, eso podría ser, pero que patético también, como si fuera una fulana » .

Inmersa en estos pensamientos me había desconectado de las conversaciones de la mesa y estaba

sobreexcitada, mi corazón bombeada a gran velocidad. Quería y no quería, buscaba argumentos a

favor y en contra. Finalmente decidí quitarme el peso de encima y le contesté al mensaje: « *Quizás*

aceptase, pero no creo que tengas un sitio donde ofrecerme una copa y ya no tengo edad para

equilibrios dentro de un coche ja, ja, ja. Siempre nos quedará la duda ja, ja, ja » . No hubo

respuesta, quizás no se había percatado del mensaje. Mejor, pensé.

La cena hacía rato que había terminado y ahora la reunión había entrado ya en esa fase de

conversaciones sin demasiado interés. Aunque la cena la habían organizado los empleados con la

intención de pagar a escote, decidí pedir yo la cuenta y pagarla con la tarjeta de la empresa, lo que

todos agradecieron. A continuación me excusé y me despedí de todos con un « *buenas vacaciones,*

nos vemos en septiembre » . Marc me miró, se levantó y se acercó a mí, me empezaron temblar las

piernas, y de forma muy cortés me dio las gracias por todo y me alargó la mano, yo le correspondí y

al entrelazar nuestras manos un escalofrío recorrió mi cuerpo, creo que a él le pasó lo mismo. Sin

más dilación salí del restaurante en dirección al parking donde había dejado mi coche. La brisa

marina de media noche me acarició la cara y entró por debajo del vestido para acariciar mi cuerpo y

volví a ser consciente de que iba sin tanga.

Cuando ya me había sentado en el coche, sonó mi teléfono. Me extraño la llamada, era Marta.

—Marta, dime. ¿Qué pasa?

—¿Lucía te has ido ya?

—No, todavía estoy en el coche.

—Verás, es que Marc acaba de darse cuenta que se ha dejado el sobre con el cheque en el

despacho. Como tú vives al lado, he pensado que quizás no te importe acompañarlo a recogerlo, sino

ya lo acompaño yo, aunque me he tomado unas cuantas copas de vino y cava y no me apetece mucho

conducir tanto. Las oficinas las teníamos en Sant Just, yo vivía a cinco minutos, en Esplugues, y ella

al otro lado de Barcelona, cerca de la Sagrada Familia.

—Joder, vaya despistado. Le sobrará el dinero. No, ni hablar, tú no vas a recorrerte Barcelona

porque él sea un atolondrado. No me apetece ir ahora al despacho. ¿Y sí se acerca mañana por la

mañana?

—Pues también, espera que se lo digo. —Escuché como le decía que mejor se pasara a la

mañana siguiente.

—Porque la clave de la alarma solo la tenemos tú, Andrés y yo.

—Sí la clave solo la tenemos nosotros tres y Begoña —era la directora financiera que no estaba

en la cena porque había salido de vacaciones aquella misma tarde—, pero Andrés se ha ido detrás de

ti y, además, ya sabes que vive en Sant Cugat.

Me quedé a la espera.

—Lucía, me pregunta ¿a qué hora te va bien por la mañana?.

Me quedé pensativa por unos segundos. Una idea volvió a acelerar el bombeo de mi corazón.

—¿Sabes qué? Que casi prefiero acompañarlo ahora. Así mañana no tengo que estar pendiente y

me voy para el apartamento cuando me despierte. Preguntale si ha traído coche o si se viene

conmigo.

Escuché como le preguntaba.

—Ha traído su coche.

—Bueno, pues... no sé... ¿Os vais a quedar mucho rato aún?

—No, si ya estamos todos en la puerta para irnos.

—Vale, entonces dile que le espero en el despacho. Que no tarde, si no quiere que me quede con

la pasta. —Reímos las dos—. ¡Ah! Pero ya no tendrá el mando del parking y paso de esperarlo en la

puerta de entrada a estas horas.

—Se lo digo y le dejo el mío, que te lo devuelva a ti, así tendré excusa para llegar tarde el

primer día de trabajo. —Nos volvimos a reír—. Buenas vacaciones, Lucía.

—Vale, de acuerdo. Lo mismo para ti, buenas vacaciones, Marta.

Mientras conducía me preguntaba si de verdad se había dejado el cheque o si había sido una

excusa para verme en el despacho a solas. La verdad es que en esa posibilidad no había pensado,

tonta de mí. Volví a sentir alegre mi entrepierna y el resto de mi cuerpo. Una sonrisa maliciosa se

vino a mis labios.

Pase por mi cuarto de baño privado a descargar mi vejiga, volví a utilizar las toallitas, por si

acaso. En una esquina del despacho tengo un *chester* y dos sillones con una mesita de cristal en

medio, para atender a visitas de cierta importancia. Me tumbé en el sofá a esperar que llegara

el « olvidadizo » Marc. Cerré los ojos y empecé a recordar lo ocurrido en Sevilla, mis esperanzas

frustradas de haber quedado embarazada y los intercambios de mensajes de

aquella noche. El

silencio y la sensación de clandestinidad que daba estar sola en mi despacho, sin bragas y esperando

que llegara, me hicieron sentir muchas « ganas ». Me olvidé de todos los perjuicios y me decidí a

tener sexo con él aquella noche, si él se prestaba, claro.

Habían pasado veinte minutos desde mi llegada y él todavía no hacía acto de presencia. Empecé

a mosquearme. «*¿ No te estarás haciendo el remolón para ponerme ansiosa?* » , pensé. «*No te*

pases porque me largo y ya recogerás el cheque en septiembre » .

Por fin, sonó el timbre de la puerta. Fui a abrir.

—Ya era hora. Ya estaba a punto de irme. Anda pasa. —Cerré la puerta y le di la vuelta a la

llave.

—Perdone. —*¿Otra vez de usted?* , pensé— es que no había forma de desprenderme de los

compañeros. Siento haberla hecho esperar.

—*¿De verdad te has dejado el cheque?*

—No. Lo tengo en casa. Es una excusa.

—Entonces, *¿por qué me tratas de usted?* Ya no eres empleado.

—Tienes razón, es la costumbre. Al estar aquí en la oficina...

—Así que una excusa, *¿para qué?* —Intenté mostrarme distante. Quería que se

lo currara un

poco.

—Bueno, me dijiste que no teníamos donde ir. Se me ocurrió... pero si no quieres... no pasa

nada.

—Pasa a mi despacho, quiero hablar contigo. —Le propuse muy seria, como si le diera una

orden en horario de trabajo.

Entramos en mi despacho y ajusté detrás de mí la puerta, la cerré también con el botón de

bloqueo.

—Siéntate allí. —Le indique uno de los butacones.

Yo me senté en el otro enfrente de él, procuré subirme el vestido por la rodilla para que desde su

posición pudiese disfrutar de la vista. Cuando me siento en este butacón es porque tengo alguna visita

y procuro someterme bien la falda, para que mi interlocutor no vea nada, al mismo tiempo que cierro

bien las piernas y las inclino hacía un lado con cierta elegancia, como solemos hacer las mujeres.

—Vamos a ver. —Me dirigí a él muy seria—. ¿Tú crees que está bien engañarme de esa forma,

decir que te habías dejado el cheque? Espero que ninguno de tus ex compañeros se haya dado cuenta

de que no era verdad y que lo que querías era tener una aventura con tu exjefa.

—No, por favor. Nadie lo sabe. Disculpa, pero yo creí...

—Yo creí, yo creí... una cosa es seguir una broma y otra...

—No pasa nada, ya me voy. No quiero que te enfades conmigo —dijo, mientras hacía ademán de

levantarse.

—Siéntate, ahora estás en mi despacho y no te irás hasta que yo te diga lo que tengo que decirte

y te dé permiso para irte.

Se volvió a sentar muy serió y desconcertado. Me estaba comportando como una autentica jefa

cabrona.

—¿Tú te crees que porque follásemos en Sevilla, ahora lo vamos a hacer cuando a ti se te

antoje? —Yo gesticulada para tener motivo de separar más mis piernas. Sabía que me veía el sexo

sin bragas.

—Que no. Sabes que no soy así. Pero lo de Sevilla me gustó mucho y quería poder despedirme

de ti a solas.

—Sí, a solas y después de echarme un polvo. Que sepas que lo de Sevilla fue algo casual, no

voy por ahí acostándome con mis empleados y si ocurrió fue porque tú acababas de decirme que te

ibas de la empresa. Caso contrario, nunca hubiese sucedido. ¿Te queda claro?

—Sí, muy claro. Te vuelvo a pedir disculpas. —Me miraba azorado. Yo sabía que al mirarme

también veía mis muslos y mi sexo, estaban todas las luces encendidas.

—Está bien. Olvidemos el tema.

—En cualquier caso...

—En cualquier caso, ¡te callas! —Me mostré severa, mientras me levantaba y me acercaba a los

interruptores de la luz, apagué las pantallas fluorescentes y dejé solo la lámpara de pie que había al

lado de los sillones.

—Me has hecho pasar un mal rato, así que a ver como me compensas. —Me volví hacia él con

una sonrisa en los labios y me bajé los tirantes del vestido.

—¡Joder, como eres! Me estabas acojonando.

—Pues tendrás que esmerarte si no quieres que te de unos azotes. Ponte de pie y acercate.

Me obedeció igual que un corderito. Cuando estuvo a mi altura lo cogí por la camisa y lo atraje

hacia mí, busqué rozar sus labios con los míos. Me abrazó con un suspiro. Fue un abrazo que sentí

sincero y lleno de ternura.

—A ver lo diestro que eres para desabrochar sujetadores —le susurré con la mirada fija en sus

ojos y una sonrisa pícaro y llena de deseo.

Para mi sorpresa desabrochó con suma facilidad mi sujetador y me lo quitó al tiempo que mi

vestido caía a mis pies. Quedé completamente desnuda ante él. Necesitaba sentir el calor de su piel.

Le desabroché la camisa botón a botón, mientras mi boca seguía a mis manos y mis labios besaban su

piel.

—De todos modos que sepas una cosa, ahora te lo digo en serio, nunca había hecho esto con

nadie que no fuera mi marido, y está será la última vez —le hablé en voz baja y lo miré a los ojos

que noté acuosos, tal era su felicidad por tenerme en sus brazos después del susto que le di con la

bronca al más puro estilo de jefa cabrona.

Abrió la boca para decir algo, pero llevé mis dedos a sellar sus labios.

—No digas nada. Solo disfruta y hazme disfrutar esta noche. Es nuestra última noche.

Le saqué la camisa de los pantalones y una vez terminado de desabrochársela se la quité y la

hice resbalar por su espalda, me pegué a él, quería sentir su calor en mis pechos. Al pegarme, me

dolieron los pezones de duros que estaban.

—Ahora vamos a ver si no me mentiste en los mensajes. —Empecé a desabrochar su cinturón,

para enseguida librarlo de los pantalones.

Efectivamente, su miembro salió disparado a rozar con mi vientre. No había mentido, no llevaba

calzoncillo. No pude resistirme a cogerlo en mi mano y empezar a masajearlo suavemente, mientras

nuestras lenguas se fundían en mi boca.

No tardó en bajar a apoderarse de mis pezones con sus labios, los succionó despacio, con

suavidad, mientras con las manos masajeaba mis dos pechos. Me daba tanto placer que mi sexo se

incendió y empecé a sentirme muy lubricada, en realidad ya llevaba toda la noche húmeda.

Nos fuimos al *chester*, pero descubrí que para hacer sexo no era muy cómodo. Acabamos sobre

la moqueta.

Aquella noche el sexo fue muy diferente al que tuvimos en Sevilla, cuando a él le apremiaba la

urgencia del placer por su largo periodo de abstinencia, y a mí por la novedad y la tensión de la

conquista de mi macho procreador.

Aquella noche, yo enredé mis dedos entre su pelo, él hundió su cabeza entre el mío y absorbió

mi perfume de hembra en celo; bebió en mi fuente de placer y yo en la suya, nos poseímos

mutuamente con pasión, sin prisas, gozando de cada beso, de cada caricia, de

cada roce entre

nuestros cuerpos, de la forma más dulce que una se pueda imaginar; se fundió en lo más profundo de

mi ser y yo me fundí recibéndolo como a un dios; mis orgasmos, no los conté, no me llegaron en una

explosión salvaje, lo hicieron suavemente, en una cascada *in crescendo*, que me hizo gritar y arquear

el cuerpo en una imposible figura, que culminó cuando se fundió en mí con un profundo y gutural

gemido. Fue una noche mágica.

Cuando caímos agotados, me puse el tanga y nos estiramos desnudos en el sillón, yo con la

cabeza apoyada en su pecho y con su flácida hombría en mí mano. Él me acariciaba el pelo.

—Lucía, estoy contento de irme. —Rompió el mágico silencio.

—Lo sé. Es tu gran oportunidad.

—No es por eso —lo dijo con cierta tristeza.

—¿Entonces, por qué?

—Porque si siguiera aquí, sería muy difícil que no me enamoraré de ti y eso sería una tragedia.

Me muero por decirte « te quiero » .

Me incorporé a besarlo tiernamente en los labios.

—No, por favor, no te enamores de mí. Tú lo has dicho, sería una tragedia para los dos. Por eso

te dije que sería la última vez. Y para tu tranquilidad, a mí tampoco me costaría decirte « te

quiero » , pero eso es esta noche. Más adelante llegaríamos a odiarnos porque las tragedias no tienen

nada de bonito.

—Lo sé, pero quería decírtelo. No quiero que pienses que quería « tirarme a mi exjefa » —lo

dijo con sarcasmo por la bronca ficticia que le había largado cuando había llegado en mi despacho

aquella noche

—No seas bobo. —Lo besé de nuevo—. Y creo que deberíamos irnos antes de que amanezca y

alguien nos vea salir de aquí.

Nos vestimos y cuando nos disponíamos a marchar tuve una idea. Quería compensar su

sinceridad con algún detalle muy especial. Metí las manos debajo de mi vestido, me quité el tanga y

lo doble bien.

—Toma, quiero que te las quedes de recuerdo. Pero están muy mojadas, vas a tener que lavarlas.

—Gracias. —Las tomó en la mano y se las llevó a sus labios a depositar en ellas un beso. Por un

momento creí que se le iba a escapar una lágrima—. No las lavaré, huelen a ti, tu aroma me

acompañará siempre.

—Bueno, creo que tienen el aroma de los dos. Y Ahora, ¡vámonos ya, y nada de despedidas!

Al día siguiente, en la playa me sentía rara, incluso de mal humor. Sentía una cierta congoja por

lo que había hecho, aunque no me arrepentía, y un poco molesta con Juan porque su propuesta de

darme libertad podría haber acabado mal, podría haberme enamorado. Claro que encontrar a alguien

como Marc no es tan fácil.

De todos modos, soy una mujer práctica y que trata de aplicar el sentido común a todo. Al cabo

de un par de días ya me encontraba en perfectas condiciones físicas y mentales. En previsión de la

visita al ginecólogo después de vacaciones volví a tomarme cada día la temperatura basal y a seguir

con la gráfica.

Cómo estábamos relajados y felices, teníamos sexo todos los días. El día que mi gráfica marcó

el punto más alto, preparé una cena especial en la terraza. Nuestro apartamento es un dúplex en la

última planta y solo tenemos unos vecinos que nos pueden ver en la terraza. Cuando sabemos que no

están nos gusta tomar el sol, incluso cenar, desnudos. Aquella noche ellos no estaban, se habían ido

de viaje, así que preparé para cenar en la terraza, con cava y velas. Hacía una noche estrellada

preciosa.

Después de cenar nos tumbamos en la cama de jardín con la clara intención de follar bajo las

estrellas. Enseguida nos encendimos y disfrutamos de todas nuestras caricias, nos habíamos

acostumbrado a que cuando estábamos a punto yo me pusiera a cuatro patas y Juan terminará por

detrás: Prescripción facultativa. Aquella noche fue diferente.

—A mí me falta poco —advirtió Juan.

—A mí también, pero es igual, hoy quiero correrme mirando las estrellas. Que le den morcilla al

médico. Vamos a disfrutar.

Levanté las piernas, me abrí bien y con las manos me las aguante por los muslos.

—Dame fuerte, cariño, fúndete dentro de mí, bien al fondo. Lléname.

Él me cogió por los tobillos, así pude liberar mis manos y usarlas para masajear los pechos y

estirarme los pezones.

—Pues contempla las estrellas amor, que yo estoy a tocar el cielo.

Abrí bien los ojos. El cielo estaba precioso, oscuro y estrellado. Vi una estrella fugaz y al

momento sentí el cálido semen inundarme, casi al momento me corrí yo también.

El resto del mes de vacaciones transcurrió de forma plácida y disfrutamos de

la playa, la buena

comida y buen sexo. Ni una sola vez hablamos del tema de la maternidad, aunque supongo que él,

igual que yo, pensaba muchas veces en ello.

Cuando volvimos al trabajo y pasaron los primeros tres días, me di cuenta que se me retrasaba

la regla. No era normal, pero tampoco era la primera vez, lo achaqué a que con la tranquilidad de las

vacaciones se habría alterado mi ciclo. Al terminar la semana empecé a preocuparme, o a

esperanzarme, el lunes bajé a la farmacia y compré un test de embarazo. No lo comenté con nadie. Lo

utilicé en el lavabo de mi despacho. Esperé nerviosa, por fin... ¡No podía creérmelo!, ¡Dio positivo!

En los primeros momentos no sabía qué hacer, una inmensa alegría me invadió, a punto estuve de

salir y pregonarlo en la oficina, de llamar a Juan y contárselo. Pese a mi estado de excitación, la

mujer racional que llevo dentro enseguida tomó el control. Lo mejor sería llamar al doctor Mestres e

irme a verlo, que me lo confirmara y, sobretodo, que me confirmara que todo estaba bien. Lo llamé,

me dio hora para aquella misma tarde.

Acudí a la consulta hecha una madeja de nervios y sensaciones encontradas entre la ilusión y el

temor a la desilusión.

Después de examinarme y hacerme una ecografía, me dio el resultado.

—Enhorabuena, Lucía. Estás embarazada y bien embarazada. —Hasta me abrazó.

Me eché a llorar como una tonta.

—¿Está todo bien, doctor?

—Es muy pronto, pero no hay ningún motivo para pensar que no sea así. La bolsa amniótica es

normal, el ovulo está en su sitio. No te preocupes, celebrarlo y dentro de quince días te vuelvo a ver.

Le pregunté por su diagnóstico y aquella sorpresa del embarazo. Y me explicó que esas cosas

pasaban, que quizás el problema era fruto del estrés y con la tranquilidad de las vacaciones había

sonado la flauta, no usó esa palabra, pero más o menos fue lo que quiso decir.

Solo me faltaba dar saltos por la calle. No podía creérmelo, tuve el sentimiento de que me mi

vida acababa de dar un vuelco positivo y lleno de oportunidades, el futuro me parecía maravilloso.

Es difícil explicar la sensación que se siente ante un embarazo tan deseado, seguro que las lectoras

que sean madres lo entenderán, quizás incluso algún lector que haya pasado por esa situación.

Decidí no llamar a Juan. Me fui a casa y preparé una cena especial, aunque fuera lunes.

Juan se sorprendió, incluso se preocupó, cuando llegó y vio la mesa vestida de gala, cava y

velas.

—¿Qué me he olvidado, cariño? Hoy no es nuestro aniversario, ni tu santo, ni tu cumpleaños,

pero algo no me ha chivado mi agenda.

—No te has olvidado nada, cariño. ¿Es que no puedo sorprenderte con una cena romántica?

—¿Un lunes, y una semana después de terminar las vacaciones? —Me miró con una sonrisa y

levantó una ceja como muestra de extrañeza.

—Que vamos a celebrar que estoy preñada. —No me salió otra palabra, además desde ese día

me encanta la palabra « preñada » .

—¿¡Cóomoo!?, pero sí... estuviste todos los días conmigo.

—No seas bobo. Estoy preñada, así que o fue por el polvo de estrellas o por el polvo que me

echaste bajo las estrellas.

Nos abrazamos y nos besamos.

—Eso sí, el doctor ha recomendado que durante tres meses nada de penetración.

—¡Me importa un carajo! Tu y yo sabemos cómo darnos placer sin penetración. No hay

problema. Lo que sí puedes es guardar esa botella de cava, tú a partir de hoy

solo agua, y yo te

acompañaré.

—Esta noche una copita para brindar y a partir de mañana agua. Que estoy preñada, no con

cirrosis.

Así empezaron los nueve meses más maravillosos de mi vida, al lado del hombre al que sigo

queriendo con todo mí ser, con el que comparto el amor por nuestra maravillosa hija adolescente ya,

y con el que sigo disfrutando de un sexo totalmente satisfactorio.

FIN

Document Outline

- [Prefacio](#)
- [La mala noticia](#)
- [Asimilando el problema](#)
- [Manos a la obra](#)
- [Siguiente paso](#)
- [La reflexión](#)
- [Las propuestas indecentes](#)
- [La dura realidad](#)
- [Mi ayudante, ¿un candidato?](#)
- [La celebración](#)
- [Por fin, preñada](#)